

Passion Fruit

Sexo, sexo & brilli-brilli



Kate Bristol

D.J.57

PASSION FRUIT
Sexo, sexo y brilli brilli

Kate Bristol

Primera edición en formato digital: agosto 2019
Título Original: Passion Fruit, sexo, sexo y brilli-brilli
©Kate Bristol, 2019

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

CAPÍTULO 1

Inalcanzable

—Puedo prometer y prometo, que cuando sea presidente de Valencia bajaré los impuestos para dar un impulso a nuestra economía. Los pequeños comerciantes se merecen un respiro y los hoteleros una compensación por ser el pulmón que da oxígeno a Valencia.

Rosalía estaba viendo a su jefe por la tele con ojitos soñadores.

—Esa mierda no se la cree ni él. —La Juani estaba al lado de su mejor amiga, comiendo a cucharadas un bote de helado de un kilo—¿Es tan capullo en persona?

Rosalía se encogió de hombros, no quería decirle que, a pesar de ser un capullo neoliberal de derechas, Alberto Ruiz Saavedra era el hombre que le quitaba el sueño. Rosi tenía claro que una chica entrada en carnes como ella, de pelo largo hasta la cintura y llena de brill-brilli los fines de semana cuando salía a reventar la pista de la discoteca con su amiga gitana, no era de la clase que acababa revolcándose con un político conservador como el señor Ruiz Saavedra. Pero las fantasías sexuales están para algo y esos sueños eróticos que tenía con él pensaba aprovecharlos al máximo, fuera o no un capullo.

—Tenemos que admitir que es muy guapo el *jodío*.

—Mucho —Rosalía asintió mientras miraba como el hombre de traje y corbata azul marino, perfectamente anudada al cuello, utilizaba ese lenguaje tan culto que la ponía tan cachonda.

—No entiendo la mitad de lo que habla —dijo la Juani— ¿Podemos cambiar de canal?

—De poder puedes, pero igual te quedas sin manos.

Rosi pegó un manotazo a su amiga cuando esta intentó coger el mando a distancia.

—Lo he pillado —dijo riendo y volviendo a meterse en la boca una cucharada sopera de helado de vainilla.

Rosalía sonrió embobada, de nuevo sumergida en el plasma, viendo la figura de su jefe.

Suspiró.

Allí estaba, una noche cualquiera de entre semana, desparramada en el sofá con su pijama de piñas. Ambas amigas tenían los pies sobre la mesa bajera para que se le secara la pedicura que mutuamente se habían hecho. Como no,

los tonos fucsia que adornaban sus uñas estaban llenos de purpurina que brillaban a cada movimiento de sus pies. Pero ahora Rosalía no reparaba en ellos, sino en lo que tenía frente a sus ojos y ocupaba toda la pantalla plana.

Otro suspiro.

—Lo que yo daría por maquillarle, en lugar de limpiarle el váter —dijo Rosalía.

Su amiga le ofreció el bote de helado, con una sonrisa comprensiva.

—Y eso harás, serás la mejor maquilladora del mundo. Mira que uñas tan perfectas me has dejado. Serás la mejor esteticista del mundo ahora que terminas el curso.

—¿Tú crees?

—Fíate de mí. Si viera que tu sueño es imposible te diría: *Rosi baja de la parra, una chocho suelto como tu no podrá dejar de meter las manos en la mierda...*

—Que fina.

—Peeero... yo sé que tú puedes hacer lo que te propongas. —Abrazó a su amiga con cariño—. Así que Rosi, hazte un croquis de tus próximos pasos. Ya has terminado el súper curso de estética y no sé como coño te has empollado todas esas cosas de numeritos raros, pero estoy muy orgullosa de ti.

—Formulas químicas —dijo con una sonrisa radiante mientras se dejaba abrazar.

—¿Qué?

—Los numeritos, son formulas químicas.

—Lo que sea. Pero ahí estás, a punto de ser no solo esteticista, sino de lanzar al mercado tu súper marca de pintalabios, que no sale ni con aguarrás —eso hizo reír a Rosalía—. ¿Tú sabes la cantidad de tías que pagaríamos por encontrar un pintalabios con el que morrear a nuestro novio sin parezca después el payaso diabólico? Pues eso, que te vas a forrar, gordi.

Rosalía volvió de nuevo la cara hacia el televisor y ahora sonreía a su jefe muy satisfecha.

Sí, puede que ahora trabajara como fregona en la casa del político de moda del que todo el mundo hablaba, pero pronto eso cambiaría. Había patentado una fórmula de pintalabios que la haría rica y no solo eso, tenía cita la semana próxima para ir al banco y pedir un préstamo personal que le permitiera tirar hacia adelante su sueño empresarial: Una estética con marca propia: Rosa Linda. Su idea de negocio era genial, mucho brilli-brilli, y cosméticos de

calidad a muy buen precio, para que todas las chicas, tuvieran más o menos pasta, lucieran tan guapas como las actrices.

—Me voy a forrar y ese hombre... no acabará el año sin probar mis cosméticos.

—Probará tu pintalabios con el morreo que le darás cuando le digas que dejas de trabajar para él el día en que te concedan el préstamo.

Ella asintió y alzó los brazos en señal de victoria.

—¡Siempre positiva, nunca negativa!

Ambas rieron mientras Rosalía miraba los ojos azules de su jefe. Estaba guapísimo con el pelo castaño tirando a rubio. Se lo había cortado hacía poco, pero no demasiado. Rosalía soñaba con enredar sus dedos en ese pelo brillante que se mantenía a base de champús y acondicionadores caros.

Con ojos soñadores lo vio acabar el discurso. Debía admitir que su jefe de campaña tenía razón: a Alberto Ruiz le favorecía ese estilo desenfadado pero formal. Lo hacía parecer un hombre maduro, pero no tan carcamal como los demás candidatos. Era salvia nueva en la política... y eso que a ella la política le traía sin cuidado.

—Es tan súper mega guapo —habló en voz alta sin darse cuenta.

—Tan guapo que hace daño a la vista, eso es verdad.

Rosi no la escuchaba.

—¿He dicho ya que está como un queso? —le preguntó a su amiga.

—Claro, cuando sonrío las tías van cayendo a sus pies, desmayadas —La Juani la miró de reojo, pero al parecer su amiga seguía sin escucharla—. Si te gustan los pijos farloperos que parecen un muñeco de cera.

—No se mete. Es la gente que le gusta hablar y que es muy mala —defendió Rosalía, convencida—. Le tienen envidia.

Envidia porque era un hombre elegante que llevaba trajes como el de ese día para el debate, de unos 5000 euros. Pero cuando vestía informal, con esos vaqueros que le apretaban el culito... estaba impresionante. Además, solía coincidir que cuando iba de *sport* llevaba el pelo revuelto, en lugar de engominado, y ahí sí que Rosalía podía volver a limpiar el piso del señor diputado con las babas que había dejado por el suelo.

Pero un hombre de la nobleza como él, nunca iba a fijarse en una chica del arrabal.

Suspiró de nuevo.

Cuando ella decía que él era de la nobleza, es porque era exactamente lo que era, un aristócrata por parte de madre. Una madre que al parecer no era

nada convencional, ya que había sido capaz de dejar todo su imperio millonario y largarse de misionera a un país de África que ella no sabía situar en un mapa. Así que ahí estaba su Marques de Font Reial. Intentando ser algo más que un aristócrata rancio y convertirse en presidente de la comunidad autónoma.

Su familia por parte de padre tenía propiedades para que trece generaciones pudieran seguir viviendo del cuento. Hasta tenía un castillo, que seguro durante la edad media debía haber sido la hostia. Pero donde había invertido y se había forrado la familia era en Benidorm. Menudo pozo de oro había encontrado allí la familia Ruiz. Más de la mitad de los edificios eran suyos. Su alto estatus lo hacía inalcanzable para ella. Rosalía prefería no pensar en ello o se echaría a llorar.

—Rosi...

La voz melosa de su amiga la devolvió a la realidad.

—¿Qué?

—¿A que ahora te lo imaginas empotrándote contra la pared del baño que le acabas de limpiar?

Rosalía rio y la empujó mientras su amiga se desternillaba.

En ese preciso momento no lo pensaba, pero era una fantasía que, sin duda, había tenido. Lo solía pensar muchas veces, sobre todo cuando él estaba cerca, caminando arriba y abajo por su lujoso ático de la avenida. Pero mientras limpiaba el baño del mármol, también pensaba en que estaba muy lejos de su alcance y más si tenía en cuenta que hacía casi un año, el señor pelo perfecto y culo prieto, salía con una cantante francesa que podría parecer un insecto palo si no fuera por sus enormes tetas de silicona.

—¡Que injusta es la vida! —dijo resbalando por el sofá y fingiendo desmayarse en el suelo herida de amor.

CAPITULO 2

El inaugurador de rotondas

Alberto caminaba por la calle donde hacía unos instantes había inaugurado una rotonda. Hacía un calor infernal, por suerte se había negado a ponerse traje y corbata, vestía una camisa blanca y unos vaqueros estudiadamente desgastados, unos elegantes zapatos y un cinturón de cuero completaban su *look*, informal a la par que elegante. No es que le gustasen especialmente este tipo de actos, de hecho, podría haberlo evitado, pero su asesor de campaña, Juan Carlos, había insistido hasta la saciedad en que cualquier pequeño acto era de vital importancia para conseguir popularidad y los tan ansiados votos. Entonces, Alberto había cedido, aunque en parte lo había hecho porque tenía demasiadas cosas en la cabeza como para ponerse a discutir.

Según su joven, pero experimentado asesor, inaugurar rotondas era muy conveniente. No es que fuera un acto gratificante al que uno dejara en la cima de la felicidad, pero servía para unos propósitos concretos. Daba popularidad. De hecho, hacia poco más de un año, no muy lejos del lugar donde se encontraba, se inauguró la rotonda del caballo (que Alberto siempre había jurado y perjurado que era un ciempiés). El nombre “la rotonda del caballo que parece un ciempiés” era demasiado largo, así que le pusieron la Rotonda de Cholita. Porque Cholita Martínez había sido la política que la inauguró. Su asesor esperaba que él tuviese la misma suerte.

A poco más de dos meses para las elecciones, cualquier voto que pudiera arañar sería bienvenido.

Su asesor no paraba de recordarle, y parecía disfrutar en ese hecho, que su rival directo en la carrera hacia la presidencia, estaba ganando muchos puntos con los escraches. Así que no le quedaba más remedio que ganar terreno inaugurando rotondas, haciéndose fotos en las diadas infantiles de las escuelas públicas, aunque pensase que él era de una concertada y no había salido tan mal, y presumiendo de don de gentes en las actividades de la tercera edad... eso de dar la mano a ancianos y besar abuelas siempre se le había dado muy bien. Las abuelitas solían caer rendidas a sus pies y todas ellas tenían nietas casaderas con quien querían concertarle una cita a ciegas. Se había librado de muchas de esas citas por su notorio romance con Marlene Cotillard, una famosa cantante que, a los abuelos y abuelas, les caía tan bien como el mismo Alberto. Si ellos supieran...

—Que buena pareja hacéis —le había dicho una anciana mientras le pellizcaba la mejilla, para luego darle dos sonoras cachetadas en la mejilla.

Las abuelas eran encantadoras en su mayoría, pero tenían la manía de subestimar su fuerza en pellizcos y toques sonoros de mejilla.

Alberto avanzó más deprisa por la calle adoquinada.

Hacía tiempo que no se daba un paseo por la ciudad, siempre iba y venía en coche con su chófer. Después de mirar un par de veces sobre su hombro, recordó por qué: era un paranoico.

Desde que se había presentado a las elecciones como presidente del parlamento en Valencia, era carne de cañón para los periodistas, que no dudaban en perseguir al político revelación del año con móviles en mano, pidiéndole una declaración que no estaba dispuesto a dar.

Había arrancado la campaña electoral la semana anterior y no había nadie que se postulara para el puesto con su labia. Pero, al parecer, para la prensa sus declaraciones políticas no eran suficientes. Querían saber más de su vida privada. ¿Qué hacía el joven soltero, futuro presidente de la comunidad autónoma, en sus ratos libres? ¿Y más concretamente, en su vida íntima?

Para los periodistas, Alberto Ruíz Saavedra era el niño mimado de la nueva política española: Joven, guapo, elegante y perteneciente a una de las familias más influyentes y con más clase del país.

Jamás habían conocido el escándalo y no sería porque la prensa rosa no lo persiguiera a todas horas. No faltaba un día en que su rostro angelical, cabello castaño con reflejos rubios, ojos azules y sonrisa perfecta, saliera en alguna revista o programa del corazón. Especialmente ahora, que salía con la cantante de moda.

Su familia era una de las más influyentes de la Comunidad Valenciana y él era el heredero de toda su fortuna y del título nobiliario: Era el Marqués de Font Reial. Tenía propiedades y fincas a su nombre por todo el territorio español, incluso un castillo medieval, en Villa de La Font, reconvertido en un hotel de lujo, con campo de golf incluido. Allí era muy querido, pues había traído trabajo al pueblo. Incluso, se decía, que uno de sus antepasados había sido nombrado caballero por participar en la Batalla de Navas de Tolosa.

Era rico, lo cual hacía pensar a más de uno que no saquearía las arcas públicas en su beneficio, como habían hecho tantos otros.

Notó el móvil vibrar en el bolsillo de su camisa, pero no se molestó en cogerlo: seguro que era su despampanante novia Marlene, que acababa de verlo por la tele.

No le apetecía hablar con ella.

La ignoró sin sentirse culpable, pues tenía sus motivos.

Dobló la esquina y cruzó la calle. Un alto edificio de hierro y cristal se alzaba ante él. Como no, era propiedad de su familia y él tenía el privilegio de vivir en el ático, con las mejores vistas de la ciudad.

Cuando el móvil volvió a vibrar por enésima vez, lo miró con desgana. Efectivamente era Marlene, pero en lugar de contestar a sus *whatsups* acosadores de *¿dónde estás?*, *¿cuando llegas?*, *¿con quien estás?* *¡Te estoy esperando!* Alberto decidió escribir a su asistenta: Rosalía.

A Alberto se le dibujó una sonrisa en la cara al pensar en ella y buscar su contacto en *watsupp*. Fue pensar en ella y se le iluminó la mirada.

Rosalía, la chica que limpiaba su casa era todo un encanto, siempre sonriendo y sacándole una sonrisa con sus comentarios más ocurrentes. Meneó la cabeza sin borrar de su rostro esta expresión que hacía tiempo, nadie más le provocaba.

La sonrisa se le borró del rostro, al recordar por qué debía escribirle.

Tenía mucho lío, debía marcharse con Marlene ese fin de semana. Una escapada, aparentemente romántica antes de meterse de lleno en la campaña.

Marlene lo había planeado todo al detalle. ¡Menuda era ella para que se le escapara nada! Ya había pactado con la revista de moda, las fotos supuestamente robadas que se harían en la playa. Sin fuerzas para imponer su criterio, había cedido ante la presión de Marlene, y su asesor Juan Carlos, para prestarse a ese juego. Confirmar que el noviazgo iba viento en popa era crucial para la campaña. Aunque Alberto sabía, tan bien como la propia Marlene, que su relación hacía aguas por todas partes. El barco se hundía, solo esperaba que acabara todo y que después de las elecciones, independientemente del resultado, pudiera deshacerse de esa relación tóxica. Y no sabía muy bien por quien iba lo de relación tóxica, si por su novia o por la que relación profesional con su asfixiante asesor.

—El noviazgo con la cantante es fundamental para la campaña.

Soltó aire y se pasó la mano por la frente al resonar en su cabeza esas palabras que tantas veces había escuchado. Era inevitable pensar que, si la dejaba ahora, aún tendría tiempo para que se calmaran las aguas antes de la recta final de la campaña.

Miró de nuevo el *whatsapp* y el contacto de Rosalía.

Quien sabía... sin Marlene en su vida, quizás habría intentado algo con Rosalía.

Pensó en su sonrisa, en su mirada sin malicia... en esa talla sujetador D-105 y en ese trasero que quitaba el sentido.

¡Basta!

Alberto se sintió culpable por pensar así de Rosalía. Ella era mucho más que una mujer con curvas generosas y una cara de ángel. Era la que siempre tenía palabras de ánimo en sus peores días de bajón. Y es que además de limpiarle la casa, organizarle la ropa y prepararle una comida casera de muerte, Rosalía era la persona más amable que tenía en su vida.

Se paró ante el edificio para escribirle un mensaje. Intentando concentrarse le escribió:

Buenas tardes amor, tendré que pasar unos días por trabajo con Marlene. Mi asesor me obliga, aunque me encantaría quedarme en casa contigo, disfrutando de tu comida casera y tu compañía...

Alberto sonrió.

Sonaba bien. Pero no podía ser.

Dio a la tecla de borrar mientras meneaba la cabeza sin perder la sonrisa. Lo intentó de nuevo:

Buenas tardes, Rosalía.

Me marcho unos días a la casa de la playa, así que puedes tomarte unas pequeñas vacaciones hasta el martes. No te preocupes, te pagaré esos días.

Disculpa las molestias que te haya podido causar por no avisarte con más antelación.

Enviar.

No pudo evitar pensar, qué diferente sería su vida, si Rosalía y no Marlene Matahari fuera su novia. Entró en el edificio con ese pensamiento carcomiéndole por dentro. De pronto, una voz interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días, señor.

—Buenos días Luís, ¿todo en orden? —Le preguntó al conserje guardándose el móvil en el bolsillo.

El hombre se acercó a él para llamar al ascensor.

—Algunos periodistas rondan por aquí, señor. Lo de siempre.

Alberto asintió y forzó una sonrisa.

—Espero que no te agobien mucho.

—No se preocupe por eso señor. Pero...

La expresión del conserje captó su atención y lo miró con esos intensos ojos azules.

—¿Alguna novedad? —preguntó Alberto.

El conserje miró la puerta del ascensor que no tardaría en abrirse.

—No, solo avisarle que la señorita Cotillard lo está esperando en el ático.

A pesar de que el pobre hombre sin querer le acababa de amargar el día, Alberto le dedicó una sonrisa de simpatía, esa que solía lucir en los mítines y que hacía caer desmayadas a todas las asistentes. No fue menos con el pobre hombre que le respondió del mismo modo.

—Gracias por el aviso, cualquier otra novedad avíseme.

Alberto vio como las puertas del ascensor se cerraban dejando al conserje fuera.

Apoyó la cabeza en el espejo del ascensor, para después apartarse y quedarse viendo su reflejo unos instantes.

Meneó la cabeza. Necesitaba un respiro de todo, de la campaña, de su asesor, de Marlene que le asfixiaba cada vez más. Maldita fuera la hora en que se había fijado en aquellas piernas largas y kilométricas. No había medido las consecuencias de lo que debía ser un polvo rápido y sin compromiso, en el baño de una discoteca de élite.

Cuando entró en la preciosa suite, buscó cualquier indicador que la casa había sido saqueada, pero todo estaba en su lugar, a excepción de una chaquetilla de verano roja con un bolso a juego que estaban tirados en el sofá blanco de piel.

Alberto se acercó a los ventanales que tenían unas vistas espectaculares de toda la ciudad y después de contar hasta diez, decidió que podía enfrentarse a Malene.

Sin duda podría salir airoso de otro encuentro sexual con la que se había autoproclamado novia.

Miró sobre su espalda. En la cocina no había nadie, pero más allá, la puerta de su dormitorio estaba abierta. Entró y escuchó el chapoteo del agua en la bañera.

Del interior del baño de la suite salía un vaho que denotaba que alguien se había preparado un baño caliente, por si eso no fuera suficiente pista, encontró tirado por el suelo el vestido negro, los zapatos de tacón y el pequeño tanga de encaje a modo de miguitas de pan que lo conducían hasta ella.

La bruja lo esperaba metida en la impresionante bañera ovalada que

presidía el inmenso cuarto de baño forrado de mármol vetado.

—Buenos días querido —Iba maquillada en tonos suaves, a excepción de sus labios rojos que, sin duda, combinarían con el vestido.

—Buenas tardes, querrás decir.

La espuma le cubría los generosos pechos, demasiado artificiales para su gusto, y llevaba la larga melena lisa y rubia recogida en un moño donde algunos mechones sueltos no habían querido quedarse sujetos. Alberto sonrió sin humor. No dudaba ni por un instante que hasta esos mechones habían sido estratégicamente colocados por Marlene, al igual que había calculado todo lo demás en esa puesta de escena.

—He perdido la noción del tiempo mientras te esperaba.

—Pero por la botella de vino francés de cien euros, veo que sabes que son más de las doce o no beberías. —A él le gustaba más el cava y estaba seguro de que la muy esnob no era capaz de diferenciarlos en el paladar, lo único que le importaba era el precio.

Alberto cerró los ojos, mareado.

¿Qué estaba haciendo con su vida? ¿Realmente quería a una mujer así en ella? ¿Valía la pena todo aquello para conseguir su meta política?

La risita insoportable de Marlen, fue el detonante. Una risa inconveniente en el peor momento. No podría soportarla más. De solo pensar que tendría que pasar con ella un fin de semana se descomponía.

—¿Quieres acompañarme? —Le preguntó, aún sumergida en la bañera— Hay una copa de vino para ti.

No, no quería, se dijo Alberto.

Y sin duda, pensó con determinación, Marlene estaba a punto de atragantarse con el vino espumoso en cuanto le dijera que había decidido acabar con la relación.

—No, no quiero acompañarte.

Ella hizo un perfecto mohín con sus labios rojos.

—Veo que hoy estamos de mal humor ¿No vas a darme ni siquiera un besito?

—No quiero que me dejes perdido de carmín —se excusó.

—Oh, es “Passion Fruit”, esta maravilla no se va ni con un quitaesmalte de quinientos euros.

Para demostrárselo, lo agarró por la nuca y lo besó apasionadamente. Alberto respondió al beso, tener a Marlene desnuda en su bañera y con los pechos totalmente expuestos al alcance de su boca, hacía que reaccionara

como el hombre que era. Pero antes de profundizar más en ese ambiente asfixiante se apartó de ella.

—Me estoy asando —Alberto aprovechó para desabrocharse un botón de la camisa. Allí hacía un calor infernal.

Ella se lo quedó mirando con una sonrisita bailando en sus labios.

—Oh querido, el baño de masas con el populacho no te ha sentado bien.

—Marlene, no empieces.

A veces la consideraba una elitista mal educada y cuando se ponía en plan diva no la soportaba.

Caminó hasta el sofá, se quitó los zapatos y encendió el plasma. Estaban dando en las noticias la inauguración de la rotonda, así que puso una comedia absurda en Netflix, pues necesitaba algo que no le hiciera pensar demasiado.

Al sentirse ignorada, Marlene frunció el ceño.

—Mi marquesito está muy raro últimamente —le gritó desde el baño.

Alberto puso los ojos en blanco mientras se dejaba caer contra el colchón. No soportaba que apelara a su título nobiliario y mucho menos que le hablara como si tuviera cinco años.

—¿Por qué no vienes aquí con mamá y dejas que te relaje?

Aunque Marlene no podía verlo, él negó con la cabeza.

Se arrastró hacia la nevera y cogió una cerveza bien fría.

No tenía ganas de sexo, algo que le resultaba muy extraño, pues si algo era Alberto era un hombre muy activo en la cama. Pero esa tarde no iba a caer, estaba demasiado cansado y harto de todo, especialmente harto de ella. Alberto suponía que si la dejaba sin lo que quería patalearía, pues al meterse en la bañera estaba claro que había venido a buscar sexo acuático, tal y como le había propuesto la última vez que hablaron por teléfono. Pero también sabía que él no era el único hombre en su vida. Sin duda tendría otra vía de escape para las emergencias: Manuel Escobedo.

Se pegó el vidrio fresco contra la frente. Estaba claro que entre Marlene y el famoso empresario nocturno, sexy y peligroso, había algo. Pero claro, ese tipejo sin modales, ni clase no era apto para presentarlo en casa y mucho menos para exhibirlo en las revistas del corazón.

No sabía si esa era la razón por la que salía con él y no con el mujeriego de Escobedo, dueño de la mitad de los pubs de la comarca. O quizás fuera porque solo había algo que Marlene ansiaba más que el dinero y el buen sexo, y eso era el hecho de que Marlene Cotillard quería ser la Marquesa de Foint Reial.

Y eso solo podría obtenerlo si se casaba con él, algo que él no estaba dispuesto a hacer por nada del mundo.

CAPÍTULO 3

La carcajada de la Bruja de Blanca Nieves

Alberto escuchó la voz de Marlene, que seguía deseando ser sensual desde la bañera. Puso los ojos en blanco y bebió otro trago de cerveza mientras contemplaba la ciudad que, poco a poco, se iba sumiendo en la oscuridad. Aquí y allá empezaron a encenderse pequeñas luces que dieron a Valencia otro aspecto, mucho más romántico. La ciudad mostraba otra cara, quizás más melancólica.

De vez en cuando escuchaba a Marlene chapotear en el agua y llamarlo sin éxito. Cuando ella se cansó de intentar captar su atención, reinó el silencio por varios minutos.

Alberto tomó aire, tenía que acabar con esa relación. Era probable que aquello también afectara a su vida política, y según la reacción de Marlene, incluso podría ser que acabara con ella, pero no podía continuar así, al lado de alguien a quien no quería y que apenas soportaba por su egocentrismo recalcitrante.

Su asesor sin duda pondría el grito en el cielo, Juan Carlos estaba seguro que la notoriedad y la simpatía que él despertaba era a causa de la cantante, de lo contrario sería un político más, guapo, pero en apariencia demasiado arrogante como para caer bien a un amplio grueso de la población. En defensa de Marlene, debía admitir que hacía su papel a las mil maravillas. Parecía la mujer risueña y algo ingenua que muchas madres querrían para sus hijos. Lástima que la realidad fuera muy distinta. Marlene era una víbora astuta e inteligente, capaz de hacer creer a cualquiera lo que ella deseara que creyesen. Por eso a corto plazo estar con ella podría favorecerle, pero a largo plazo para su vida política y privada sería un completo desastre.

Una mujer que no lo quería por lo que era, sino por los millones en su cartera y sobre todo por el apellido y el título... no podía ser bueno para nadie.

Ni hablar.

Pero la francesa no iba a renunciar por las buenas. Ese título, además de darle más *glamour* del que ya tenía, la convertiría en una auténtica estrella, incluso la ayudaría a ganar algún que otro Grammy.

—Alberto...

Ahora la voz ya no provenía de la bañera. La miró por encima del hombro

y la vio prácticamente desnuda, asomándose por la puerta que daba a la suite.

Llevaba una bata de seda negra abierta donde podía ver todos sus encantos. Cuando Alberto se giró para encararla, pudo ver como se vislumbraba la aureola de los pezones a través del encaje negro. Las bragas de encaje y seda estaban diseñadas para llamar la atención de cualquier hombre justo en el perfecto triángulo.

—Cariño, me has dejado sola.

Alberto apuró la cerveza y la dejó sobre la mesa baja que había frente al sofá.

No avanzó hacia ella, simplemente se quedó allí mirándola, intentando encontrar un modo de empezar una conversación que no iba a ser del todo agradable.

—Marlene... —le dijo en voz queda—, tenemos que hablar.

Fue algo imperceptible pero la sonrisa de Marlene se congeló en el rostro. Lo miró de arriba abajo esperando que él empezara a hablarle de lo poco que tenían en común y que, una vez más, intentara dejarla.

Intuía que esta vez el sexo salvaje no iba a convencerle de lo contrario, no obstante, Marlene tenía otro as en la manga. Y es que, en aquella ocasión, sabía que con la información que tenía, ella podría obligarlo a hacer cualquier cosa. Incluso lo que más deseaba: que se casara con ella.

—¿De qué quieres hablar, querido?

Alberto permaneció en silencio unos segundos.

—De nosotros.

O más bien de la ausencia de un nosotros en el futuro, pensó ella levantando una ceja, expectante.

Envuelta en sus fantasías, soltó una risita siniestra. Luego avanzó un par de pasos y dejó caer la bata al suelo.

—¿Y tiene que ser ahora? —preguntó, coqueta.

Alberto se resistió a poner los ojos en blanco.

—¿No podría ser después de que me follaras sobre el sofá de cuero blanco?

Él contuvo un bufido, esta vez no se dejaría engatusar. Un buen polvo era difícil de rechazar, pero si seguía dilatando más el momento, no podría deshacerse jamás de ella.

—Marlene...

Tras soltar una carcajada que sonó igualita a la de la bruja de Blanca Nieves cuando acaba de darle la manzana a esa pobre desgraciada, se acercó

a él con andares sensuales. Antes de que Alberto pudiera apartarse, tiró de la hebilla de su cinturón y se lo sacó de un tirón.

Él miró como Marlene tiraba el cinturón al suelo y sus manos se precipitaban sobre el botón de sus pantalones.

—Tenemos toda la noche para hablar, ahora quiero tu polla dentro de mí.

Alberto jadeó cuando la cantante le bajó la cremallera y antes de darse cuenta siquiera, metió la mano en el interior de sus calzoncillos y le agarró el miembro erecto. Estaba excitado, y es que por muy bruja que fuera, su figura era escultural y su belleza rivalizaba con las modelos más hermosas del mundo. Lástima que en el interior estuviera vacía.

—Apártate, Marlene —intentó negarse.

—¿O qué? ¿vas a castigarme? —dijo con voz desvalida mientras hacía un puchero.

De pronto, una sonrisa malévola cruzó su rostro mientras la mano asíó fuerte su miembro. Empezó a deslizarla arriba y abajo, satisfecha de que Alberto contuviera la respiración y fuera incapaz de apartarse.

Bombeó su miembro mientras se mordía los labios, satisfecha de provocarle semejante placer y haciendo que se olvidara de sus planes, ni que fuera por unos instantes.

Se estaba poniendo muy cachonda, notaba como se le humedecían las bragas. Por mucho que Alberto quisiera dejarla, estaba convencida de que el sexo con ella era el mejor que había tenido en su vida. Su boca grande se abrió deseosa de tenerlo en su interior. Sus labios estaban pintados con *Passion Fruit* y deseaba comprobar si realmente era capaz de no dejar marca en su miembro.

Se arrodilló ante él mientras no dejaba de mirarle. Alberto tragó saliva y cerró los ojos. Era el momento de detenerla, pero cuando le bajo los pantalones hasta los tobillos, y su miembro quedó expuesto delante del rostro de Marlene, fue incapaz de hacerlo.

Marlene se apoderó de su erección, sujetándola con ambas manos y acercándosela a la boca. Cerró los ojos de nuevo, mientras fijaba la mirada en su polla. Al apretar la punta entre los labios lo escuchó jadear, lamió juguetona para después introducísela toda en la boca y chupar con fuerza, mientras sus manos se movían sobre la nervosa piel.

—Al...berto —consiguió decir entre succión y succión— ¿Como vas a... dejarme. Con lo mucho... que te gusta que te... la chupe?

Alberto empezó a mover las caderas sin darse cuenta, su cabeza cayó hacia

atrás mientras notaba las uñas de Marlene en sus nalgas. Se la metió con tanta fuerza en la boca, que la polla llegó al fondo, hasta rozarle la campanilla.

No importaba que él ya no quisiera estar con ella, no iba a renunciar a esa polla por nada del mundo. Se la metió una y otra vez en la boca, succionándola con fuerza, rozándole la sensible piel con los dientes, lamiendo insistentemente su punta que, sabía, estaba a punto de soltar su néctar. Sus manos apretaron los muslos de él, y acarició su piel hasta llegar a los testículos que apretó, primero con suavidad y después con más fuerza.

—Al...berto —jadeó ella.

Le agarró el miembro más fuerte con ambas manos y empezó a bombear con fuerza mientras lo miraba a los ojos. Él le acarició el pelo, mientras nuevamente se lo introducía en la boca.

Marlene sabía que estaba a punto de estallar, pero no quería que acabara sin antes darle lo que a ella tanto le gustaba.

Se puso en pie y le rompió la camisa al intentar abrirla. Los botones salieron disparados y una risa malévola inundó la sala.

Alberto le agarró las muñecas, pero ella no estaba dispuesta a que parara.

—Fóllame —le exigió—. Fóllame como solo tú sabes hacerlo.

Alberto la miró enfadado. La agarró del cabello como ella quería y la tiró sobre el sofá.

La malvada bruja volvió a reír, mientras se abría de piernas para él.

Alberto se arrancó el resto de la ropa y los zapatos y quedó totalmente desnudo como el adonis que era frente a ella. Marlene dobló las rodillas y se expuso a él.

—Ahora —le exigió— ¡Vamos!

Su precipitó sobre ella, la agarró por las muñecas y las puso sobre su cabeza. El miembro totalmente enhiesto rozó su clítoris y Marlene se retorció de placer.

—¡Fóllame! ¡Ahora!

Estaba enfadado, pensó ella. Y eso la excitaba más que nada.

Marlene tenía razón, Alberto estaba enfadado consigo mismo, por no poner fin a aquello, por dejarse enredar de aquella manera.

Marlene sabía que el sexo era su mejor arma y no dudaba en utilizarlo.

Follar con Alberto solo era comparable con follar con Manuel, el peligroso empresario de clubs nocturnos. Bueno, quizás no tanto. Manuel le daba... cosas que Alberto no podía ofrecerle, demasiado remilgado. Pero eso su futuro presidente no tenía porque saberlo.

—¿Vas a metérmela ahora?

Él no respondió, pero en lugar de meterle el miembro hasta el fondo, agarró uno de sus tobillos y tiró de ella hasta que la hizo caer del sofá. Ella gritó sorprendida, pero muy cachonda. La puso de rodillas, apoyada sobre los codos.

La golpeó en el trasero y Marlene casi se corre al sentir la palmada en su nalga.

—Sí, joder —gimoteó.

Sus piernas empezaron a temblar y sintió como el líquido de su propio cuerpo se deslizaba entre sus muslos hacia las rodillas.

Alberto no esperó más, la sujetó por las caderas y la penetró hasta el fondo. La ensartó conteniendo el aliento y se maldijo por el placer que experimentaba.

Ella gritó, y lo hizo más fuerte cuando el la agarró por el cabello y tiró de este hacia atrás.

Una embestida, otra, otra más fuerte.

Alberto intentaba tomar aire con los dientes apretados mientras aceleraba el ritmo.

—¿Te gusta así? —le retorció el pelo y tiró de ella hasta que su boca rozó su oído— ¿Estás satisfecha, verdad zorra?

Le golpeó el trasero una vez más y Marlene sintió como se corría.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Más fuerte, más fuerte!

Cuando Alberto metió la mano entre sus muslos y le apretó el clítoris, ella estalló en mil pedazos. Su cuerpo se convulsionó y por poco pierde el conocimiento cuando su cara se apretó contra el sofá de cuero. Este amortiguó sus gritos cuando Alberto la golpeó una última vez en las nalgas rojizas por los golpes.

Bombeó dentro de ella, y mientras miraba como su miembro entraba y salía de su interior, su imaginación se desbordó de nuevo. Agarró esas caderas con muchas más ganas. Cerró los ojos mientras jadeaba a punto de llegar al orgasmo, y es que en ese momento su mente lo llevó a imaginar que no se estaba follando a esa víbora, sino a alguien cuyo trasero era mucho más grande y suave que ese.

—¡Oh, sí! ¡Joder sí! —Alberto se la metió con mucha más fuerza.

Marlene apretó los muslos mientras la polla de Alberto salía de su interior por última vez.

Unos segundos más y sintió como algo viscoso la humedecía en la zona

caliente donde Alberto había descargado una y otra vez su mano. Se restregó el semen por sus nalgas rosadas.

—Oh, marquesito —lo miró por encima del hombro—. ¡Que gozada!

Sí, había sido una gozada. Se había dejado llevar. El sexo había sido espectacular, sobre todo cuando había mirado ese culo sonrosado, y no había visto el de Marlen.

Como iba siendo habitual en las últimas veces, para emplearse a fondo, su imaginación había volado lejos, pensando en otras curvas mucho más notorias, en un culo mucho más grande que ese: el culo de Rosalía, su asistenta.

—Joder.

CAPÍTULO 4

El chantaje

Alberto se frotó todo el cuerpo con jabón. De hecho, si hubiese tenido un estropajo de nanas se habría arrancado la piel a tiras. Tras el sexo con Marlene se sentía sucio y, aunque la bruja estuviera observándole desde el otro lado de la mampara, con una sensualidad ensayada, no quería continuar con la maratón sexual sin sentido. Estrelló la cabeza contra los azulejos grises de la ducha y soltó todo el aire de los pulmones.

—¿Qué te pasa amor?, ¿estás agotado?

¿Agotado? ¡Estaba harto!

No contestó, simplemente paró el chorro de agua fría que caía sobre su cuerpo y salió de allí. Se envolvió con una suave toalla blanca. Se la ajustó a la cintura y pudo ver con desgana, como Marlene se comía con los ojos sus abdominales marcados por las series abdominales con que se machacaba cada mañana.

—¿Vas a seguir mirándome así?

Ella soltó una risita despectiva.

—Ven a la sala —dijo, con una voz mucho más grave de lo que cualquiera pensaría que le corresponde a un rostro angelical como el de Marlene—. Tenemos que hablar.

Ya lo creo que tenemos que hablar, pensó Alberto. Pero le extrañaba que ella estuviera tan dispuesta.

—Creo que tienes razón —Le dijo Alberto—, ya es hora de que aceptemos que esto no funciona.

El rostro siempre animado de Marlene se convulsionó.

—Yo creo que has funcionado perfectamente, amor.

Ya sabía lo que vendría ahora y no quería tener que escuchar los mismos manidos argumentos de siempre, pensó Marlene. Pero ella no cedería, no le daría su tan ansiada libertad. Alberto era suyo, le había costado echarle el lazo al cuello y no pensaba dejarlo escapar por muchas dudas que él tuviera sobre su relación tóxica. Si osaba dejarla, le arruinaría la vida, destrozaría su carrera política, y esa vida, sabía que era lo que Alberto más apreciaba en el mundo.

—Hablemos, entonces —dijo muy segura de si misma.

Alberto vio como desaparecía por la puerta de la suite y se dirigía con su

pelo todavía húmedo cayéndole sobre la espalda al aire que dejaba su elegante vestido veraniego.

Entró en la sala, todavía con el torso húmedo de la ducha y, al ver la mirada lasciva de Marlene, se dio cuenta de que no había sido una gran idea no vestirse.

Con ínfulas de diosa, empezó a caminar hacia Alberto, él no pudo evitar poner los ojos en blanco cuando se acercó intentando acariciarle su torso aún desnudo.

—Déjalo ya, Marlene. —La cogió por las muñecas y la apartó de sí. Un gesto que a ella no le gustó nada, sin embargo, mantuvo su rostro relajado, como siempre.

No vas a dejarme, pensó. Y de eso estaba más que segura. De nuevo, la sonrisa apareció en sus labios. Tenía un plan B y, si las cosas se ponían feas, no dudaría en usarlo.

—Hoy te has cansado pronto de mí, amor.

Alberto la miró mientras se alejaba de ella y se dejaba caer en el sofá blanco de piel.

—Sí, estoy muy cansado. Y esto no volverá a ocurrir.

—Relájate —ronroneó, coqueta.

Se sentó a su lado y le acarició una rodilla. Cuando intentó subir la mano por la pierna, Alberto se lo impidió.

—¿No?, ¿por qué? Yo siempre hago que te guste, aunque... estés cansado.

—Lo digo en serio —Alberto le apartó las manos—. No me apetece.

La bruja lo miró con frialdad.

—Te apetece hace un rato, pero si estás tan cansado ahora... —se encogió de hombros —puedo esperar.

—Creo que va siendo hora de que dejemos las cosas claras de una vez. —Marlen se puso a la defensiva y esta vez si que su máscara de indiferencia se quebró—. Por mucho que esperes, jamás tendrás lo que quieres de mí.

Claro que lo obtendré, se dijo.

—No vas a dejarme Alberto, tu carrera peligraría y no creo que haya nada en el mundo por lo que la pondrías en peligro. A no ser... —La mirada de Marlene se volvió asesina— ¿Es que te estás follando a otra?

Alberto giró los ojos y soltó aire implorando una paciencia que no tenía.

—Sabes que no. Como si tuviera tiempo para eso, Marlene.

—¡Confiesa! —exclamó impaciente—. No tienes porque ocultármelo. Si así fuera... quizás no me importaría tanto como crees.

—¿Y eso que es lo que significa exactamente?

Marlene se lo explicó mostrando su verdadera cara de enfado.

—Hay una cosa quiero que entiendas: no importa cuantas zorras te folles, yo seré tu primera dama y eso puedes tenerlo por seguro.

Alberto meneó la cabeza.

—De eso es precisamente de lo que quiero hablar. No serás nunca mi primera dama. Creo que tu y yo no tenemos futuro.

Ella boqueó como un pez, incrédula. ¿Quién se creía que era él para dejarla plantada como a una lechuga? ¡A ella! ¡A Marlene Cotillard! Se acercó a él en dos grandes zancadas y sus largos dedos con manicura francesa se precipitaron sobre su rostro. Le apretó las mejillas para que la mirara directamente a la cara.

—Tú, no vas a dejarme... ¡Jamás!

Él le agarró de la muñeca e intentó apartar la mano que apretaba su rostro.

—Ya basta Marlene, no hace falta que montes una escena. Aquí no hay nadie para que pueda ver tu numerito.

—¡No es ningún numerito, imbécil!

Ella se apartó de él, pero no estaba dispuesta a irse sin antes jugar todas sus cartas. Y había una que lo ataría a ella para siempre.

Se acercó a su bolso rojo y de allí sacó un sobre que sostuvo ante la cara de Alberto.

—No vas a dejarme Alberto, puede que creas que tienes opción. Pero no. ¡No la tienes!

Él frunció el ceño y se quedó mirando el sobre que sostenía ante sus ojos.

—¿Qué demonios es esto?

Ella rio de forma maligna y a Alberto se le erizó el vello de la nuca.

—Esto es mi pasaporte a mi mundo de ensueño. Con esto... no solo no me vas a dejar Alberto, con esto voy a conseguir que pongas una alianza en mi dedo, y mucho antes de lo que crees.

Alberto le arrebató el sobre de un tirón.

—¿Qué demonios...?

Abrió los ojos desorbitadamente mientras sacaba las fotografías de su interior. Se le cortó la respiración al ver qué mostraban.

—No, no, no... no puede ser. —El terror recorrió su espina dorsal.

Miró las horribles fotos que había en el sobre y se quedó horrorizado.

—¿Como has conseguido estas fotos? ¿Cómo demonios...?

Marlene le sonrió, al punto que se acercaba de nuevo a él radiante, como el

gato que se ha comido el canario. Esta vez su tono fue meloso mientras acariciaba su pecho desnudo de su amado.

—Cómo no es la pregunta, di más bien ¿Qué? ¿Qué voy a conseguir de ti con estas fotos?

Él la miró sintiéndose humillado y asqueado a partes iguales.

—La respuesta a esa pregunta es...—volvió a decir Marlene—. Todo.

—¿Vas a chantajearme?

Marlene rio aún con más fuerza.

—Voy a conseguirlo todo de ti Alberto. Todo lo que desee, porque ya sabes que pasaría si esas fotografías llegaran a la prensa. No solo se destrozaría tu vida política Alberto, sino que...

—¡Suficiente!

Alberto rompió las fotos en mil pedazos, furioso con todo el mundo y consigo mismo por haberse dejado enredar por esa mujer sin alma.

Marlene se dio la vuelta, con la intención de dejarlo a solas con su mal humor.

—Tengo muchas más copias y, por supuesto, los originales...

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó él apretando los dientes.

Ella sonrió por encima del hombro.

—De momento un pedrusco enorme en mi dedo que demuestre a todo el mundo lo mucho que me quieres. Algo que les diga que pronto seré tu esposa, amor mío.

Alberto apartó la mirada sintiendo como las nauseas subían por su garganta.

—Espero una declaración muy romántica y... pública, cuando pongas ese anillo en mi dedo.

Sin decir nada más se acercó a la puerta de salida.

Alberto se quedó allí, destrozado por lo que había en las fotos y por lo que esto representaba. Marlene sabía sus puntos débiles y sin duda iba a conseguir lo que tanto ansiaba: que se casara con ella.

CAPÍTULO 5

Al ritmo del reguetón pop afrancesado

Alberto bajó del escenario. Estaba nervioso como un flan, pero todo le había salido a pedir de boca. Al menos así le iba en su vida política, porque su vida sentimental era otro cantar.

Había contestado pausadamente a todos los ataques de sus contrincantes. Suerte que su talante, más de centro, le permitía quedarse un poco al margen mientras los demás se despedazaban entre ellos.

—¿Qué tal he estado? —preguntó a su asesor de campaña.

—Muy bien, Alberto. Como siempre. Excepto en lo de las medidas ecológicas. Habrá que prepararse mejor el asunto.

—Ni siquiera lo tenemos en el programa, Juan Carlos. Y te recuerdo que fue idea tuya no incluirlo. Yo sí creo que hay que hacer algo ante el cambio climático que ya está en marcha y sí, es posible conservar el medio ambiente sin perjudicar a los hoteleros, que muchas veces se quejan de vicio —le respondió, algo enfadado.

—Alberto, no te pongas así. Yo solo digo que deberías decir lo que la gente quiere escuchar, aunque no esté en el programa.

—Ya... ¿Y mentir? Si en algo me diferencia del resto de los de mi calaña, es precisamente que no miento —dijo Alberto. Y dio por finalizada la conversación.

—Por otra parte —Juan Carlos parecía no muy contento de abrir un nuevo frente—, su novia...

Alberto se puso tenso. No sabía si por la mención de Marlene, o porque la gente la llamara su novia.

—¿Qué pasa con ella?

—Ha venido, lo espera en maquillaje.

Alberto suspiró. Apretó los puños y estuvo a punto de golpear la pared. No podía ni verla sin ponerse frenético. Después de que lo chantajeara de aquella vil manera para que no solo no rompiera con ella, sino para conseguir que la llevara al altar... no podía soportar estar en la misma habitación sin que su estómago se descompusiera.

—¿No habrá una puerta trasera para poder escapar? —preguntó en un susurro, más para sí que para su asistente.

—¿Cómo dice? —pregunto Juan Carlos con una cara que dejaba ver

claramente que no le entendía.

—No te preocupes —lo calmó—, vamos allá.

Avanzó por los pasillos de la televisión local mientras su asesor y secretaria, que se había unido a ellos, le podían al día de toda la agenda de la semana.

—No se olvide que queda poco más de dos meses para las elecciones y pronto debemos empezar nuestro *tour* por la Comunidad Valenciana.

—De acuerdo.

—Dentro de un mes tiene una semana prácticamente vacía, podría aprovechar por hacer cosas menores, altruistas para mejorar su imagen...

—¿Y qué tal si la dedico a descansar de tanto despelleje?

Juan Carlos y la secretaria se miraron como si hubiese perdido el juicio.

—Bueno, podría descansar con su novia. Un par de robados románticos... estoy seguro de que mejorarían tu imagen. Aún no sé porque cancelaste el fin de semana romántico, ya teníamos pactados unos robados. La revista nos está exigiendo otros.

Alberto bufó exasperado.

No solo había cancelado eso, sino que había huido como un cobarde de su apartamento en el ático. Ese fin de semana se había trasladado al hotel Gran Palladium. No había avisado a Rosalía, porque su intención era quedarse hasta el martes, tal y como le había dicho a ella. Lo había hecho así porque no quería que Marlene volviera al apartamento a buscarle, pero, seguramente al no encontrarle allí, la diva fue directamente al estudio de televisión, sin duda esperando una respuesta afirmativa a todas sus demandas. Y es que ella debía pensar, muy acertadamente, que Alberto la buscaría y haría cualquier cosa para que esas fotografías desaparecieran de la faz de la tierra.

Definitivamente tenía que largarse de allí.

—¿Me estás escuchando Alberto? —preguntó Juan Carlos.

Alberto asintió, pero no estaba muy por la labor de escuchar a sus ayudantes.

Ya estaba frente a la puerta de la sala de maquillaje, donde le quitarían todos los potingues de la cara, antes de poder marcharse a casa.

—Quizás podríamos concretar una cena con los empresarios que financian tu campaña...

Alberto ni siquiera hizo ademán de abrir la puerta.

—No será hoy —le contestó a su asesor.

—Hoy no, pero... Alberto... ¡Alberto!

Alberto se dio media vuelta, no estaba de humor para aguantar a nadie y mucho menos a la bruja de Blancanieves.

—¿Sabes qué Marta? —miró a su secretaria— Busca una salida de emergencia y hazte con unas toallitas desmaquillantes, que nos vamos de aquí.

Marta, su secretaria de ojos saltones lo miró mientras intentaba seguir sus grandes zancadas por el pasillo con los tacones que llevaba puestos, y con los que se notaba a una legua que no se sentía cómoda.

—Señor... —dijo, abriendo un bolso de piel negro, que era más grande que ella—, llevo aquí.

—Perfecto —Alberto le arrebató la toallita que había sacado del paquete y se escabulló por una de las salidas laterales.

Juan Carlos gritaba a pleno pulmón intentando seguirle cuando sonaron las alarmas.

—¡Alberto! —grito su asesor de campaña— ¡No puedes hacer esto!

Pero si que podía. Lo que no podía era seguir con esa mujer ni un minuto más. Hacía solo siete meses que salía con Marlene. La había conocido en un privado de *La Premiere*, una de las discotecas más emblemáticas de Valencia, situada en el centro de la ciudad. Nada más verla, supo que era una arpía de cuidado. Estaba humillando a un camarero que, sin querer, había salpicado la barra muy cerca de ella con unas gotas de Martini. Alberto se había acercado para defender al joven, cuando ella cambió de súbito su actitud y empezó a insinuarse. ¡Que idiota había sido al caer en sus redes! Pero es que Marlene no era solo guapa, era espectacular. El hecho de que él hubiera llevado un par de copas de más encima, le hizo caer en la tentación.

Se equivocó de lleno, porque lo que él había pensado que sería un polvo rápido en un reservado, se habían convertido en un segundo en su coche, un tercero en su casa. Y lo que pasó aquella noche, no se quedó en aquella noche, sino que se alargó en el tiempo. Sus encuentros eran frecuentes y mucho más cuando saltó a la prensa que ellos dos estaban juntos. Lo que Alberto había supuesto unos encuentros sexuales esporádicos, de la noche a la mañana se habían convertido en una relación a ojos de la prensa y de todo el mundo. Una relación que para su sorpresa le había beneficiado en los sondeos.

Tenía a la serpiente enroscada en su cuello y mucho se temía que no iba a soltarle tan fácilmente. Lo positivo, si había algo de positivo en esa relación tóxica, es que echar un polvo cada noche lo relajaba. La Cotillard era muy

pasional y él no tenía tiempo, ni ganas para buscarse más problemas. La primera vez que había intentado dejarla el escándalo que montó fue tan desproporcionado que se planteó muy seriamente volver a intentarlo. Había aguantado tres meses más para evitarse dolores de cabeza. Y solo la noche pasada había tenido el valor de plantarse definitivamente y dejarla. Pero había salido mal.

La arpía lo había chantajeado con unas fotos espantosas. No había salida para Alberto, estaba condenado a casarse con ella para ganar las elecciones, pero hoy... se pensaba escaquear.

Fuera de los estudios, una granizada de verano lo sorprendió. Hasta la Naturaleza parecía estar en su contra. Pues ni un huracán lo haría desistir.

—Señor Alberto, no pensará salir con la que está cayendo ¿verdad? — preguntó, Marta.

Él le dedicó una de sus radiantes sonrisas que la dejó muda.

—No te preocupes, me voy a casa, quédate aquí e intenta calmar a Juan Carlos.

Dicho esto, salió al exterior. La lluvia lo empapó de arriba abajo. Corrió con su traje de cinco mil euros, feliz de librarse de su asesor y, por supuesto, de Marlene.

Empezó a correr por aquel callejón hasta la parte delantera, donde su chófer lo estaba esperando.

Cuando lo vio lo saludó con una inclinación de cabeza y le abrió la puerta del coche a pesar de la lluvia.

—Bienvenido, señor.

Alberto lo saludó a su vez.

Mateo, su chófer personal, dio la vuelta al Lexus blindado. Empapado, se acomodó en el asiento del conductor e hizo rugir el motor.

Alberto no tardó ni dos segundos en darse cuenta de que tema era el que estaba sonando en la radio. Era el último éxito de Marlene Cotillard. Una canción con ritmo, con el estribillo en francés que a todo el mundo volvía loco ese verano.

—¿Podrías apagar eso? —Se masajeó las sienes con los pulgares y rogó: —Por favor, tengo un dolor de cabeza horrible.

—Por supuesto señor.

Mateo, tan diligente como siempre, apagó la radio y metió primera.

—¿Lo llevo al Palladium?

Después de dos segundos de silencio apoyó la cabeza en el respaldo del

asiento y suspiró.

—No —contestó Alberto sin dudar—. Llévame a casa.

Rosalía estaba en la gloria.

Con la pareja de moda, pasando una noche romántica como tortolitos, en el Hotel Gran Palladium, Rosalía tenía la casa para ella sola. Así que no pudo resistirse a hacer algo que sabía que no estaba bien, pero que solía hacer con bastante frecuencia: Pasar la noche en casa de su jefe y... cotillear los vestidos que la Cotillard se había dejado en esa casa.

Esa mujer podía ser lo peor, de lo peor, pero nadie podía discutirle el buen gusto en cuanto a ropa.

Volvió a coger el móvil y a releer el mensaje de su jefe. Ese fin de semana los dos estarían fuera del apartamento. Así que podría ver la serie *Girls* en la gran tele de plasma.

Buenas tardes, Rosalía. Me alojaré unos días en Gran Palladium Ciudad de las Artes, así que puedes tomarte unas pequeñas vacaciones hasta el martes. No te preocupes, te pagaré esos días. Disculpa las molestias que te haya podido causar.

Rosalía no dejaba de leer una y otra vez, en la rota pantalla de su viejo Samsung, el mensaje de *WhatsApp* que le envió Alberto. Llegarían mañana, así que bien temprano todo tenía que estar como los chorros del oro, pero mientras tanto...

Puedes tomarte unas pequeñas vacaciones hasta el martes.

—Oh, qué mono es... —pensó, en voz alta, poniendo ojitos.

Alberto era un buen tipo, quizás un poco estirado, pero si fuera suyo, eso no le importaría nada en absoluto. Ya se encargaría ella de quitarle toda la tontería de *niño bien engominao*.

El móvil sonó en su mano mientras seguía bailando al ritmo de la música.

La J: ¡Hola! ¿Qué haces perrilla?

Rosalía rio sin querer contenerse y le respondió enseguida.

R: Hola guarri. ¿Sabes quien tiene un jefe cojonudo?

La J: Si no eres tú, esta historia es una mierda.

R: Efectivamente. ¡Soy yo! Dice que me pagará los días libres de este fin de semana. ¿Qué jefe hace eso?

La J: Uno que quiere meterse en tus bragas.

R: *No es eso, petarda.*

La J: *¡Que sí! Este tipo te prueba y no te olvida. Palabra de gitana.*

Rosalía ignoró el último mensaje de su amiga. Su jefe no quería meterse en sus bragas. Más bien al contrario, ella quería meterse... o que le metiera... bueno, daba igual. Ojalá quisiera lo primero, sería la mujer más feliz de la tierra. Suspiró mientras apretaba el móvil entre sus dedos y bailaba por toda la suite.

Al poco no pudo resistirse y siguió escribiendo.

R: *Es tan jodidamente bueno... Me pide disculpas por las molestias que me haya podido causar. Pero si la única molestia es no poderlo espiar cuando sale de la ducha. ¡En fin! Te dejo, voy a asaltar su nevera.*

La J: *¿Nunca tienes miedo de que te pillen?*

R: *Nunca comen en casa, se le caduca la comida al pobre hombre. Le hago un bien social. Gracias a mí es mejor persona: alimenta a una pobre.*

La J.: *jajajaja*

Con una carcajada y unos *emogis* que sacaban lágrimas por los ojos de tanto reír, su amiga dio por finalizada la conversación.

Como le había dicho a su amiga, esa noche iba a pasarla allí y asaltar la nevera de su querido Alberto, pero antes se daría un paseo por el vestidor. No es que le encantara oler las camisas que su jefe se ponía y que por mucho que las llevara a la tintorería olían a él, lo que en realidad deseaba era ver el otro estante: El de Marlene Cotillard. El vestidor de la bruja de Blancanieves era su Euro Disney particular.

Hacía meses que salía con la cantante y aunque solo se quedara a dormir muy de vez en cuando, había conseguido colar parte de su guardarropa en la casa de su novio Alberto. Estaba claro que la arpía marcaba territorio, por descontado ya tenía el cepillo de dientes allí, y el hilo dental, y el enjuague de menta...

Se había adueñado de parte de su guardarropa y a Rosalía le iba genial para cotillear y empaparse de las últimas tendencias en moda.

Se paro frente a las baldas de color blanco y el colorido armario que formaban las prendas de la cantante. Esos vestidos que valían más de lo que ella ganaría en media vida y qué decir de los zapatos... Se quedó absorta mirando la moqueta gris salpicada de pares únicos y exclusivos.

Miró los zapatos, rojos y de tacón de aguja, luego sus vecinos de un negro impoluto, de llamativa suela roja. Pero sus favoritos eran los rosas de pedrería incrustada. Bueno, pedrería, pedrería... Tenían pinta de diamantes

de verdad...

—Joder...

Que bien le sentaría llevar eso sin nada más.

Dio saltitos en el suelo, contenta con su buena idea, y empezó a mirarse de arriba a bajo en el espejo de cuerpo entero que presidía la habitación anexa a la suite. Sin duda, con el guardapolvo anodino de rayas celestes y blancas y los zapatos blancos ortopédicos que llevaba para limpiar las casas, no le levantaría la verga a nadie. Pero con esas preciosidades en sus pies... y en pelota picada... Eso sería otro cantar.

Meneó la cabeza presa del disgusto al remirarse en el espejo. Entonces una sonrisa coqueta se dibujó en su cara y empezó a desabrocharse la bata.

Cuando esta cayó al suelo, Rosalía se quedó con un conjunto de lencería de encaje fucsia. Por suerte el sujetador era resistente y realzaba sus enormes pechos. Con esa ropa interior una podía creer que estar metida en carnes era menos catástrofe.

—¡Me probaré todos y cada uno de los zapatos que guarda esa bruja rubia de bote!

Mientras meneaba el trasero, semidesnuda, pensó que lo mejor sería hacerlo con arte. Lo primero que hizo la Rosi, fue encender el equipo de música. El último éxito de la Cotillard, número uno de los Cuarenta Principales desde hacía un mes, empezó a sonar a todo volumen. Cogió el plumero y usó el mango de micro. Mientras ella iba quitando el polvo con el plumero, cantaba y bailaba, convenciéndose de que lo que hacía la Cotillard tampoco tenía tanto mérito. Sería una lagarta de armas tomar, pero sus canciones eran pegadizas. Había inventado un nuevo estilo: el reguetón pop afrancesado. ¡Cuánto *glamour*!

—*Vamos nene, dámelo, dámelo que te lo voy a... que te lo voy a... que te lo voy a mama... masajear.*

Moviendo el culo al ritmo del *reggetón pop* de la Cotillard, Rosalía se puso los zapatos de pedrería, y llena de euforia salió del vestidor. Siguió con el mocho a modo de micro y, meneando el pandero por toda la lujosa casa de su jefe, se marcó un par de bailes.

—*¡Dámelo! Dámelo aquí, dámelo aquí... ¡Mételo! ¡Mételo aquí! Y Hummmm... Vamos nene, dámelo, dámelo que te lo voy a... que te lo voy a... que te lo voy a mama... masajear.*

Tiró el mocho y empezó a dar palmas, bailó hasta la nevera dispuesta a asaltarla. Después de rumiar sobre lo que podía zamparse o no, pesó que la

noche era joven y lo mejor sería... sacar la primera botella de champán que encontró. La descorchó con ceremonia.

Después de beberse dos copas seguidas, empezó a achisparse. Entonces recordó que había traído algo que la ayudaría a enfundarse las prendas de la Cotillard: Una faja la estaba esperando bien guardadita en su bolso. La sacó mientras no dejaba de bailar meneando el culo.

—Vamos nena, pruébete... pruébete... ¡pruébatelo todo!

Rosalía se inventaba la letra a medida que cantaba a pleno pulmón. Que el ático de Alberto estuviera insonorizado, era otro de los grandes aciertos de la casa.

Se enfundó la braga-faja que le cubrían desde el ombligo hasta la rodilla, a fin de que no le rozasen los muslos al caminar.

—Ahora sí estás sexy —se agarró las tetas con ambas manos y empezó a saltar hasta la habitación.

Se metió de nuevo en el vestidor, pero antes de ir al rincón femenino, se distrajo acariciando los trajes de Alberto.

—Oh, ¡Qué bien te sienta este! —dijo, mientras olisqueaba como un sabueso el azul marino, que se había hecho a medida, de la casa Brioni.

¡Costaba cuarenta y tres mil euros! Si es que tenía una clase el muy cabrón...

—Ojalá pudiese arrancártelo con los dientes... Lo que daría por desabrocharte este botón y bajarte la fina cremallera —dijo, mientras le hacía exactamente eso al pantalón.

Rosalía la cogió entre su dedo índice y pulgar y tiró de ella arriba y abajo en un acto tan vulgar como sensual.

Dejó el traje en la percha y se volvió a amorrar a la botella de champán. Otro sorbito....

Abrió el cajón donde la lagarta guardaba sus cosas. Collares, anillos.... Y...

—¡Oh Dios mío! ¡Passión Fruit!

¡La Cotillard usaba sus cosméticos!

Se quedó con la boca abierta. Pero... ¿eso era posible? Si solo había vendido veinte unidades a través de su página web. ¡Quien lo hubiera dicho!

Se sentía pletórica. Y totalmente incrédula, bebió de nuevo un par de sorbos más de champán.

—Hmm... —dijo al encontrar un fular de seda rojo pasión acorde con su pintalabios—, este rojo pasión me sentará genial.

Se envolvió en él, como si fuese una diosa griega. Escogió unos manolos del mismo tono, y empezó a caminar como si estuviera en una pasarela. Con su lápiz de labios Passion Fruit en la mano, se acercó al espejo para luego apartarse y volver a acercarse.

Al segundo paseíllo, se quedó quieta mientras su pandero se seguía contoneando y ella iba poniéndose el pintalabios.

—¡Seeee nena! ¡No puede haber aquí! ¡No puede haber ahí!...

Un par de posturitas más y se soltó el pelo en pose sexy. Una cascada de rizos color azabache se deslizó por su espalda. Dio un golpe de melena, le dio otro sorbo a la botella y se puso a hacer más posturitas.

—Oh, sí, Alberto... ¡Empótrame como si mañana fuese a caer un meteorito que acabase con toda la vida en la Tierra!

Hizo un par de posturas más, varios golpes de melena y otro sorbo de champán —se había bebido ya más de media botella—, y se introdujo el dedo índice en la boca.

—Hmm...

Volvió a mirarse en el espejo y, tras ella vio algo que no esperaba.

—¡Ahhhhhh! —gritó. — ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Era el reflejo de Alberto. La botella de champán cayó al suelo, manchando la moqueta y salpicando los caros zapatos de la Cotillard.

¡Hostia Puta! ¡No era posible! ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Con una expresión de horror, mientras aún se tapaba la boca con la mano, se dio la vuelta lentamente para dejar de mirar a Alberto a través del espejo y cerciorarse de que realmente estaba allí.

—Señorita López...

Efectivamente, ahí estaba su jefe cañón sin poder dar crédito a lo que veía.

—Señor Saavedra.

—Creo que... —le dijo tragando saliva— Tenemos que hablar.

CAPÍTULO 6

El polvo *number one*

Bueno... pensó, tenemos que hablar, si consigo articular palabra.

Alberto estaba anonadado. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Desde cuando la tímida asistente se había transformado en una sensual diosa? No daba crédito. Aunque siempre había pensado que ella tenía algo... algo especial, nunca pensó que en ropa interior y con esos contoneos, fuera más de lo que había soñado. Sin duda alguna Rosalía podía volverlo loco de deseo si se lo proponía, o sin proponérselo, visto lo que estaba pasando ante sus ojos.

En aquellos momentos, viéndola moverse de semejante forma, se dio cuenta de que era mucho más que sexy: Esa mujer era una diosa sexual.

Ya debería habérselo imaginado. Ya, con su uniforme, cada vez que pasaba cerca suyo, cuando ella limpiaba, su antena la apuntaba. Llevaba cuatro meses con mil y un pensamientos, a cada cual más perverso.

A medida que disminuía su interés por Marlene, aumentaba su apetito sexual, y estaba claro a quien se dirigía este. No a su novia cantante, sino a la asistente. Esa mujer que había conseguido robarle el aliento y ahora lo tenía de pie, frente suyo, incapacitado para hacer otra cosa que no fuese babear.

—Esto... yo... —intentó decir Alberto, pero no supo como acabar la frase.

Verla tan.... Desnuda y tan frágil. Parecía sinceramente arrepentida y muy abochornada de que la hubiera pillado de esa guisa. Iba casi desnuda, tan solo un fular rojo y transparente cubría sus generosas y divinas curvas. Los zapatos de tacón no es que ayudaran demasiado a darle un toque de naturalidad. Se fijó mejor y vio que, bajo el fular, llevaba una ¿braga-faja? Alberto ladeó ligeramente la cabeza y abrió mucho los ojos.

Rosalía se llevó las manos a la cara y se ocultó tras ellas. ¡Que vergüenza! Cualquiera juraría que pretendía que él la encontrase así, pero eso no era cierto. Ella se había fiado de lo tiquismiquis que era la pareja político-cantante, con sus horarios. Jamás se le pasó por la cabeza que pudieran regresar antes a casa. Entonces, Rosalía miró a su alrededor. ¿Había venido solo? Sus ojos se abrieron como platos y dejó de respirar. Solo al cerciorarse de que tras Alberto no había nadie consiguió volver a respirar con normalidad.

—Señor Saavedra...

Él se encogió sutilmente de hombros mientras sus ojos no dejaban de

recorrer el cuerpo de Rosalía, de arriba a bajo. ¿Por qué demonios le había hecho eso?, ¿es que quería matarlo, o qué? No iba a poder seguir ahí plantado como un pasmarote por mucho más tiempo.

—Lo siento tanto... de verdad.

—Shhh... —Alberto alzó la mano y la instó a callar.

No podía concentrarse cuando hablaba, era ver moverse esos generosos labios de un rojo intenso e inmediatamente sentía palpitar su miembro. Miró hacia abajo y vio lo evidente, luego alzó la cabeza y espero que ella no se hubiese percatado del problema que tenía en esos instantes en la entrepierna.

—Estás guapísima.

¿Había dicho eso en voz alta? No lo sabía, pero era una verdad como la copa de un pino. Rosalía era guapísima. Morena, alta, y... rellenita en las zonas que a él le gustaba en una mujer. Sus caderas eran anchas y su busto sin duda de los más generosos que había visto. Alberto sentía debilidad por sus pechos grandes, mentiría si no dijera que se moría por saber como era su tacto.

Se acercó un paso a penas sin darse cuenta.

Ese trasero generoso y esos muslos gorditos... ¿serían tan suaves al tacto como parecían? Cada michelín estaba tan bien repartido que estaba seguro su miembro iba a brincar y reventarle el pantalón de un momento a otro.

La gente pensaría que un hombre como él, que salía y se acostaba con una mujer como Marlene Cotillard, no fantasearía jamás con una mujer como Rosalía, pero Alberto no podía pensar en otra cosa... La deseaba de una manera básica. Tan fuerte como inevitable.

Para alguien como él, que en el terreno sexual era todo un neandertal, no podía evitar sentirse atraído por un cuerpo como el de Rosalía que, a voz en grito, clamaba que no tenía complejos y que era fuerte y sano. Llevaba toda la vida buscando un físico como ese y ahora que lo tenía ante él, se sentía como un diabético delante de un pastel de succulento chocolate. No podía catarlo, no sería correcto. Él era su jefe y ella su empleada. Y estaba seguro que, tenerla allí delante, casi desnuda, no significaba que lo estuviera esperando a él. Por qué ella no lo deseaba ¿o sí?

Pero fantasear era gratis, así que se le secó la boca al pensar en lo que podría hacerle en ese mismo instante si ella se lo permitiese.

Estaba a menos de un paso, ni siquiera fue consciente de como se había acercado a ella con total sigilo, sin prisa, pero sin pausa.

Se imaginó alargando la mano para acariciar esos pechos, cubriéndolos a

manos llenas. ¿Cómo sería enterrar su rostro en ellos? Se lo imaginó sin querer evitarlo, notar la suavidad en sus mejillas y después... besarlos, morderlos apasionadamente y succionar sus pezones poco a poco hasta volverla loca de placer.

—Rosalía...

Sintió la imperiosa necesidad de acercarse a ella, de arrancarle el fular y... lo que fuera que le cubría de las rodillas hasta la cintura, para después hundir, no solo el rostro en sus generosos senos, sino su polla en lo más profundo de ella.

Rosalía miraba con una mezcla de horror y asombro a Alberto. Sin duda, su jefe estaba conmocionado, pero ¿y ella? Ella estaba igual o peor. ¿En qué momento se le habría ocurrido que era buena idea hacer de la casa de su jefe una boutique de moda en la que probarse los vestidos de esa velociraptora francesa?

—Lo lamento tanto... —se atragantó al dejar de mirarle el rostro y centrar el foco de atención en otra parte de su anatomía— ¡Dios bendito!

Tragó saliva y apretó el fular contra su cuerpo. Sus ojos se desviaron hacia un lado y después hacia abajo. ¡El bulto en el pantalón! Para Rosalía fue más que evidente lo que significaba: ¡Estaba cachondo! ¡Y estaba en ese estado porque la había visto a ella!

¿Cómo era posible? Alberto Saavedra, que podía tener la mujer que quisiera, estaba claramente excitado y Rosalía era la causa de esa erección que a simple vista se le antojaba enorme. Se puso más roja que un tomate y se llevó las manos a la cara al no poder apartar la vista de esa enorme tienda de campaña.

—¡Señor Saavedra! —logró decir —Lo... lo... ¡Oh, Dios mío!

¿Qué iba a hacer ahora? Su cerebro en algún momento hizo un *clik*, desconectó del mundo y para ella solo existió el hombre que tenía delante.

—Señor Saavedra, está... ¡Está cachondo!

Él no dejaba de mirarla. No articuló palabra alguna. ¿Qué podría decirle más que lo evidente? Ella no parecía del todo disgustada por su falta de disimulo. Y entonces, cuando vio que su deseo parecía ser correspondido, se le aceleró el corazón.

Rosalía se irguió y sus pechos parecieron más grandes y plenos que hacía unos segundos. Mirándolo sin complejos, decidió dejar caer el fular al suelo. ¡Vale! Su braga-faja eran horrible, pero si obtenía la respuesta deseada, no iba a llevarla mucho más tiempo puesta.

¡Venga gordi! O te tiras ahora a la piscina o te arrepentirás toda la vida. ¡No puedes quedarte con las dudas! Le dijo su yo interior, aunque realmente parecía tener en la cabeza la voz de La Juani recordándole que esas oportunidades solo pasan una vez en la vida.

Después de escuchar a su voz interior, se sintió más animada, quizás por las copas de champán o quizás porque el bulto en la entrepierna de ese hombre le daba altas posibilidades de obtener la respuesta que deseaba.

Alberto separó los labios ligeramente cuando la vio avanzar hacia él.

No se apartó. Hipnotizado, dejó que ella llegara y se apretara contra su cuerpo.

—Rosalía... —Alberto volvió a decir su nombre y esta vez sonó a una invitación que ella no dudó en aceptar.

Rosalía sonrió antes de devorarle la boca.

Por su parte, él no la rechazó, al contrario, le devolvió ese beso apasionado con creces. Tenerla apretada contra su cuerpo era como estar al borde de un volcán. Era todo calor y fuego.

Sin poder contenerse, la agarró de las nalgas y la levantó del suelo. Sus piernas se enroscaron en su cintura mientras él avanzaba hacia la suite. Pero no llegó a salir del guardarropa. Alberto trastabilló hasta la pared mientras las bocas seguían pegadas la una a la otra. Devorándose, amándose.

¡Seeee! Rosalía habría gritado, pero eso significaba dejar de besarle, algo que no estaba dispuesta a hacer.

Alberto caminó inseguro hasta que la empotró contra la pared. Movié las caderas para que ella notara la prominente erección.

Y vaya si la notó.

Gimió sorprendida por el tamaño y la dureza. Ante un nuevo roce, sus caderas se movieron por instinto contra él. No podía esperar a tenerlo dentro.

—Dios mío... —gimió de forma tan erótica que Alberto sintió que, si no se abrían los pantalones, estallarían.

—Vamos al dormitorio —solicitó, entrecortadamente.

—¿Y no puedes hacérmelo aquí? —preguntó ella mientras le besaba el cuello.

Tenía razón, el dormitorio le parecía muy lejano y Alberto no iba a contradecirle en nada.

Se movió hacia el mueble zapatero y de un barrido tiró todos los objetos que había encima. La caja con sus gemelos salió disparada, pero no iba a preocuparse por eso. No ahora, cuando tenía a esa diosa entre los brazos.

Colocó las nalgas de Rosalía sobre la superficie lisa.

—No puedo esperar, preciosa—. Alberto se separó de ella y se desabrochó el pantalón.

Rosalía se quedó con la boca abierta. Se mordió el labio de tal forma que estuvo a punto de hacerlo sangrar.

Miraba directamente a su potente mástil, duro y grande. Cuando se apretó de nuevo contra ella, cerró los ojos disfrutando de su contacto contra su ropa interior.

¡Joder la faja! Estuvo a punto de gimotear, ¿cómo había permitido que Alberto la viera con esa monstruosidad? Pero pronto se dio cuenta de que a él no parecía importarle lo más mínimo.

Alberto empezó a restregar su polla por encima de su braga-faja. Se moría de ganas de que se la metiese. Si era tan grande como parecía, con su inexistente experiencia, Rosalía podría asegurar que eso iba a doler. Aquello era demasiado grande, parecía un misil que seguro contenía una bomba atómica.

¡Pero le dio igual! Era hora de dejarse llevar y de probar el bomboncito con el que tanto tiempo había estado soñando.

¡Estaba súper cachonda!

Cuando los pantalones de Alberto finalmente cayeron al suelo, él aprovechó para quitarse los zapatos y el resto de la ropa, y así quedar totalmente desnudo delante de ella.

—¡Madre mía! —exclamó Rosalía, sentada con las piernas separadas sobre el mueble.

Boqueó como un pez buscando aliento.

Él sonrió y se abalanzó de nuevo sobre ella. Le separó más las piernas y se metió entre ellas, mientras las manos subían para cubrirle los pechos que habían quedado totalmente expuestos para él, tan accesibles a su boca.

Ella gimió repetidamente, cuando Alberto alcanzó a meterse un pezón en la boca. Ambas manos empezaron a masajear sus redondeces y las caderas masculinas se movieron buscando una entrada hacia la zona más íntima de Rosalía.

—Dios mío, que buena estás —le dijo, con la voz entrecortada—. No puedo esperar más. Necesito follarte.

Bien, pensó ella, esa era una buena señal, significaba que por fin tendría su ansiado polvo con el jefe.

—¡Oh, sí, por favor! —suplicó, restregándose contra él— ¡Fólleme!

Alberto se rozaba contra sus bragas. ¡Su sueño se estaba haciendo realidad! Pero no le dio demasiado tiempo a pensar en ello, pues él abandonó su boca por unos segundos y la miró a los ojos. Se dispuso a arrancarle las bragas y el sujetador.

—Joder nena... ¡Qué rica estás!

Le arrancó finalmente la braga-faja, no sin cierto esfuerzo y volvió a situarse entre sus piernas dispuesto a atacar de nuevo uno de sus pezones.

Alberto sintió su miembro palpar con violencia y estaba más que seguro que aquel sería el polvo de su vida.

Sus manos volaron por las suaves curvas de Rosalía haciéndola gemir de placer. Lamió sus pechos generosos y dejó un reguero de besos húmedos hasta el cuello, para después volver a besar su boca con pasión. Estaba alargando el momento, y es que no quería penetrarla todavía. Primero la volvería loca con el roce de su lengua.

Retrasar la penetración fue mucho más difícil de lo que se había imaginado. Su polla le iba a estallar de un momento a otro, pero no quería precipitarse. Quería saborear a esa diosa. La inclinó más hacia atrás, hasta que su coronilla rozó la pared. Dejó de succionar sus pechos para besar su abdomen y hacer un recorrido con la lengua hasta su sexo, perfectamente depilado. Primero iba a darle lo que se merecía por el numerito que había montado en el guardarropa, después la haría suya. Alberto hundió la cara entre sus piernas, y su boca buscó la parte más sensible. La lengua se deleitó e hizo su magia.

Cuando Rosalía empezó a gritar como una loca, supo que estaba a punto de alcanzar su objetivo.

—¡Oh, Virgen del Rocío! ¡Ah, Virgencita mía!

Con la lengua, Alberto empezó a trazar círculos sobre su inflamado clítoris. Intentó sujetarle las caderas para que no se moviera tanto contra él, pero apenas lo consiguió, así que empezó a darle placer de verdad para que se liberara. Le introdujo un dedo con suavidad sobre su húmeda hendidura, después un segundo dedo hizo sitio, ensanchándola, preparándola para su miembro que, estaba vibrando como un loco, excitado por lo que estaba a punto de ocurrir, entrara sin problemas.

Alberto no dejaba de lamerla, cada vez más rápido, luego succionaba, daba un mordisquito a su muslo y se detenía para volver a empezar.

Mantuvo esa tortura hasta que el clítoris de ella se volvió duro, resbaladizo por todo el jugo que salía del interior de su vagina. Los dedos entraron más

rápido en ella y con más fuerza hasta que se convulsionó, estallando entre gritos de júbilo y llamadas a la Virgen del Carmen.

Se pegó a ella y sintió como la piel le ardía mientras dejaba un reguero de besos en su cuello y escote. Los dedos que él hacía entrar y salir de su vagina, estaban mojados y notaban cada contracción de su lugar húmedo y secreto.

—¡Madre mía! —Rosalía flipaba.

Jamás se había corrido así en su vida. Ni siquiera con el succionador de clítoris último modelo que se compró en el *tuppersex* de la despedida de soltera una de sus amigas.

El orgasmo le estaba durando siglos o eso le pareció, pero no se quejó. De hecho, protestó cuando Alberto dejó lo que estaba haciendo allí abajo y retiró los dedos de su interior.

—Ahora nena, con tu permiso te la voy a meter hasta el fondo —informó, con la cara que solía mostrar en los mítines, y que a ella la ponía tan cachonda.

Rosalía boqueó como un pez, no pudo decirle nada, simplemente asintió efusivamente, expectante de que ese enorme pene se metiera en su interior.

¡Dios mío! Su jefe le estaba diciendo todas esas guarradas ¡A ella! ¡Qué maravilla!

—Si, por favor.

Antes de que pudiera darse cuenta, Alberto se había puesto un condón y guiaba la punta de su miembro hacia donde unos segundos andes había estado lamiéndola. Le acarició el clítoris con la punta del pene y por poco pierde el conocimiento.

—¿Preparada? —preguntó, con los dientes apretados.

Entonces, Alberto la ensartó de una sola estocada.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Sí!

El cosquilleo que no había parado desde que él la tocara, se acentuó hasta provocarle otro estallido de placer. Puso los ojos en blanco y sus caderas se movieron a un ritmo frenético en busca de lo que Alberto tenía entre las piernas. Su flor de la pasión estaba ávida de esa enorme vara con la que había estado soñando tanto tiempo.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí!

Los gritos de ella lo volvían loco.

Cuando Alberto fue consciente de que cualquier cosa que le hiciera ella respondería apasionadamente, se dejó llevar, la penetró a un ritmo frenético durante un minuto, incapaz de dilatar más aquella tortura. Al siguiente bajó el

ritmo para no correrse tan rápido.

Fue más despacio, quería sentir el apretado coño rodeando su polla, tan dura como no la había sentido jamás. Necesitaba disfrutar de aquella sensación única el máximo tiempo posible. Pero la intención le duró poco. La deseaba, necesitaba montarla como había estado deseando desde hacia varios meses, de manera salvaje. Le acarició el pelo y lo sujetó hasta hacer que ella se inclinara contra él y le besara apasionadamente.

Esa melena negra lo volvía loco, quería ponerla a cuatro patas y agarrarse bien a ella para empalarla a conciencia, pero quizás la primera vez sería demasiado vulgar, esa mujer se merecía que la venerara.

La abrazó mientras la penetraba una y otra vez sacudiéndola contra el mueble zapatero de color blanco. Empezó a moverse más y más rápido, a empujar más a fondo. A cada investida, ella maullaba y se arqueaba. Puede que no la tuviese a cuatro patas, pero siguió acariciándole la melena y en un instante de pasión le echó la cabeza hacia atrás.

Los pechos de la diosa quedaron a la altura de sus ojos y, sin resistirse ni un minuto más, hundió su cara en esas dos tetas gigantes que se movían como dos flanes cada vez que la ensartaba. Con la intensidad de los empellones, la fricción se intensificó y Alberto sintió las contracciones de su cálida y húmeda hendidura en la verga.

Ella volvía a correrse y él estaba a punto de hacerlo también.

Sintió el sedoso tacto de su pelo negro mientras la acercó hacia él y le besó el cuello de forma apasionada.

—Me encanta tu olor —dijo, sintiendo que era lo más delicioso que había olido nunca—. Y me vuelven locos tus gemidos.

Como si fuera una señal, ella se mordió el labio para no gritar tan fuerte mientras disfrutaba de su orgasmo. Él rio contra su piel y, tirándola de nuevo del pelo, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sus caderas se movían como por instinto y, aguantando la respiración, sentía que se iba. Metió su miembro hasta el fondo una última vez y se dejó llevar.

Soltó dos fuertes jadeos mientras se derramaba. Le habría encantado sacudírsela sobre los muslos de ella ¿eso era muy perverso?, ¿algo parecido a un fetiche para marcar territorio? No iba a pensar en eso ahora, simplemente disfrutaría del momento.

Rosalía, tan exhausta como él, se dejó caer hacia delante.

—Me has matado.

Sin mediar palabra, Alberto la llevó a la cama y se desplomó sobre ella.

—Creo que los dos hemos muerto y acabamos de llegar al cielo, nena.

CAPÍTULO 7

Sueño cumplido, ¿sueño olvidado?

—¡No me lo puedo creer, guapi! ¡Te has agenciado al culo prieto! ¡Eres la puta reina del brilli-brilli!

—Pues ya te lo puedes creer, gitana. ¿Por qué crees que casi no puedo ni andar? Palabrita de la Rosi.

Rosalía daba saltos por su minúscula habitación repleta de ropa esparcida cual semillas en la siembra, y zapatos por doquier. Se subió encima de la cama y empezó a saltar en ella como cuando tenía quince años y el tío más molón del instituto la había llevado a dar una vuelta con su escuter.

—¡Tienes que contármelo todo, paya! —Rosalía se tapó la boca con la mano, le era muy difícil no parar de reír—¿La moja bien?

—¡La moja mejor que bien! —exclamó, con entusiasmo.

Y era cierto, Alberto era un auténtico potro salvaje en la cama. Nunca se había corrido de semejante forma. Después del polvo sobre el pobre zapatero, habían procedido a tener un revolcón sobre su enorme cama, después vino la ducha y acto seguido volvieron a la cama, con la intención de descansar. Intención que quedó claramente olvidada hasta el amanecer.

—Ha sido espectacular —se tiró sobre el colchón y se quedó mirando el techo con ojos soñadores.

Debía reconocer que habían hablado poco, pero sobraban las palabras. Al fin y al cabo ¿qué podrían tener en común el futuro presidente del Parlament y una limpiadora del arrabal?

—¿Cómo habéis quedado? —Le pregunto la Juani.

—No hemos quedado —eso hizo que dejara de sonreír. Porque era cierto, no se habían dicho ni media palabra desde la noche anterior.

Solo había sido un calentón, un polvo que había sido inevitable por parte de los dos. O eso creía ella. Suspiró algo desilusionada, pero esa historia no daba para más. Y en el fondo se sentía afortunada, ¿conocía a alguien que hubiera llevado su más oculta fantasía a cabo? Probablemente no.

Había sido una noche de pasión loca. Alberto le había acariciado el pelo antes de dormirse, eso si que había sido romántico y quedaría grabado en su memoria para siempre, pero no podía esperar nada más. Cuando después de dormir un par de horas, Rosalía había recogido la ropa y los zapatos que esparció la noche anterior, se puso la suya, mucho menos glamurosa que la de

la bruja de Marlene y se deslizó hasta la puerta de entrada. No miró atrás y cerró con sigilo. Esa fue la última vez que había visto a Alberto.

¿Lo volvería a ver? Por supuesto que sí, porque el revolcón calenturiento de esa noche no la eximía de ir a trabajar esa tarde.

—Bueno... —dijo su amiga —Lo importante es que te lo has tirado.

—¡Seeee! —Volvió a exclamar Rosalía. Pero hubo un toque agridulce en ese grito de victoria.

Dos días después, Rosalía sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Había ido dos días a limpiar la casa, pero esta se encontraba vacía y Alberto no le había mandado ningún mensaje. Como no la había despedido, suponía que debía seguir con sus quehaceres, como si nada hubiese pasado entre ambos.

Esa mañana le tocaba limpiar el apartamento de Alberto, así que con su guardapolvo y sus zapatos ortopédicos abrió la puerta para ponerse a trabajar. Como solía ocurrirle últimamente, su corazón se aceleraba hasta comprobar que no había nadie en la casa.

Siendo sincera, admitiría que su deseo se dividía entre no encontrarle, y el de que estuviera allí para volver a ver esos ojitos. Estaba hecha un lío, pero ¿como se reacciona ante el jefe que te ha puesto a cuatro patas sobre la cama y te ha montado como si le fuera la vida en ello? Ni idea.

¿Debería haber llamado para decirle algo? Al menos que supiera que acudiría a limpiar la casa, que seguiría con su trabajo ¿no? Pero él debía saber que ella volvía a su rutina, la casa estaba impoluta, se había esmerado mucho en ello aquellos últimos días.

Sacó la llave de la cerradura y contuvo el aliento. Escuchó atentamente, para ver si había algún ruido que pudiera delatar la presencia de Alberto. No escuchó nada.

—Buenos días —dijo sin pensar.

Silencio.

No era habitual en Rosalía anunciarse, normalmente cerraba la puerta con un golpe un poco más fuerte de lo normal, para que Alberto o la Cotillard, si es que estaba en casa, supieran que había llegado. Claro que después registraba el ático para comprobarlo. Pero tras lo sucedido, creyó que era mejor decir unas palabras para ver si Alberto salía a su encuentro o prefería fingirse el dormido en la cama.

¡Qué tontería! Se dijo. Para Alberto Saavedra aquella noche no habría

significado absolutamente nada y, desde luego, no iba a perder el tiempo pensando en ella ¿o sí?

Suspiró y avanzó hacia el salón, segura de que, tal y como había pasado en las últimas ocasiones, no encontraría a nadie.

Pero se equivocó.

—Buenos días, Rosalía.

Ella se quedó paralizada. Había alguien... alguien con escasa ropa en el salón... y desde luego, no era Alberto.

Alberto puso una mano contra los azulejos oscuros que forraban la ducha y suspiró pensando en Rosalía.

Deberías haberla llamado, se dijo, o enviarle un mensaje, se reprochó.

Cualquier cosa habría sido mejor que ese silencio tan poco elegante. Debería haberle enviado algo, incluso unas flores, un indicio que le hiciera saber que para él aquello no había sido solo sexo... el mejor sexo de su vida, por otra parte. Pero no lo hizo. Podía buscar mil excusas, pero siempre ganaba la que menos le gustaba: ella era su chacha. No una chacha cualquiera, puesto que, aunque los dos eran muy distintos, estaba seguro de que la diferencia de estatus de sus trabajos se podría superar, pero que precisamente se hubiera enamorado de ella en su casa... ¿Cómo se vería en la vida pública que dejara a Marlene para irse con su asistenta de hogar?

¡A la mierda con eso! Al fin y al cabo, tener algo con Rosalía no era más que una fantasía. Estaba encadenado a Marlene, y no podía deshacerse de sus cadenas si antes no pasaba por el altar.

Golpeó los azulejos de la ducha con el puño.

De todas formas, tampoco saldría bien, intentó consolarse Alberto, los dos eran muy diferentes.

Rosalía era humilde, sin demasiada cultura para poder alardear de ella ante sus amigos, y él... tenía que saberlo todo de todo el mundo para no quedar como un auténtico imbécil. Eran como agua y aceite. Y, sin embargo... la imagen de Rosalía desnuda delante de él lo empalmó de tal manera que tuvo que agarrarse el miembro. Gimió al sentirlo palpitar en su mano. No podía dejar de pensar en ella, de desearla.

La noche anterior Marlene había llamado a su puerta, y aunque después de decirle en repetidas ocasiones que se fuera, ella se empeñó en pasar la noche con él o, mejor dicho, en el cuarto de invitados. Por una vez Alberto dijo no ¡NO! Un no rotundo que no sentó nada bien a la bruja de Blancanieves.

Y el motivo de esa negativa tenía un nombre: Rosalía.

No quería estar con ninguna otra. Parecía sacado de una mala novela, pero era la verdad. No era porque fuese el mejor sexo que había tenido en su vida, había otro motivo: No dejaba de pensar en ella, la veía en todas partes. Ya estaba obsesionado con esa mujer antes de poseerla, pero ahora... todo se había magnificado. ¿Cómo podría volver a la normalidad?

Cerraba los ojos y la veía, incluso en algún momento de la noche escuchó sus jadeos de placer en su mente. Sin duda, estaba enfermo. Enfermo de deseo por esa mujer. Siguió acariciándose el miembro enhiesto pensando en ella, en sus generosos pechos, en ese culo generoso y que era tan suave al tacto... ¡Joder! La tenía como una piedra de solo pensar en lo maravilloso que había sido penetrarla y correrse sobre sus morenos muslos.

Se agarró la polla con más fuerza y se la sacudió con ganas. Jadeó con la boca abierta contra los azulejos de la ducha. Apretó con fuerza los ojos y sus caderas se movieron por instinto, delante-atrás, Delante-atrás... hasta que se corrió pronunciando su nombre.

—Rosalía.

Abrió los ojos, consciente de que el instante de placer se había esfumado. Ahora debía volver a la realidad. Cerca le aguardaba el dragón enfurruñado para poner en claro sus condiciones... y la fecha de la boda.

CAPÍTULO 8

Tantas cosas que decir

La *fame fatale* de la Cotillard la miraba con los labios embadurnados de *passion fruit* y Rosalía forzó una sonrisa, pues tenía sentimientos encontrados. Estaba entusiasmada de que sus cosméticos se vendieran tan bien online, pero verlo puesto en esa mujer... le daba repelús.

—Buenos días —saludó, Rosalía.

—Buenos días, Rosi.

Rosalía odio el diminutivo pronunciado por esos labios. Le encantaba que se lo dijera cualquier otra persona, pero justo esa mujer, la hacía sentirse pequeña e insignificante. Y si a eso le añadías que le estaba sonriendo con descaro... Rosalía se preguntó si sabría qué había sucedido entre ella y Alberto. Se sintió un poco avergonzada, y es que a pesar de que ella había intuido desde el principio que aquella relación era por puro interés, la velocirrapora no dejaba de ser la novia de Alberto.

Por su actitud, siempre superior pero no beligerante, supuso que no sabía nada de nada.

—Nos marcharemos a desayunar fuera, tendrás la casa para ti sola.

Rosalía se puso rígida. ¿La casa para ella sola? ¿Acaso Alberto le habría contado que cuando la casa estaba vacía ella aprovechaba para bailar semidesnuda y probarse sus vestidos?

¡Oh Dios! ¡Qué no sea eso!

—Esto... —quiso indagar, pero la Cotillard no la dejó terminar.

—Esta noche regresaremos temprano, ¿podrías coger una botella de vino blanco y otra de champán y ponerlas en la nevera? —le guiñó un ojo—. Ya sabes, tendremos una cena romántica.

Rosalía intentó no poner una cara parecida a la de alguien chupando un limón, y por la indiferencia de Marlene, lo consiguió.

—Por supuesto, ahora mismo.

Y cuando avanzó hacia la cocina abierta que daba al salón, por la puerta del dormitorio apareció Alberto. Se paró en seco, como si una fuerza invisible le hubiese obligado a prestarle toda la atención a Rosalía.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó ella, no muy segura de como debía reaccionar.

Él la miró con intensidad y Rosi hizo lo mismo, al ser consciente de nuevo

de la presencia de Marlene, agachó la cabeza y fue hacia la despensa.

Hubo unos segundos interminables de silencio y Marlene frunció el ceño.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la francesa mientras se acercaba a Alberto.

—¡No! —se apresuró a responder Rosalía, que había escuchado las palabras de Marlene.

—No, no —contesto al unísono Alberto—. Es solo que tengo que decirle algo a Rosalía, pero no me acuerdo de qué es.

Rosalía asintió, mientras bajaba la mirada.

—No te preocupes, seguro que te acuerdas tarde o temprano —respondió, Marlene.

Por un instante se había imaginado que algo había ocurrido, pero... ¿Alberto con la chacha? Reprimió una carcajada, eso era impensable. Se quitó la idea de la cabeza de inmediato.

—Y ahora, ¿Podemos ir a desayunar?

Alberto asintió sin ganas, mirando a Marlene con un humor de perros. Pero la expresión se suavizó cuando volvió a ver a Rosalía sacando de la despensa las botellas de vino y champán y ponerlas en la nevera. Tenía que dejar de mirarla o, de lo contrario, la víbora se daría cuenta de que algo había pasado. Y no es que le importara mucho lo que ella pensara, al fin y al cabo de novia solo tenía el nombre, y si fuera por él habría huido lo más lejos posible de ella. Pero le preocupaba las medidas que podía adoptar Marlene en contra de Rosi. Él sabía muy bien lo odiosa y vengativa que podía ser.

—Nos vamos Rosi... —le dijo él a modo de despedida.

Rosalía cerró la puerta del frigorífico y asintió mirándolo como un ternero degollado. A Alberto le hubiera encantado avanzar hacia ella y estrecharla entre sus brazos, pero eso no podía ser, así que se aseguró de tener bien anudada la corbata y se encaminó hacia la puerta principal.

Marlene le siguió de cerca echando un último vistazo a la chacha que no había parado de lanzar miradas mal disimuladas a Alberto. ¿Qué habrá pasado? Se preguntó, desde luego nada sucio, pero quizás la pobre chica había estropeado alguno de sus trajes y se sentía culpable. Sí... debía ser eso.

Al llegar al ascensor Alberto seguía nervioso, aunque Marlene no lo notó. Las puertas metálicas se abrieron y ambos entraron, cuando él apretó el botón que haría que bajaran a la planta baja, le faltó tiempo para salir de allí.

Marlene abrió los ojos desconcertada.

—¿Adónde vas? —preguntó Marlene, sorprendida.

—Coge mesa —le dijo—, ya sé lo que quería decirle a Rosalía.

Marlene iba a protestar, sin duda, pero las puertas del ascensor se cerraron antes de que ella pudiera siquiera dar un paso para salir de él.

Alberto se libró de sus protestas y sonrió.

Se dio media vuelta y se aflojó el nudo de la corbata, se había puesto colorado, quizás por algo de vergüenza o por el nerviosismo que sentía de tener que estar a solas otra vez con esa mujer que lo volvía loco.

No había mentido al decirle a Marlene que tenía algo que decirle a Rosalía, ¿Cómo podría ser de otra manera? Con lo que había pasado y después de aquellos días que no había tenido otra cosa que hacer, que pensar en sus palabras una vez la volviera a ver...

—¡Vamos! —Se dijo para darse ánimos.

No llamó a la puerta al entrar, se coló directamente y se encontró a Rosalía en el dormitorio con la almohada apretada contra su cara. ¿Qué hacía?, ¿estaba oliéndola?

Alberto se quedó unos minutos, observándola, sin saber qué decir, o qué hacer.

Estaba llorando.

Rosalía lloraba porque se sentía estúpida.

Ver a Marlene le había recordado cuál era su posición. Era la chacha, y ahora había sido la amante ocasional de un político venido a más, que solo la había utilizado para un polvo fácil. Se sintió mal, porqué, por muy víbora que fuera Marlene, era su novia, y ella se había acostado con un hombre que pertenecía a otra. Se sintió culpable por no haber parado los pies a un tío que no era libre para estar con ella.

Se limpió los mocos con la almohada. Después de llorar dos minutos se sentía mejor.

Arrancó la funda de la almohada y la tiró al suelo, debía hacer la colada. Por un instante se quedó mirando la cama, pensando en que habían estado haciendo ella y Alberto hacía apenas unos días, y en lo que probablemente haría con su novia esa noche.

Respiró hondo y, aunque la respiración se le entrecortó, tenía claro que no iba a volver a sufrir por su jefe. Lo tuvo claro, hasta que se volvió y lo vio de pie en la entrada del dormitorio.

—Rosalía.

Ella guardó silencio, avergonzada, y tragó saliva.

—Lo lamento —estaba claro que lo que lamentaba era haberse limpiado

los mocos con la ropa de cama, no por el polvo de la pasada noche.

Alberto se acercó despacio, como si intentara no asustar a un animal herido.

—Creo que tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar —le dijo ella, en un tono dulce—. No se preocupe por lo que pasó, yo...

—Pero...

—De *verdá*, lo entiendo —se le escapó el acento chungo de su madre y por poco pone los ojos en blanco—. Sé que es un buen hombre, y que no quería ponerle los cuernos a su novia. Fue algo que simplemente pasó... y que no volverá a ocurrir.

Si tu supieras, se dijo Alberto.

—Rosalía...

—Lo lamento mucho, quiero que sepa que, si no me despide y me da otra oportunidad, jamás de los jamases volveré a quedarme después de terminar mis tareas. Siento de veras el espectáculo que monté. La lie bien parda...

Alberto no lo sentía, jamás podría olvidar ese espectáculo. Hasta se le escapó una sonrisa al verla intentando controlar ese vocabulario tan espontáneo.

—No voy a despedirte —le dijo, acercándose un poco más—. Y... sí, entiendo que lo de la otra noche fue un error.

Eso no era lo que quería decir, pero sin embargo, lo dijo.

—Lo entiendo.

—Lo que quiero decir, es que fue un error, pero no tuyo... yo tuve mucha culpa de lo que pasó.

Porqué no podría haberte rechazado aunque lo hubiese intentado, se dijo.

—Entonces diremos que la culpa fue de los dos —Rosalía le dedicó una sonrisa tímida y agachó la cabeza.

—Sí, podemos decirlo así.

Y de nuevo eso era algo que no quería decir. Deseaba que todo aquello no hubiese sido un error, sino el principio de algo. No podía permitirse el lujo de estar con Rosalía. El primer motivo era que Marlene la despellejaría y tiraría sus restos a los buitres, y el segundo motivo era que no podía dar pie a malos entendidos. Salir con su mujer de la limpieza... si alguien malinterpretara aquello, si la cosa saliese mal y lo acusasen de acoso sexual hacia su empleada... no quería ni imaginárselo.

—No se volverá a repetir.

Él asintió ante las palabras de ella.

—No volverá a ocurrir.

Pero mientras ambos lo repetían en su mente, se dieron cuenta de que estaban muy cerca el uno del otro. Alberto levantó una mano para acariciarle el rostro y ella no podía dejar de mirar sus ojos azules. Se mordió el labio cuando notó el tacto de su mano en la cintura.

Antes de que pudiera reaccionar, Alberto la atrajo hacia su pecho. Los labios de ambos se juntaron como si se hubieran echado de menos, con fervor y necesidad.

La besó con una pasión que solo había sentido hacia dos noches, con esa misma mujer que ahora le rodeaba el cuello con sus brazos.

Rosalía le correspondió, sintiendo el tacto sedoso de su lengua dentro de la boca y la abrió para él. Gimió mientras lo abrazaba y pegaba el cuerpo contra el suyo. Había demasiada ropa entre ambos.

Las manos de Alberto recorrieron su espalda, arriba y abajo hasta que en un arrebato apretó su trasero con fuerza. Ella gimió de placer al ver como la apretaba contra su erección.

¡Por Dios! ¡Qué todos los errores fuesen como esos!

Envueltos en una nube de pasión, apenas fueron conscientes de que el teléfono de Alberto estaba sonando de manera insistente.

Dejaron de besarse y, cuando él miró la pantalla, Rosalía también vio quien era. Marlene lo estaba reclamando.

Rosi se apartó, no podía hacer otra cosa. Al fin y al cabo, lo que estaban haciendo no estaba bien. Él tenía novia y aquello no los iba a llevar a ninguna parte.

—Tengo que irme —dijo Alberto en un susurro.

Rosalía asintió.

—Lo entiendo, de veras. Y... esto no puede volver a ocurrir.

Ambos se miraron intensamente y en silencio por varios segundos, hasta que él reaccionó y se apartó de ella.

—Ya veremos.

Rosalía se quedó mirando la puerta de la habitación por la que había salido Alberto. Las explicaciones y la resolución a la que parecía haber llegado, la habían confundido... Deseaba a Alberto y él la deseaba a ella, pero... ¿Ya veremos? ¿Pero que coño significaban esas palabras?

CAPÍTULO 9

Mi amante el narcotraficante

Marlene gemía a cuatro patas sobre la cama mientras con una pala de cuero su amante le azotaba el trasero. Tenía la cara roja de los orgasmos que le había provocado Manuel, pero aún así quería más. No iba a saciarse nunca de ese hombre.

Delante de ella, sobre la cama y en la mesita de noche tenía un amplio abanico de vibradores y aparatitos para el placer. Su placer, especificó. Gritó de nuevo al sentir como él le daba la vuelta y la tendía entera sobre la cama. Le abrió las piernas y cogió uno de esos grandes vibradores rosas. Con la cara desencajada por el esfuerzo y el éxtasis, él encendió el vibrador y lo puso a la máxima potencia. Se lo metió entero pero, al sacarlo, no lo volvió a meter, sino que sujetó la punta contra su clítoris.

Seguramente ese grito habría despertado a todo el edificio. Marlene siguió gritando de placer, retorciéndose sobre las sábanas como ya había hecho en media docena de ocasiones ese día. Llevaba allí horas y no parecía tener intención de marcharse. Ser una adicta al sexo, con un amante como ese tenía sus ventajas y sus desventajas. La ventaja era que Manuel siempre sabía lo que la ponía cachonda, no como el inepto de Alberto, y la desventaja, era paradójicamente, que no era Alberto. No tenía su cultura, su educación, ni su don de gentes. En definitiva, por muy buen amante que fuera, no tenía cabida en su vida pública. Pero... ¡Ah! En la privada...

—Oh sí, sí.

Manuel era, con diferencia, el mejor amante que había tenido nunca.

La penetró una y otra vez con su polla mientras el vibrador seguía en el lugar estratégico donde lo había colocado. Gritó poseída cuando la vibración le hinchó el clítoris de tal modo que pensó que iba a estallar.

Le encantaba follar con ese hombre guapo y millonario. Él solito dominaba la fiesta de la costa y tenía locales de las más diversas temáticas.

Aunque al principio, para los dos, aquello empezó siendo un juego, al final Manuel había caído en sus redes.

Manuel pensaba lo mismo. Al principio todo empezó con un coqueteo, una tontería que él pretendía controlar. Si la diva se ponía muy pesada, pensaba en dejarla y buscarse a otra, pero en algún momento fue consciente de que había perdido el control de la situación. Le encantaba esa puta. No, encantar

era una palabra muy suave para describir lo que sentía cada vez que esa zorra se abría de piernas para él. La folló con más intensidad, adoraba estar dentro de ella. Necesitaba tenerla en su cama y no poder hacerlo porque ella prefería estar con el pijo de Alberto Saavedra lo sacaba de sus casillas.

—¿Él te folla como yo? —le preguntó, mientras sus embestidas se hacían cada vez más intensas.

Marlene roja y sudorosa apenas podía hablar. Se quedaba sin fuerzas, desmadejada, después del undécimo orgasmo.

—¡Dilo! ¿Te corres con él como conmigo?

Marlene meneó la cabeza.

—No... —respondió, sin aliento—. Nadie me la mete como tú.

Eso era lo que deseaba escuchar Manuel, porque para él, nadie en la cama era como ella.

El arte que tenía con la lengua y montándolo como si él no fuera más que un potro salvaje, jamás lo había visto en otra mujer.

—¿Quieres más? —Se inclinó sobre ella y le mordió el cuello.

—Sí, sí.

Volvió a meterle el vibrador, y lo movió trazando pequeños círculos, haciendo más grande el agujero de su coño. Su pene erecto busco el otro agujero que quedaba libre, pero antes se puso el gel dilatador en la mano y buscó la obertura. El dedo entró con facilidad y, entonces, Manuel llevó el pene hacia allí mientras el vibrador seguía entrando y saliendo.

Marlene se dio cuenta de la invasión que él pretendía, y completamente abierta de piernas se puso una almohada en la zona lumbar para que su amante tuviera mejor acceso anal, aunque la penetrara por delante.

—Sí, métemela despacito —le dijo mirándole a los ojos.

—Despacito —dijo él y fue metiéndosela poco a poco, disfrutando de cada centímetro que le apretaba tanto la polla.

Una vez dentro se quedó quieto y ella volvió a estallar de placer al tiempo que se pellizcaba las tetas, y después, haciendo presión y fuerza con el dedo índice y pulgar apretó sus pezones hasta deformarlos.

Él entraba y salía de ella a un ritmo lento que fue aumentando hasta que sintió que no le quedaba mucho para poder aliviarse.

—Ponte a cuatro patas.

Ella gimió cuando el vibrador rosa salió volando y cayó de la cama, pero él la empaló de nuevo y esta vez no fue despacio.

Marlene gritaba, a cuatro patas, apretó las palmas de las manos abiertas

contra las sábanas de seda blancas. Veía como sus tetas se balanceaban ante sus ojos, y los largos mechones caían sobre su cara, moviéndose en un frenético balanceo a cada embestida.

De pronto, la parte delantera de su cuerpo cayó hacia delante. Su cara se estrelló contra la almohada haciéndole dificultosa la tarea de respirar. Manuel la había agarrado de las muñecas y tirado con fuerza hacia atrás, hasta que sus brazos estirados habían ido a inmovilizarse contra su espalda.

Tiró de esos brazos, una y otra vez mientras la ensartaba.

Marlene estalló en un nuevo orgasmo y se sintió aún más satisfecha al darse cuenta de lo mucho que él gozaba. Lo sabía por los gemidos que generaba en cada acometida. De pronto, un grito agónico precedió a un absoluto silencio.

Marlene sonrió al notar como el líquido caliente se escurría entre sus muslos, saliendo de su interior con cada espasmo. Él orgasmo fue silencioso, Manuel paró, pero ni de lejos había terminado con ella.

Le dio la vuelta y su lengua se sumergió en la boca de su amante. Gimoteó de placer cuando, minutos después, Manuel se deslizó hacia abajo y la lengua que había saboreado su boca, se hundió entre los pliegues calientes de su sexo haciéndola gritar de placer.

En ese momento, a Marlene le costó imaginarse casada con Alberto. ¿Era tan buena idea? Él era genial en la cama, pero no la entendía como Manuel, no la penetraba como Manuel, ni la azotaba como Manuel. Se corrió de nuevo, aún con la boca de su amante en su sexo. Tiró de las sábanas hasta que se rasgó con un quejido.

En la próxima maratón de sexo quería que se pusiera máscara, esposas, y que la empalara como solo él sabía. Iniciarse en el mundo del sado con semejante perverso era una delicia que no estaba dispuesta a renunciar, pero no podía permitir que se supiera. Su novio y futuro marido era Albert Saavedra. El único con contactos y que podía darle semejante prestigio para lanzar su carrera musical por todo el mundo.

CAPÍTULO 10

La reina del brilli-brilli

Tenía que olvidarse de Alberto, se dijo Rosalía.

No estaba muy contenta con lo que había pasado la semana pasada en su casa. Él la había encontrado llorando... ¡Qué vergüenza! Como siguiera así la despediría o ella no lo soportaría más y tendría que irse. De momento, ahogaría las penas en chupitos y que mejor manera que un buen fiestón con sus amigas más locas. La excusa para tal fiestón no podía ser mejor, puesto que esa misma tarde se había casado la prima de La Juani, una de sus mejores amigas. Y después de la boda gitana, los más fiesteros habían decidido largarse juntos a ese antro poligonero en el que ahora estaban, propiedad del millonario Manuel Escobedo.

Cierto que el lugar no tenía mucho brilli-brilli y parecía sucio y destartalado. Desde luego, no era una de las mejores discotecas del magnate, pero a ellas y a su grupo, les parecía la mejor sala de fiestas de toda Valencia. Aunque... no tuviese muy buena reputación. En más de una ocasión la fiesta se había terminado por alguna que otra redada anti-vicio. Y ahí de vicio había mucho. Pero esa noche no parecía ser el caso.

Eran las cuatro de la mañana y ahí Rosalía estaban dándolo todo.

—Menudo pedazo de vestido lleva tu prima —le dijo a la Juani. La novia bailaba con los brazos arriba y un cubata en la mano. Sus primos se la pasaban en volandas mientras el novio le hacía palmas. —¡Toma arte!

El vestido no podía ser más ostentoso y pesado, por lo que era imposible arrastrarlo por sí sola. Su familia había ido a por telas a Marruecos y llevaban como un año confeccionándolo. No podía estar más guapa. Y, por supuesto, la Rosi la había maquillado. Sus productos de cosmética eran buenos y ella era toda una experta maquilladora ahora que había terminado todos los cursos habidos y por haber. Le habían pagado bastante bien y si a eso le sumaba que estaba orgullosa de sí misma, no podía hacer otra cosa que celebrarlo y olvidarse de una vez por todas de Alberto Ruiz Saavedra.

—¡¡Juaniiii!! —gritó La Mari, a pleno pulmón—. Que dicen estos que se llevan a la novia y al marido a casa.

Juani miró a su amiga con horror.

—¿Tan pronto?

Rosalía torció el gesto.

—No me digas eso.

Cuando La Mari llegó a su altura se las quedó mirando.

—Será mejor que nos marchemos antes de que nos vean, o nos arrastrarán con ellos.

La Juani y Rosalía asintieron y, agachándose, empezaron a correr hacia la salida de la discoteca. Cuando estuvieron fuera rieron intentando coger aire.

—¿Y ahora qué?

—Ahora que siga la fiesta —le dijo La Mari a Rosalía.

Cogieron un taxi para escapar de sus familiares y amigos y se fueron a la nueva discoteca de moda. Iban monísimas con sus vestidos de fiesta, seguro que podrían colarse sin mayor problema.

¡Y vaya si entraron! La noche no podía estar más movida. El Lolos, era una disco que estaba muy de moda, con música electrónica de vez en cuando, pero que sobre todo hacía las delicias de los jóvenes fiesteros al poner lo último del reguetón.

La gente se aguantaba de pie como podía y eso que solo eran las cinco de la madrugada.

Rosalía y la Juani con los cubatas en la mano, reían sin parar. En aquellos momentos, un tío muy pasado de todo se cruzó con ellas y soltó algo que ninguna de las dos entendió de tan mal que pronunciaba, pero seguro que sería alguna guarrada, así que La Juani se dio la vuelta y le mostró el dedo corazón.

—Que asco de borrachuzos, paya —soltó La Juani, abriendo mucho la boca mientras mascaba chicle. Luego echó un vistazo hacia atrás e hizo una enorme pompa rosa que explotó con mucha gracia.

—¡Oh! —La Mary se agachó al ver que por la puerta entraban sus primos.

—¿Qué ocurre?

—Nos han encontrado —dijo ella.

—¿Cómo es posible? —La Juani no daba crédito—, ¡Ni que fueran Sherlock Holmes!

—Es que les he enviado un mensaje diciendo que estábamos aquí.

—¿Pero como se te ocurre hacer eso? —se quejó La Juani, horrorizada.

—Es que no quería que se preocuparan.

Rosalía no escuchaba la conversación de sus amigas. Se había quedado muda, no por ver a sus amigos gitanos entrar en a la discoteca, sino por quien había entrado justo detrás de ellos.

—¡Es él! —susurró, pero las dos amigas parecían no escucharla.

El novio de Juani, Julián, se acercó saludó a Rosalía y le dio un beso a su novia.

—¿Creíais que os ibais sin nosotros?

—Es que... —A Juani le encantaba salir de marcha con su novio, pero esa noche... era noche de chicas. Rosalía necesitaba desconectar y lo que menos necesitaba era a los moscones de los amigos de Julián revoloteando a su alrededor.

—Os estaremos vigilando, así que no hagáis nada malo o el tío Manolo os dará una zurra.

Las chicas asintieron. La Juani le dio un beso a su novio antes de empujarlo hacia su grupito de amigos.

—Es muy majo —se excusó—, no nos molestarán.

En aquel momento, lo que menos preocupaba a Rosalía era el grupo de amigos de Julián.

Había agachado la cabeza y estaba intentando decidir que iba a hacer con Alberto, ¿Debería saludarle? No, claro que no. Y sin embargo no podía dejar de buscarlo con la mirada. Echó de nuevo un vistazo hacia la entrada y Alberto había desaparecido. ¿Sería posible que fuera una ilusión? Meneó la cabeza y bailó al ritmo de la música, mirando de vez en cuando a su alrededor.

—¡Vamos Rosi! —gritaron sus amigas, y la arrastraron hacia la barra—. ¡Ronda de chupitos!

Apuraron los vasos que les había puesto el camarero buenorro y pidieron más.

—¡Otro chupito! —dijo la Juani.

—Ahora pon seis pollas de negro.

—¿Y eso que es? —preguntó el camarero, riendo.

—Este tío es nuevo —le dijo Rosalía a su amiga. Ya estaba mucho más animada después del primer chupito de tequila.

—Pues una buena polla de negro es un chupito de vodka negro con granadina. ¡Seis!

—¿Seis! —rio la Juani.

—¡De dos en dos! —Rosalía saltaba, bailando al ritmo reguetonero.

Parecería bipolar, pero no podía consentir que, si Alberto siguiese por allí, la viera como un alma en pena. ¡No señor!

Cuando ya se habían metido ocho pollas de negro por el gatzate, a Rosalía le entró la morriña. Miró a su alrededor de nuevo y buscó los ojos azules de

Alberto. Muy borracha, hizo un puchero al no encontrarle.

Encendió el móvil y vio que no tenía ningún mensaje. Y mucho menos de Alberto. Pero repasó el *WhatsUpp* antiguo que le había enviado y lo releyó varias veces como si del mejor poema erótico se tratase.

—Ay... ¿Y si me hago un selfi sexy y se lo mando? —pensó, en voz alta.
—Seguro que se da cuenta de que estoy aquí...

En cualquier otro momento, la Juani la habría detenido; una chica respetable tenía que hacerse de rogar, pero esta noche no eran respetables y estaba tanto o más borracha que su amiga, así que la animó.

—¡Rosi, Rosi, Rosi!

Rosalía hizo una pose sexy, se colocó las tetas y puso morritos.

—¡Ya está! ¡Enviado!

La Juani no podía parar de reír.

Al pie de foto escribió: Sala Rex, y la dirección. Si estaba tan cachondo como la Juani decía, correría a sus brazos esa misma noche.

CAPÍTULO 11

Quince gitanos contra un pijo *engominao*

Alberto ya no podía más. Había bebido demasiado y estaba harto de todo. Harto de su asesor Juan Carlos, que se pasaba el día diciéndole lo que tenía que hacer, lo que tenía que decir y cómo tenía que vestir. Harto de Marlene, que no paraba de amenazarlo con aquellas malditas fotos. Y harto de su madre que se pasaba el día intentando hablar con él. Desde luego, no quería verla ni en pintura.

Tenía mucha mierda que tragar pues, para Alberto, ganar las elecciones era lo más importante y no podría hacerlo si Marlene llevaba esas fotos a la prensa.

Con el chantaje él se había negado de lleno a volver a acostarse con ella, pero Marlene se lo estaba poniendo cada vez más difícil. No aceptaba un no por respuesta y sus juegos de cama, mucho se temía Alberto, pronto estarían incluidos en el chantaje. Eso iba a ser muy duro, no quería una relación con Marlene, la quería con Rosalía, pero cada vez veía esa posibilidad más distante.

Quizás, cuando ganara las elecciones... si saltaba el escándalo, tendría tres años para recuperarse. La gente decía que todos los políticos eran cucarachas, que lo único que les importaba era enriquecerse sin dar un palo al agua, pero él no paraba de trabajar, de preocuparse por todo, poniendo en riesgo su salud mental, sin dejar sentirse acosado a todas horas por la prensa.

Encendía la tele, y allí estaba él, encendía la radio y, o hablaban de él o sonaban las horrorosas canciones de la lagarta. Tenía mil frentes abiertos: la prensa, los negocios de su familia, debía vigilar muy bien que sus asesores no hiciesen nada ilegal, pues si algo tenía claro Alberto era que no iban a pillarle en ningún tema de corrupción.

Sería un buen presidente. Era trabajador y amable. De pequeño, siempre había encandilado a todo el mundo, sacaba buenas notas en el colegio y de adulto su vida social era intensa y enriquecedora. Siempre había tenido todo cuanto había deseado en la vida y es que con su sonrisa perfecta siempre había conseguido todo lo que se había propuesto.

Siempre.

Menos... en aquel momento.

En esos instantes de su vida, quería llegar a la cima de su carrera política,

pero había algo que deseaba con igual intensidad: Estar con Rosalía.

La quería para él y a todas horas. La deseaba, era cierto, quería sus tetas, deseaba su culo, suspiraba por escuchar sus gemidos que sonaban como el canto de una diosa en cada investida... Y su preciosa sonrisa, esa carita linda, medio inocente medio pícara, que había puesto cuando le había hecho el amor de forma salvaje y apasionada... Pero no todo era sexo. Quería más de ella, sus bromas, sus abrazos, su ternura...

¡Joder! ¡No podía arrancársela de la cabeza!

Por eso se había bebido todo lo que había encontrado en el mueble bar del hotel, después del mitin, pero se había cansado de estar solo y se había decidido a salir a dar una vuelta, hasta que sus pasos lo llevaron a la discoteca de moda. Pero allí se sentía igual de solo que en casa.

Había bebido tanto que, cuando encendió el Smartphone, no podía creer lo que veían sus ojos. Su diosa de generosas curvas le acababa de enviar un *selfie* sexy. Su cuerpo reaccionó de inmediato. Se le puso más tiesa que el mástil del velero que tenía atracado en Marbella, al ver el prefecto canalillo que ocupaba gran parte de la pantalla. Y esos labios increíbles, rojos como fresas que sabían a menta fresca. Y esos ojos grandes y negros de embrujo...

Se fijó mejor en la foto y pudo distinguir las esculturas de cristal tras la barra. ¡Dios mío! ¿Estaba en esa discoteca? Miró a su alrededor dispuesto a encontrarla.

Le mandó un mensaje.

—¿Dónde estás?

Impaciente, cuando diez segundos después no le contestó, buscó su contacto en el móvil y la llamó. No le cogió el teléfono, no fue necesario, porque al tercer tono la vio.

Como si de una aparición se tratase, la vio bailando en el centro de la pista. Las luces de la discoteca se movían a su alrededor, al ritmo de la música. Estaba guapísima, con esa larga melena flotando tras su espalda y el vestido ajustado, rosa con volantes, marcaba todas sus curvas.

Se movía como los ángeles y sus preciosos pechos... Alberto parpadeó, creyendo que se trataba de su imaginación. Quizás se hubiese pasado de copas, pero por si acaso, sería mejor averiguarlo.

Parpadeó varias veces y, esperando que fuera real, avanzó hacia ella. Sonreía como un idiota y es que iba tan borracho que apenas se mantenía en pie mientras empujaba a los que le impedían llegar hasta Rosalía. En uno de esos empujones llamó la atención de un tío que no le gustó demasiado la

mirada de Alberto.

El novio de La Juani se dio cuenta de hacia donde se dirigía ese pijo y fue tras él.

—¡Eh tú!

Alberto ignoró al tipo que iba tras él hasta que ambos llegaron junto a las chicas. Rosalía se quedó en babia mirando a su jefe.

—Alberto...

—Rosi.

Alberto no pudo resistirse, se acercó a ella y la tomó de la cintura. Sus labios se precipitaron sobre los de Rosalía y ambos sonrieron como unos idiotas.

—¡Jefe! —soltó la Rosi, a punto de desmayarse de la emoción cuando los labios de ambos se separaron.

—No me llames así —y volvió a besarla apasionadamente.

Entonces, sucedió algo que Alberto no esperó, pero sí la Rosi y más la Juani, que los miraba entre horrorizada y divertida.

—¡Oh Dios! —La Juani se llevó las manos a la cabeza al ver como Julián llegaba hasta Alberto.

—¡Eh tú! ¿Qué te crees que haces?

Antes de que pudieran besarse de nuevo, Julián lo agarró del cuello de la americana y tiró de él hacia atrás. Alberto salió propulsado y por poco se cae de culo. Algunos vieron el tumulto que se podía formar y disimuladamente sacaron sus teléfonos móviles por si había que grabar la movida para la posteridad.

—¡Jarana! —gritó un amigo de Julián.

La pandilla de gitanos del Cortés apareció de la nada. Agarraron al pijales por el cuello de la camisa y lo alzaron medio metro del suelo. Mientras tanto, Rosalía intentaba separarlos sin éxito y la Juani no dejaba de gritar mientras todo el mundo los grababa, ahora sí, con los teléfonos móviles en alto y sin disimulo.

—¡Basta chicos!

Pero al parecer la pelea ya era imparable, y parecía que iba a ser una de las buenas.

La pandilla de gitanos, hacía volar de un lado a otro a Alberto, que no era muy consciente de lo que estaba pasando.

—¡Con nuestras mujeres no te metes, payo! —dijo el Julián, tras darle un puñetazo. Alberto se lo devolvió y el pobre no pudo levantarse del suelo.

—Míralo, el tiparraco este, morreando a la Rosi. ¿Pero quién te has creído que eres?

—¡Vete a tu barrio de pijos si no quieres que te raje! —gritó otro.

—¡Te estás pasando tres pueblos, Julián! —gritó la Juani, cogiendo la mano de su novio— ¡Este es el novio de la Rosi!

—¡Si, eso! —se apresuró a decir Rosalía, al punto que se interponía entre el gitano y Alberto, que no podía levantarse del suelo.

—Alberto —le dijo, mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—Vamos Rosi —le dijo Julián— ¿seguro que no quieres que lo saque fuera y le de una lección?

—¿Pero tú te oyes? ¡Déjale en paz! —Rosalía se puso hecha una fiera y como fue capaz, cogió a Alberto por las solapas y lo levantó del suelo— ¡Es mi novio!

Julián se apartó de Alberto

—¿Este pijo progre engominao es tu novio?

—Progre no —aclaró la Juani—, pero pijo lo es un rato largo y sí, es el novio de la Rosi, así que déjale en paz.

—Sí. ¡Es mi novia! —dijo Alberto, apenas en pie. Lo gritó para que todo el mundo lo escuchara y a Rosalía casi se le para el corazón.

Claro que lo decía porque estaban a punto de matarle media docena de gitanos, pero a ella eso le hizo tener mariposas en el estómago.

—¿Y quiénes sois vosotros para comportaros de semejante forma delante de estas dos señoritas? —siguió diciendo Alberto.

Rosalía pensó que el pobre no le tenía demasiado aprecio a su vida, pero sonrió igualmente.

Los gitanos abrieron los ojos de par en par mientras la Juani y la Rosi inflaban el pecho de orgullo.

—¡Eso! —soltó la Juani, toda emocionada— ¡Que somos señoritas, Julián!

Rosalía abrazó a Alberto mientras intentando pasar entre la gente y sacarlo fuera de la discoteca.

—Pero Jefe. En menudo lio se mete —le susurró al oído.

Llegaron al exterior y, aunque no se escuchaba la música reguetonera desde allí, la gente gritaba y reía igual.

—Te estaba buscando —le dijo, cuando ella pensaba que no iba a contestarle— ¡Y no me llames jefe! Todo el mundo me llama jefe y tengo un nombre ¿sabes? ¡Alberto Ruiz Saavedra! ¡Ese es mi nombre! Y debajo de este traje tan caro hay una persona. Una persona con sentimientos y... —le

miró las tetas— y debilidades...

Rosalía soltó una carcajada al ver la mirada de deseo de Alberto y se le sonrojaron las mejillas.

—¡Calla, calla! —chistó— ¡Que como la peña que te ha grabado con el móvil se entere de quién eres, sí que la habrás cagado a base de bien! ¿No sabes lo que es el *youtube* hombre?

Alberto alzó la ceja izquierda, haciéndose el digno. Rosalía lo agarró de la mano y lo arrastró hasta la calle.

CAPÍTULO 12

Un trayecto movidito

Una vez fuera, la suave brisa les azotó la cara y Alberto, poco a poco, se fue despejando de la borrachera que llevaba.

—Llama a Mateo —le había dicho en algún momento, y ella había tardado en comprender que Mateo era su chófer. Hacía diez minutos que lo esperaban apoyados en la pared del recinto de la disco.

De pronto, apareció un Lexus blindado de color negro que se paró ante ellos.

—Señor Saavedra... —dijo el hombre, al tiempo que salía del asiento del conductor.

—Llévanos a casa, Mateo.

Alberto intentó andar dignamente hacia el coche, pero tropezó, algo torpe. Por suerte, Rosalía lo agarró por la cintura y le bajó la cabeza para que no se diera contra el techo del vehículo.

—Yo puedo coger un taxi —dijo ella.

—Ni lo sueñes —Alberto la agarró de la mano y no se la soltó—. Tú te vienes conmigo.

Rosalía miró al chófer, que se encogió de hombros y se dispuso a arrancar el coche rápidamente.

Alberto estaba sentado en el asiento trasero y se mordía el labio al observar la falta tan corta de volantes que llevaba Rosi.

—¿Qué pensará Mateo de nosotros? —dijo en un susurro para que no la escuchara.

—Que una amiga me acompaña a casa.

—¿Una amiga? —Rosalía lo miró con una sonrisa triste— Di mejor, sirvienta.

—¿Sirvienta?, ¿eso crees que eres para mí —Ella no contestó. Pero Alberto insistió en el tema— A mí, novia me suena mucho mejor.

—¿Novia? —preguntó, sorprendida—. Esa es Marlene.

Él hizo una mueca.

—Por favor, no la nombres. Yo solo quiero estar contigo. Lo de Marlene... es simplemente un paripé. Algo fingido que hacemos porque nos conviene.

¡Vaya! Más claro no se lo podía dejar, pensó Rosalía. Pero no hacía mucho que esos dos habían tenido un sexo salvaje explosivo, y ella lo sabía porque

era quien les cambiaba las sábanas.

—Estás muy borracho —le dijo.

Sí, debía ser eso, de lo contrario no diría esas cosas.

—Apenas.

Se inclinó ligeramente hacia el costado mientras rodeaba con el brazo la cintura de Rosalía. Cuando el coche tomó una curva un poco cerrada, el cuerpo de Alberto se inclinó sobre ella y a poco estuvo de meter la cabeza entre los generosos pechos que parecían llamarle.

Ella le sujetó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Mira hacia delante que te vas a marear.

—Delante no hay nada que quiera ver, pero aquí...

Fijó la mirada en su escote y se inclinó de nuevo para besar sus tetas. Rosalía miró incómoda al conductor, pero este tenía la mirada fija en la carretera.

Gimió inconscientemente al notar como las manos de Alberto se posaban sobre su rodilla.

—Alberto... —jadeó ella.

—¿Sí? —Preguntó en tono calmo, alzando la cabeza y mirándola a los ojos—, ¿Te gusta?

—Sí —dijo ella, tragando saliva.

—Pues esto te va a encantar.

Alberto metió la mano bajo el vestido y llegó a la braga faja que obstaculizaba sus caricias.

—Alberto para, nos va a ver —susurró.

Él no le hizo caso.

—Esto... —dijo, refiriéndose a la faja—, es condenadamente sexy, pero terriblemente molesto.

Ella rio tan fuerte que se tapó la boca con la mano, esperando que el chófer no la hubiera escuchado.

—Guarda la compostura, ¿vale? Alguien podría vernos.

Alberto hizo un mohín con la boca, pero su sonrisa pícara la desarmó por completo.

Con una habilidad que Rosalía no creía posible, Alberto se inclinó hacia delante y le bajó la braga-faja hasta los tobillos, apenas sin moverse del asiento.

—Alberto —protestó. Y se sentó de nuevo como una dama que viaja cómodamente en un coche de lujo... pero sin bragas.

Alberto estaba a su lado, también sentado con la espalda recta mirándola de soslayo, y esperando que ella le diera alguna señal de que quisiera follar con él en el asiento trasero.

Rosalía estaba excitadísima. Su corazón pulsaba a mil por hora y no sabía que pasaría entre ellos dos. ¿Otro polvo de una noche? ¿Algo más? Le daba igual que fuera solo otro polvo de una noche, mientras pudiera tenerlo de nuevo.

Lo miró con deseo y el muy cabrón apartó la mirada, pero no así las manos.

Una de ellas apretó su rodilla y fue subiendo por el muslo hasta colarse bajo la falda del vestido. Rosalía apretó los labios y Alberto sonrió.

Cuando él volvió a mirar hacia fuera, ella pensó que quitaría la mano, pero lejos de eso, esta subió por su muslo hasta encontrar su objetivo. Se introdujo entre los pliegues húmedos, y ella apretó los labios para no gritar.

¡Dios! Tenía que parar o empezaría a gemir como una perra en celo.

La expresión totalmente imperturbable estaba justo frente a ella cuando lo pilló mirándola con cara interrogante. ¡El muy cabrón! ¿Cómo podía estar tan impasible?

Alberto carraspeó y sacó la mano de entre sus piernas, pero cuando Rosalía pensó que solo había sido un juego y que se comportaría hasta llegar a casa, Alberto cambió de mano. Fingió sentarse de lado para hablarle y su mano izquierda se metió de nuevo bajo su falda y su dedo empezó a frotarle el clítoris.

Apretó los labios y dio un respingo cuando la primera oleada la golpeó de lleno.

—¿Te encuentras bien? —dijo lo suficientemente alto como para que el chófer lo escuchara.

¡Bastardo! Lo iba a matar, pensó Rosalía.

Cuando en lugar de seguir frotando esa zona tan sensible, le metió el dedo entre los pliegues hasta llegar a su hendidura, Rosalía le apretó la muñeca para que parase.

Entonces, Alberto sonrió.

—Mateo, ¿puedes subir el cristal?

El chófer, sin mirar, hizo lo que le pedía.

—¿Eres idiota? —lo regañó Rosi, casi en un susurro.

No puede oírte, así que ya puedes gritar todo lo que quieras.

—No voy a gri... ¡aaaah!

Alberto le separó las piernas y sacó partido a que estaba desprevenida. Tiró de ella hasta que su trasero se puso al borde del asiento y entonces metió la cabeza entre sus muslos.

—Vamos Rosi, ¿No sabes cuanto te deseo?

—Quizás, igual que yo a ti.

Rosalía arañó el asiento de cuero y cerró los ojos a causa del indescriptible placer que le daba Alberto con la lengua. Chupó con fuerza, una y otra vez, para después introducirle de nuevo un dedo y luego otro. El movimiento de sus dedos metiéndose en su interior era constante. Uno, dos. Uno, dos... Rosalía apenas podía evitar sus eróticos gemidos mientras su cadera buscaba la lengua y la mano de ese hombre.

—¿Quieres que pare?

—¿Quieres que te mate? —logró decir ella.

Alberto sonrió y su lengua volvió a precipitarse sobre ese punto sensible. Le encantaba ver como el cuerpo de Rosalía reaccionaba a él, a penas podía mantener quietas sus caderas. Estaba convencido que deseaba que se la metiera en ese mismo instante, pero no podía ser. El pantalón estaba a punto de reventar, pero prefirió esperar a ponerla a cuatro patas sobre la cama y darle todo el placer que ella se merecía.

Por su parte, Rosalía intentó alargar la mano. Estaba convencida de que Alberto estaba empalmado, tan caliente como ella. Se inclinó hacia delante para que sus manos pudieran llegar a su entrepierna, pero él se las apartó. Le sujetó las nalgas y la abrió más para él.

¡Dios mío! ¡Iba a correrse! Se mordió los labios para no gritar mientras, primero con los dedos y luego con la lengua, Alberto hacía magia para que ella llegase al orgasmo.

Esta vez si que Rosalía gritó y hasta los transeúntes de la zona volvieron la cabeza hacia el coche negro que pasaba por la calle principal.

CAPÍTULO 13

Un ascensor para desinfectar

Diez minutos después, cuando salieron del coche, nadie hubiera dicho que Alberto Ruiz Saavedra se había dado un buen banquete.

Después de despedirse de Mateo se metieron en el edificio. Alberto no soltó su mano en ningún momento y Rosalía se sintió algo incómoda cuando pasó por delante del conserje nocturno, mucho menos simpático, pero que también la conocía.

Ambos se pararon frente al ascensor y esperaron a que este bajase después de apretar el botón. Rosalía lo miró por encima de su hombro y el hombre le devolvió una mirada de desaprobación. El sonido de campana acompañó a las puertas, que se abrieron para que ambos pudieran pasar.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, y quedaron solos de nuevo, Rosalía lo encaró.

—No me puedo creer que me hayas...

Pero no pudo terminar la frase. La lengua de Alberto había asaltado su boca y con todo su cuerpo la empotró contra ella. La hizo retroceder un paso y la apretó de forma apasionada contra el espejo que cubría la pared del ascensor.

Rosalía volvió a humedecerse de inmediato.

—Vamos gordita, no te pongas así. ¿Te ha gustado como te lo he comido en el asiento de atrás?

¡Por Dios! ¡Ese hombre era un perverso! Él lo sabía. Y le encantaba.

Sintió como Alberto se apretaba contra ella y gemía en busca de su contacto.

Alberto le metió ambas manos bajo la falda y le acarició las caderas. No llevaba nada, pues la había visto recoger la braga-faja del suelo del coche y meterla a presión en el diminuto bolso que llevaba.

—¿Qué haces? —protestó ella cuando él le subía la falda hasta la cintura.

—Levantarte la falda para poder metértela mejor.

Alberto se metió entre sus piernas y Rosalía volvió a gemir de placer ante las palabras sucias de él. Se rio cuando él le besó el cuello y buscó su boca. Ella fue esquivando el beso, juguetona, pero dejó de reír cuando él se apretó más contra ella y pudo notar su enorme erección.

Tragó saliva. Excitada, pensó que volvía a estar al borde del orgasmo.

—¿Nunca has follado en un ascensor? —le preguntó sobándole los pechos. Ella no respondió, simplemente gimió con los ojos cerrados.

—Alberto...

—Me pones a mil, preciosa.

Le dio la vuelta haciendo que sus pechos se apretaran contra el espejo. Tiró de los brazos de ella hacia arriba y la acarició desde las muñecas hasta, arrastrando su mano por las costillas, la cintura y finalmente las caderas. Le mordía y besaba el cuello y Rosalía, con las piernas separadas, sentía como la humedad se deslizaba entre sus muslos.

—Joder... harás que vuelva a correrme sin habérmela metido.

Al decir eso, volvió a sonar la campana y las puertas del ascensor se abrieron.

—¡Alberto! —dijo ella asustada.

Pero él la hizo callar, volvió a apretar el botón para bajar de nuevo hasta el primer piso, no fuera que se abriera en la planta baja y el conserje los pillara.

—El conserje va a preguntarse por qué el ascensor no funciona.

—¿A estas horas? —preguntó Alberto volviendo a acariciarle las caderas. Luego subió la caricia hacia los pechos y se los masajeó mientras su polla hacia presión en el trasero de Rosalía—. No lo creo.

Rosalía se retorció, presa de un placer indescriptible, cuando Alberto le pellizcó los pezones.

—Alberto... por favor.

—Sueño en hacértelo en todos los lugares que conozco. En la cama, la ducha, mi coche, el ascensor... —Le besó la mejilla mientras una de sus manos le alzaba la barbilla para que lo viera a través del espejo— Rosi, quiero hacértelo aquí... verte la cara mientras te corres.

Ella se dobló en dos al notar como la otra mano de Alberto la acariciaba entre las piernas. Apoyó las manos en el espejo más firmemente sin dejar de mirarle. Escuchó un ruido característico y se mordió el labio, expectante.

Alberto se había desabrochado el pantalón del traje azul marino y se bajaba la cremallera muy lentamente mientras seguía mirándola a los ojos. Ella los cerró al notar como él acariciaba sus suaves pliegues con la punta palpitante de su erección.

—Puedes apostar a que voy a metértela muy a fondo —le susurró al oído.

Y dicho esto, mientras el ascensor subía al ático, Alberto acarició los pliegues mojados de su vulva y empujó, primero suavemente y después con más fuerza. Estaba tan cachondo que no podía esperar a correrse dentro de

ella.

—¡Ah! —De nuevo, el grito de Rosalía lo enardeció. Cualquiera que estuviese cerca sabría lo que estaba pasando allí dentro.

La sujetó por las caderas y se la metió a un ritmo acelerado que le pareció que hacía vibrar el ascensor.

La campanita los volvió a pillar en plena faena.

—¡Joder Alberto! —volvió a asustarse Rosalía. Pero lo cierto era que el morbo de que los pillaran, no hacía más que aumentar su deseo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el primer piso, pero él estaba a punto de correrse y fue incapaz de dejar la faena para apretar de nuevo el botón que lo llevara al ático. Cundió el pánico al escuchar la voz de la abuelita del segundo piso y se dio cuenta de que las puertas se cerraban para subir a la planta de la anciana, que seguramente había hecho la llamada. ¿Quién sino se levantaría a las seis de la mañana?

—¡Alberto! —lo apremió Rosalía.

Alberto apretó el botón de stop y detuvo el ascensor entre ambos pisos.

Rosalía lo miró por encima del hombro.

—Nos van a pillar —susurró con la cara roja y deseando que él no parara.

—Entonces córrete pronto.

—¿Otra vez?

Los dos rieron. Alberto le dio la vuelta y, mientras ambas manos agarraban sus tetas, ella alzó una pierna para enroscarse en su cintura. Con un movimiento rápido Alberto le agarró el trasero y la penetró cuando abrió ambas piernas, envolviéndolo.

—Sí, sí... Así, Rosi...

—Ah, ah, ah, ah...

Alberto empezó a jadear al ritmo de sus embestidas.

—Oh nena, me corro.

Y lo hizo, cuando con el movimiento seco del embiste de sus caderas vio que un pecho se le salía del sujetador.

—Dios míos eres tan perfecta.

Rosalía intentó poner los pies en el suelo y notó como la simiente de Alberto le chorreaba por los muslos. La besó apasionadamente mientras ella empezaba a recomponerse la ropa. Tiró de la falda del vestido hacia abajo y se atusó el pelo. Por suerte, esta vez Alberto no había tirado de él, o de lo contrario, no habría dios que arreglase el estropicio.

Alberto se metió rápido el miembro en los pantalones y arreglándose el

pelo, carraspeó.

De nuevo, estaba impecable y ella... ella parecía sacada de un combate con tiburones hambrientos.

—¿Lista?

¿En serio le parecía que estaba lista?

Alberto desatascó el ascensor. Cuando las puertas se abrieron unos segundos después. Doña Encarnación los miró de arriba a bajo. El ascensor olía a sexo y por las pintas de la señorita, podía afirmar que uno y uno eran dos.

—Buenos días, Doña Encarnación —la saludó, Alberto, luciendo su sonrisa de mitin.

La aludida alzó una ceja y se lo quedó mirando tras los anteojos.

—Espero que mañana desinfecten el ascensor.

CAPÍTULO 14

El dios del sexo.

El ascensor se abrió y los dos salieron atropelladamente bajo la mirada exasperada de doña Encarnación, que no daba crédito a lo que veía.

Rosalía se tapó la boca con la mano, intentando que su risa nerviosa no llegara a los oídos de la mujer, pero cuando Alberto rompió a reír sin ningún disimulo, ella no pudo contenerse por más tiempo. Rio hasta que se le saltaron las lágrimas.

Rosalía tomó las llaves que le ofrecía Alberto, sin duda tendría mejor pulso que él para abrir. A pesar de que la borrachera parecía haber mermado bastante, no cabía duda de que el aspirante a presidente de la comunidad autónoma se había puesto hasta las cejas de wiski.

Suspiró, al dejar las llaves sobre la mesa del pequeño recibidor y, al darse la vuelta, vio a Alberto apoyado contra la puerta y observándola con una sonrisa seductora que ya empezaba a ser habitual en él. Pensando que, si no iba a por él, se caería de bruces al intentar llegar a la habitación, Rosalía se acercó. Alberto la cogió por la cintura e intentó besarla.

—Quieres dejar de hacer el tonto?, ¿qué van a pensar los vecinos?

—Sé de una a quien le hemos dado tema de conversación hasta el resto de su vida.

Rosalía hundió la cara en el cuello de Alberto sin parar de reír.

—Menudas pintas llevamos.

En eso Alberto tenía que darle la razón. ¿Y qué pintas eran esas? Él iba... con la corbata torcida y la americana arrugada, y ella... ese vestido apretado con volantes y escote corazón. Alberto sintió un tirón de nuevo en la ingle e hizo un puchero con los labios.

—Dios, gordita...

Le acarició el trasero.

—Alberto —le regañó cariñosamente y le dio un golpe en la mano para que la apartara.

—Qué dura eres conmigo, gordita...

—Tú si que tienes la cara bien dura.

—¿Solo la cara? —le dijo él picarón, y volvió a apretarla contra sí. La abrazó por la cintura dispuesto a no dejarla marchar—. Ven —le susurró al oído—, toca aquí a ver si notas algo más duro.

Alberto le había cogido la mano para guiarla hasta su entrepierna.

—¿Lo notas?

¡Vaya si lo notaba! Suspiró junto a su rostro y lo besó con ansias.

—Desde luego.

—Entonces... —le dijo en un ronco gemido— ¿No vas a hacer nada al respecto?

—Eres imposible. ¿No te sacias nunca?

Alberto la besó de nuevo dispuesto a seducirla otra vez. Por supuesto que no se saciaba nunca de ella.

—No —le dijo suplicante—, no me canso nunca de ti. ¿A caso ya te has aburrido de mí?

Por supuesto que no. Los momentos robados con Alberto eran toda una aventura. Dudaba que nunca pudiera cansarse de él.

—No me canso de ti—. Rosalía ronroneó con ganas mientras él volvía a recorrerle las curvas con sus manos.

—¿Qué hacías en la discoteca? Casi te matan —intentó ponerse seria—, ¿Cómo se te ocurre meterte con Julián?

—Es un tipo muy chungo y desagradable.

—Es como mi hermano, sale con mi amiga desde que eran críos. Pero deberías ir con cuidado. No deberías meterte en líos, o saldrás en todos los periódicos.

Alberto suspiró y se abrazó a ella.

—Espero que eso no pase.

Pero la verdad era que estaba tan harto de todo...

—Mi vida ya está más que arruinada —dijo con pesar y a Rosalía le dolió escuchar eso. Le acarició el pelo y lo besó en la cabeza.

—No digas eso —se sintió triste por él. Pudo ver en los ojos de Alberto que algo no andaba muy bien en su vida.

—¿Qué te ocurre? ¿Es por mí? —le preguntó, esperando que la respuesta fuera negativa—. Oye, yo no quiero arruinarte la vi...

—Sssssh... —le puso el dedo índice en los labios y volvió a levantarla del suelo.

Con Rosalía en brazos atravesó el apartamento.

—Alberto...

—Tú eres lo único bueno que tengo ahora mismo en mi vida que valga la pena.

A Rosalía se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Con esas palabras quieres seducirme?
Él rio mientras ella le besaba los parpados.

—¿Funciona?

—Son totalmente innecesarias, yo estoy más que seducida. Me acostaría contigo donde y cuando quieras...

Él volvió a ponerle un dedo sobre los labios para que callara. Pero no sirvió de nada.

—¿Qué es lo que no funciona? ¿es por el último debate?

—Estaba muy nervioso.

—Como un flan, parecía que te habías metido tres rayas de coc... aaaah —
Él le pellizcó el culo con fuerza—. ¡Cocas Colas! Quería decir que parecía que te habías bebido tres cocas colas.

Alberto le sonrió, esta vez algo juguetón.

—¿Te has leído mi programa electoral?

—¡Yo paso de la política! ¡Si te miro en los mítines es solo porque estás muy bueno!

—Pero... ¿me vas a votar? ¡Di que sí! —dijo en tono lastimero.

—Es posible. Negociemos —rio, mientras le besaba los labios cariñosamente— ¿tú que me das a cambio?

Él se rio mientras se apretaba más contra ella. La sentó sobre la encimera de la cocina y siguió acariciándole los muslos.

—¿Estás diciéndome que quieres que te compre el voto? Eso sería ilegal.

—Cuántas cosas ilegales quisiera hacer yo contigo...

—¿Como por ejemplo?

Rosalía se puso todavía más cachonda cuando él la agarró del trasero y la apretó contra su erección.

—Acabamos de follar como dos bestias en el ascensor...

—¿Y? —le preguntó Alberto— ¿A caso no quieres más?

Ella asintió mientras se mordía el labio.

—Sí, sí que quiero. Y si es que puedes...

Ahora fue Alberto quien soltó una carcajada.

—Yo puedo con mucho más. Y sobre todo si es contigo.

Se quitó la corbata sin dejar de mirarla a los ojos. Entonces Rosalía se estremeció, nadie la había mirado como Alberto lo hacía, como si la viera por primera vez, como si la conociera desde siempre, como si quisiera saber más de los secretos que ella escondía.

Sus ojos curiosos y el semblante serio, casi como de concentración, le

hicieron sonreír.

Torpemente, Alberto se quitó la corbata sin dejar de mirarla. Quizás fuera por el alcohol, pero por la maratón de sexo que tenían, e iban a tener, no es que pareciese muy afectado.

—Espera, deja que te ayude —le dijo ella.

Se la aflojó hasta poder sacársela por la cabeza, Alberto no protestó cuando Rosalía la arrojó al suelo. Después fue el turno de la camisa. La americana ya había caído en algún momento por el pasillo. Desabrochó uno a uno los botones y pudo ver el pecho de Alberto al descubierto, libre de vello. La tiró al suelo.

A Rosalía se le volvió a secar la boca al observar la visión de ese cuerpo de Adonis. La camisa blanca a sus pies había dejado su pecho totalmente al descubierto. Rosalía le pasó ambas manos por los pectorales y lo miró fascinado. Más abajo las protuberancias de sus abdominales la llamaban a gritos.

—Ahora los pantalones.

Él la miró expectante, mientras las delicadas manos de ella desabrochaban el botón y bajaban su cremallera. Rosalía contuvo la respiración. Con solo los calzoncillos, Alberto se quitó los zapatos con un par de movimientos bruscos, los calcetines y calzoncillos corrieron la misma suerte que el resto de su ropa.

Estaba completamente desnudo delante de ella y Rosalía sintió un ataque de vergüenza al deducir que ahora era su turno.

El tiró de sus piernas hasta sentarla al filo de la encimera. Y una vez más la abrazó hasta tenerla entre sus brazos. Se la llevó hasta la habitación.

—Vamos a la ducha. Ha sido una noche larga.

Ella no se resistió, es más, le acarició de nuevo el cabello mientras hacían el recorrido hasta la ducha.

A fuera estaba amaneciendo, y como había dicho Alberto, aquella había sido una noche muy larga, pero... ¡qué noche! Rosalía no cambiaría nada de nada.

—Te toca a ti—. Con suavidad, le bajó la cremallera y acto seguido abrió el grifo de la ducha. Poco a poco acarició sus hombros hasta hacer que el vestido se deslizara hasta sus pies.

Ya desnuda, después de quitarle el sujetador, tiró de ella, y una vez juntos, se encerraron en la ducha con el agua caliente recorriendo su piel.

—Ven aquí —le dijo él— deja que te quite todo el polvo del día.

—¿Todo el polvo?

Cuando Alberto hablaba de polvo no podía pensar en el polvo de los ácaros, precisamente.

El agua caía en cascada sobre ambos mientras se besaban tiernamente. Cada vez que sus bocas se encontraban estallaba la pasión, pero aquella vez, los toques de su lengua eran más dulces y suaves. Alberto acariciaba cada parte de su cuerpo dispuesto a demostrarle lo mucho que la deseaba, y también para que se diera cuenta de que ella era mucho más que un polvo rápido para calmar su ardor.

—Me vuelves loco —le susurró al oído.

La empujó contra los azulejos en un arranque de pasión.

Mientras acariciaba su cuerpo resbaladizo, puso algo de gel sobre su mano y frotó las palmas entre ellas. Después sus dedos hicieron magia sobre los pechos de Rosalía, su vientre y su pronunciado trasero que se llenaron rápidamente de espuma blanca.

El agua se deslizaba por sus preciosas curvas y él no tenía ojos para nada más.

Rosalía pudo notar su miembro palpitante en la cadera. Sonrió al darse cuenta como Alberto se moría de ganas de hacerle el amor allí mismo.

—Date la vuelta —vertió las palabras en su oído y ella se mojó todavía más por la excitación.

Se dio la vuelta, tal y como él le había pedido.

Alberto miró su trasero que ella sin mediar palabra puso en pompa hasta tocar su miembro con las nalgas.

Podría haberla tomado en ese momento, pensó él. Solo Dios sabía lo mucho que la deseaba, pero quiso esperar y disfrutar de esa visión. Lentamente, empezó a repartir el jabón que había puesto de nuevo en sus palmas, por sus hombros. Bajó, trazando pequeños círculos por su espalda, más abajo hasta llegar a sus caderas. Las masajeó y sintió como Rosalía movía su trasero buscando el contacto de su pene.

—Oh, Alberto... eres un hombre muy malo.

Él sonrió, pero aún no se dio por aludido.

Pellizcó las nalgas de vez en cuando, entre caricia y caricia. Las movía en pequeños círculos, hasta que el movimiento cesó y con el pulgar acarició los pliegues y llegó a la hendidura. Con el dedo índice acarició más la piel sensible hasta llegar a su vagina. Rosalía se retorció cuando sintió que entraba en ella. Una vez, dos, tres...

Arqueó la espalda, aplastando los pechos contra los azulejos de la ducha.

Alberto sintió palpar su miembro con más fuerza.

—Por favor —le suplicó ella.

De pronto, Rosalía soltó un grito cuando notó como Alberto se introducía dentro de ella de una firme estocada.

—¡Oh, Dios mío!

Se quedó quito durante unos segundos, pero solo un instante, después salió de su interior y volvió a hacerlo. Arremetió de nuevo en busca del placer de ambos.

—Mi diosa... eres tú. Gordita... eres... todo lo que he deseado —confesó con voz estrangulada.

Rosalía se puso de puntillas con las piernas abiertas. Se inclinó hacia delante, con la mejilla rozando contra los azulejos. La cabellera azabache estaba meciéndose ante sus ojos a cada estocada de Alberto. Disfrutó con los ojos cerrados el suave tacto de sus manos en las caderas y del agua de la ducha cayendo por su cuerpo.

Se sentía deliciosa, deseada. Se sentía amada.

Alberto siguió empujando una y otra vez. Lo escuchaba gemir de placer. Lo miró por encima del hombro y pudo ver sus ojos clavados en los de ella, entonces empezó a gimotear, no de la manera natural que Alberto le provocaba con su embistes, sino de una forma más erótica, más ensayada. Como si fuera una actriz porno.

Eso, al parecer, lo puso a cien.

—Joder... nena.

Dejó de embestir, pero solo un segundo, preso de la sorpresa. Pero luego sonrió, y aumentó el ritmo. Rosalía gimió con más ganas y se mordió el labio de manera juguetona.

—Vamos... métemela entera. Más fuerte...

Empezó a decir obscenidades y Alberto sintió que iba a explotar. Temblaba y tenía todos los músculos en tensión. No era capaz de apartar la vista de esa belleza. Era preciosa y sexy. Y como siguiera diciéndole todas esas guarradas iba a correrse antes de lo que él tenía pensado.

—Oh nena... en serio.

—Por favor... ¿sabes cuantas veces has hecho que me corra hoy?

Él no contestó, la tenía tan dura que apretó los labios para no gritar.

Pero si ella quería correrse de nuevo, él le ayudaría.

Rosalía empezó a gritar más fuerte cuando una mano se metió entre sus piernas buscando su clítoris.

—Si tú haces que me corra, es justo que te devuelva el favor ¿no crees? —
Le dijo Alberto al oído. Le agarró del pelo y tiró con suavidad de su melena. Sus labios quedaron a su alcance y la besó con ardor mientras no paraba de embestirla y de tocar su punto más sensible.

La cubrió una y otra vez. Con movimientos enérgicos la empalaba en su mástil. La escuchó gritar en el momento en que se retiraba para regresar, llenándola de nuevo por completo.

—Oh Alberto... ¡fóllame!

—¿Así? —preguntó, embistiendo de nuevo.

De pronto se había detenido, solo un poco. Sacó la polla pausadamente y ella gimoteó.

Otra vez la empaló con fuerza y ella gritó más.

—Por favor, Alberto.

—¿Sí? Dime lo que quieres.

—Quiero que me la metas más rápido.

Él sonrió e hizo oídos sordos las dos estocadas siguientes, hasta que la escuchó suplicar de nuevo.

—Por favor... Alberto.

La empaló más duro y profundo si cabía y empezó a embestirla a un ritmo más seguido hasta que se volvió frenético.

—¿Así, mi zorrita?

Ella gritó al escuchar esas palabras, se tocó los pechos y sus propios dedos estrujaron los pezones para darse más placer, hasta llegar al éxtasis.

Rosalía se corrió y su vagina apretó la polla de Alberto con sus contracciones.

—Oh, sí, ¡Oh, Alberto sí! ¡Oh, Síiiii!

Él seguía bombeando con los ojos cerrados, se apoyó con las manos en la pared y movió sus caderas a un ritmo desenfrenado.

—¡Joder, nena! ¡Joder!

Se corrió dentro de ella, en el instante en que la alzaba y le agarraba los pechos. Ella tembló sacudiendo su trasero mientras Alberto se apoyaba en su espalda y le mordía el cuello.

Cuanto todo terminó, se quedó jadeando, pegado a ella y abrazándola por la espalda. Se quedaron varios minutos así.

Al retirarse, le dio la vuelta y la abrazó apoyando la frente en la mampara de cristal.

—Ha sido impresionante.

Rosalía pensaba exactamente lo mismo, ese sexo tenía que ser pecado.

—¿Me has llamado zorrita?

Ambos estallaron en carcajadas.

—Un toque de humor —dijo él, besándola suavemente— para la próxima vez podemos utilizar algo distinto.

—No sé, lo de zorrita me ha puesto muy cachonda.

—Esto si que me pone cachondo —le besó las tetas y ella enterró los dedos en su pelo.

Empezó a besarle el cuello y a acariciarla, mientras el agua seguía cayendo sobre ellos.

No supo cuanto tiempo pasaron así, pero Rosalía no podía ser mas feliz. “La próxima vez” había dicho él. Así que habría una próxima vez para seguir disfrutando de eso.

CAPÍTULO 15

Coitus interruptus

A la mañana siguiente, Rosalía despertó en brazos de Alberto. Antes de abrir los ojos tocó con las palmas de las manos el pecho donde tenía apoyada la cabeza y sonrió. Abrió los ojos lentamente para después parpadear con gracia, gimió y se despezó pletórica, como si fuese la protagonista de un culebrón venezolano.

Sin saber muy bien que le depararía la mañana, se incorporó sobre su codo y contempló al adonis con quien había dormido.

Estaba desnuda, tal y como Alberto la había metido en la cama. Él también lo estaba, sin duda había personas a las que se les debería prohibir ir con ropa, y Alberto era una de ellas.

Sin querer se vio en el espejo que había sobre la cómoda. ¿Eso era ella? Hizo una mueca de espanto. ¡Madre mía! ¡Qué noche! No era de extrañar que le doliera tanto la cabeza, pero ¿de qué se sorprendía? Lo extraño sería que tuviese la cabeza sobre los hombros después de semejante fiestón...

Mil y una imágenes se le agolparon en la mente y abrió los ojos como platos. La refriega en la discoteca, el sexo en el coche, en el ascensor... ¡Doña Encarnación!

—Oh, Dios mío —murmuró, sorprendida.

Pero después de casi morir de vergüenza, volvió la cabeza para contemplar a Alberto con el culo al aire, y su corazón se derritió.

Ese hombre había sido toooooo suyo. Y era tan, tan, taaaaan guapo, que sonrió como una tonta hasta que le dolieron las mejillas.

Él abrió los ojos y ella se puso más roja que un tomate.

—Hola, preciosa. ¿Has dormido bien?

Ella sonrió embelesada y se estiró a su lado hasta notar el calor que desprendía el cuerpo masculino. Finalmente respondió.

—Muy bien.

La sonrisa de Alberto la dejó paralizada de nuevo. ¿Era posible que un hombre fuera tan guapo, que fuera capaz de paralizarla con solo mirarla?

Suspiró.

¿Había estado enamorada de él desde el principio? No sabía la respuesta, pero el cosquilleo que sentía cada vez que lo veía... eso debía de ser amor ¿no?

Alberto se inclinó sobre ella, y le besó el puente de la nariz, después una mejilla, otra y finalmente le dio un toque suave en los labios. Rosalía rio cuando sintió las cosquillas que le daban sus besos sobre la cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Solo besarte. Me gusta que estés aquí, en mi cama.

Ella no supo que decir, pero se acurrucó contra él.

Se quedaron mirándose en silencio, hasta que, de repente se oyó el estruendo de alguien aporreando la puerta.

—¡Albertooooo!, ¿Alberto?

Ambos se incorporaron en la cama al mismo tiempo.

—¿Tu novia? —preguntó, Rosalía.

—Yo no tengo novia, ya te lo he dicho. Marlene y yo solo fingimos que lo somos.

Entonces volvió a escucharse la atronadora voz de la mujer.

—¡¡Albertoooooo!!

Aunque la voz se escuchaba lejana a causa de la puerta cerrada y la distancia que había entre el dormitorio y la entrada, Rosalía podía oír claramente lo que decía.

—¡Albertoooo! Abre ahora mismo o me veré obligada a usar mi llave.

Rosalía abrió mucho los ojos y Alberto los puso en blanco. Ya sabía de quien se trataba.

—¿Tiene llave? ¿Es Marlene?

—No, no lo es.

Alberto se acercó a la cómoda para coger unos calzoncillos.

—No puede ser —rechinó los dientes.

No quería ver a esa mujer y mucho menos en aquellos momentos. Pero al parecer ya era tarde. De repente, escuchó abrirse la puerta principal, y una voz femenina retumbó por la casa. Alberto la distinguió enseguida, incluso antes de verla aparecer en el umbral del dormitorio.

—¡Alberto! ¿Por qué no me respondes? ¡Soy tu madre!

Rosalía saltó de la cama como un resorte y usó la sábana en forma de escudo.

—¡Es tu madre! ¡Tu madre! ¡Oh, dios mío!

—Tranquila, ahora salgo a recibirla —empezó a decir Alberto, mientras se ponía unos calzoncillos y una bata.

—Pero, ¿y yo qué hago?

—No te preocupes, tú espérame aquí. Ella no entrará en mi habitación —

susurró, pero no fue del todo cierto.

Rosalía tiró de la sábana que estaba enganchada a los pies de esta, al ver que no salía tiró con tanta fuerza que cayó de espaldas, justo en el momento en que la madre de Alberto entraba en la habitación. Se quedó tendida boca arriba conteniendo el aliento y el grito de dolor que sintió en la espalda después de casi clavarse uno de sus zapatos de fiesta.

—¡Por favor! ¿estás bien? —Alberto se acercó y la miró preocupado.

Pero ella palmeó el aire, diciendo sin palabras que se apartara. No podía permitir que la madre de Alberto la conociera de esa manera. Ni de esa manera, ni de ninguna otra, si la apuraban, porque no estaba preparada, ni sabía si lo estaría.

—¡Alberto! —gritó su madre con la cara desencajada.

—¡Mamá! Estoy desnudo.

—Ah, perdona hijo —intentó disculparse—, pero te recuerdo que no te parí vestido.

Alberto acabó de subirse los pantalones negros del pijama y la agarró del brazo.

—Vamos fuera. Te prepararé un café.

Después de salir de la habitación, él cerró la puerta. Rosalía asomó la cabeza por encima del colchón y se dejó caer de nuevo al ver que ya no había peligro.

—¿Un café? —preguntó doña Clara—, mejor una tila.

Alberto, la miró mientras se acercaba a la isla de la cocina.

—¿Qué haces aquí mamá...?

Se quedó parado en el sitio al descubrir el sujetador fucsia de Rosalía. ¿Qué demonios hacía eso ahí, si se lo había quitado... ¿en el baño? Le dio una patada y lo lanzó detrás del sofá. Miró de reojo a su madre para saber si se había dado cuenta.

Al parecer no.

De pronto su madre se cruzó de brazos y alzó una ceja.

Sí, al final sí se había dado cuenta.

—Bueno mamá, ¿a qué has venido?

Aunque lo que realmente sorprendía a su santa madre era la talla de esa prenda y no el hecho de que estuviese allí. Desde luego Marlene no usaba esos colores y mucho menos tenía tanto pecho para llenar eso.

—Estoy preocupada por ti, Alberto —dijo, intentando olvidar que

probablemente Alberto tenía a otra mujer metida en su habitación—. Por eso he venido.

Su hijo arrugó el entrecejo, se fue a la encimera y puso en marcha el calentador de agua para hacer una tila. ¡Preocupado por él! Resopló enfadado.

—¿Por mi? —preguntó, mientras preparaba las tazas. Debería haber pensado en él hace mucho tiempo y no hacer todas esas locuras que hacía.

—Últimamente estás... pareces... ¿estresado?

Alberto alzó la ceja izquierda, en silencio llenó la taza con la bolsita de tila y él se sirvió un café.

Se dio la vuelta y se sentó frente a ella.

—Ya sabes que estoy en plena campaña electoral. ¿Cómo no voy a estar estresado?

Clara suspiró.

—No es solo eso. Te noto desanimado.

Alberto se puso de mal humor. Con lo feliz que se había despertado aquella mañana. La preciosa sonrisa de su Rosi había eclipsando por completo el recuerdo de la Cotillard... Y ahora venía su madre a hurgar en la llaga. De hecho, ella era la culpable de que no pudiese deshacerse de la lagarta. Pero no podía decírselo. Alberto era muy protector con su familia y antes se echaría sobre sus propios hombros todo el peso del mundo que en el de sus seres queridos. No quería que su madre sufriese, aunque fuera un poco cabra loca... y es que en el fondo la adoraba, tanto como ella lo adoraba a él.

Algo debería haber notado en él si es que se molestaba en venir un domingo por la mañana a ver como estaba.

—Y... ¿qué tal te va con Marlene?

—Pues... Bien —¿Qué iba a decirle, que estaba convirtiendo su vida en un infierno? — De echo, nos vamos a casar en breve.

Su madre lo miró sorprendida.

—¿Casarte? ¿Y el sujetador que acabas de esconder tras el sofá? ¿o la chica que tienes en el cuarto?

Alberto apretó los labios. Vaya con su madre, se había dado cuenta de todo.

—Mi vida privada no es asunto tuyo, mamá.

—Lo sé, hijo. Solo estoy preocupada por ti. No sueles comportarte así.

—¿Comportarme cómo?

Su madre puso cara de circunstancias.

—Bueno, no he venido aquí para juzgarte, solo para ver si estabas bien. No contestas a mis llamadas desde hace días. No es normal en ti.

—Ya te he dicho...

—Sí, sé que estás liado. Pero bueno, te he traído una tarta de plátano — dijo como quien no quiere la cosa y señalando la bandeja envuelta en papel albal que estaba sobre la encimera de la cocina—. Ya sabes que la semana pasada me apunté a un curso de repostería que organizó Teo, el sacerdote con el que nos fuimos de misiones a Guinea Ecuatorial.

Ya sabía quien era Teo, no hacía falta que se lo recordara.

—Me gustaría que me dieras tu opinión.

—¿Sobre Teo o la tarta?

Su madre lo miró, extrañada.

—Sobre la tarta.

Alberto suspiró y se acercó a ella para darle un abrazo.

—Gracias mamá.

—Estás muy delgado y un poco de azúcar te sentará bien.

Sonrió. Ya había tenido su dosis de azúcar toda la noche y en cuanto su madre se fuera, pensaba repetir. Sin embargo, cogió el pastel y le dedicó a su madre una sonrisa.

—Lo pondré en la nevera. Gracias.

Doña Clara se acercó a Alberto y le dio un beso en la mejilla.

—No hay de qué. Una de las cosas más difíciles de ser madre es dar a tus hijos todos los consejos que una misma se ha pasado por el forro.

Le guiñó el ojo y Alberto la abrazó.

—No puedo decir que no hayas estado a mi lado cuando te he necesitado, gracias. Pero ahora...

—Sí, debería irme. Creo que hay alguien que te espera. —Él no dijo nada pero su madre puso cara de preocupación—. Hijo, me preocupa que no entiendas que hay prioridades en la vida, y “prioridades”. Algunas cosas son importantes, pero hay otras que simplemente son vitales.

Él asintió. Entendía lo que su madre quería decirle. Renunciar a mucho por su vida política, quizás no valiera la pena.

Albero acompañó a su madre a la puerta y se despidieron con un abrazo.

—Espero verte pronto, llámame.

Se despidieron con la promesa de que su hijo la llamaría en breve.

Cuando Alberto regresó a la habitación, lo hizo pensando en las palabras de su madre y también pensó en Rosalía. ¿Tendría que renunciar a ella para

alcanzar el objetivo que se había marcado? Era probable, pero ¿su corazón se lo permitiría?

Al entrar en la habitación, Rosalía lo esperaba con su vestido rosa con volantes.

—¿Ya se ha ido? —preguntó, preocupada.

—Así es. El que se ha quedado ha sido tu sujetador fucsia debajo del sofá.

Rosalía se tapó la cara con las manos.

—Voy a por él.

Cuando intentó pasar por su lado Alberto la agarró del brazo.

—¿Y si en lugar de ponértelo te compro un bikini?

—¿Un bikini?

El asintió para luego besarle el cuello.

—Así es, un bikini. Lo necesitaras para nadar en Ibiza.

Rosalía puso los ojos como platos.

—Tengo dos días libres, gordita. ¿Te apetece dar un paseo en mi yate?

CAPÍTULO 16

¡Un Sex On The Beach, por favor!

Rosalía: *Adivina...*

Rosalía escribió a su amiga después de alucinar viendo donde la había llevado Alberto.

La Juani: *Estás en misa.*

Rosalía: *jajajaja. Sabes que no soy de esas chicas.*

Vaya que si lo sabía. A las únicas misas que había asistido era a las que organizaba el primo de La Juani cuando venía desde Madrid para bendecir a toda la familia. Eran un espectáculo de palmas y jolgorio.

La Juani: *Pero estás pecando.*

Rosalía: *Eso seguro, pero ¿y qué? El que esté libre de pecado, que vaya a pecar, que todavía hay tiempo.*

La Juani: *Pues yo iré al infierno. Me he comprado un succionador de clítoris por internet.*

Rosalía: *Uuuuuuuuuuuuh. No tengo ni idea de para qué sirve eso, pero me parece muy interesante. Ilústrame.*

La Juani le envió una captura de pantalla. Rosi abrió mucho los ojos.

La Juani: *Pues te succiona todo lo que te tiene que succionar. Es como si te lo comieran con mucho arte.*

Rosalía: *¡Olé! Pero no quiero darte envidia, yo no necesitaré de esos en una buena temporada.*

La Juani: *Pues tienes suerte hija, porque me ha dicho la prima Carmen que su Juanito no encuentra el clítoris ni con un mapa. Que yo de estas cosas ni idea, que ya sabes que hasta que no me case con el Cortés, a practicar con el trasto este... Pero nunca he entendido por qué cuando un hombre compra condones la peña lo ve como algo normal, y cuando somos nosotras las que compramos un consolador de látex con venas palpitantes de siete velocidades...*

Rosalía asintió aunque su amiga no pudiera verla.

Rosalía: *... con ventosa.*

La Juani: *... o con bandeja recolectora de esperma anti-goteo, nos llaman perversas. Sea como sea, ahora yo también soy multi-orgásmica y eso que no he catao varón.*

Rosalía: *Bienvenida al club. Pero sigues sin adivinar dónde estoy. :)*

La Juani: ¿En la cama?

Rosalía: No.

La Juani: En el sofá.

Rosalía: Frío, frío.

La Juani: Con el culo sobre la lavadora.

Rosalía: jajajaja. ¡Congelado! Pero esta me la apunto.

La Juani: o_o ¿En la nevera? O_o

Rosalía: Que no, guarri. Dale un poco más a la imaginación.

La Juani: ¿En el jacuzzi? ¿En la piscina? ¿En la mesa de la cocina? No sé, churri, dilo ya que se me va a secar el cerebro.

Rosalía: ¡En el supermegayate de Alberto, rumbo a Ibiza! ¿Quién es la más molona? ¿Quién? ¡¿Quién?!

La Juani: Japuta... Tú esta noche la pasarás en una disco pija, mientras que yo, cuando vaya a mear en un antro cutre de Benidorm intentaré averiguar si cuando alguien escribió "Juani, vuelve" la tía se molestó en volver.

Rosalía: Cierto, deberían dejarnos el desenlace.

La Juani: Será desconsiderada la paya... ¡Qué los del barrio sufrimos, joder!

Rosalía: Es que últimamente tengo tanto glamour que meo purpurina y cago Ferrero Roché.

La Juani: Eso es de la Vecina Rubia. Plagiadora.

Rosalía: Ya quisiera esa... ¡Adiós! El Dios del Sexo me acaba de traer un cóctel.

La Juani: Pronto echarás de menos las Pollas de Negro.

Rosalía pensó en los chupitos de vodka negro y granadina que se habían metido de marcha entre pecho y espalda. Pero nada que ver con el vaso ancho con sombrillita y rodaja de piña que le había traído Alberto.

Rosalía: ¡Envidiosa!

La Juani: Mucha envidia mucha envidia, pero la que tiene un succionador de clítoris soy yo.

Dejó el móvil sobre la mesa de cristal mientras veía como Alberto se acercaba a ella con las bebidas en la mano.

Había subido desde el camarote, con el pecho descubierto y su bañador blanco con franja azul en la cintura no dejaba mucho a la imaginación. Estaba bronceado y su torso desnudo era el mejor espectáculo que había visto en mucho tiempo.

Evidentemente había exagerado un poco, y no estaban rumbo a Ibiza. Pero habían salido desde el puerto de Denia y ahora, lejos de la costa, era como estar en el paraíso. Dudaba que en Ibiza hubiera tan buenas vistas como las que estaban frente a ella.

—Hola guapa ¿estás solita?

—Acérquese caballero, que la brisa me refresca y necesito calorcito humano.

Alberto se agachó para besarle en los labios.

—Mmmm... me encanta este pintalabios que no deja marca.

Rosalía soltó una carcajada y luego arrugó la nariz, de forma graciosa.

—Un día te contaré el secreto.

Dejó la bebida sobre la mesa de cristal. No pudo evitar suspirar de pura excitación cuando él se apartó de su boca, pero se sentó cerca de ella.

La agarró la mano y se la llevó a los labios.

—No puedo creerme que estés aquí.

Rosalía volvió a reír.

—Lo cierto es que yo tampoco.

Y era verdad. ¿Cómo iba a imaginarse hacía meses, semanas, incluso días, que estaría en el yate de Alberto, mientras este le servía un cóctel?

Ella sonreía, encantada. Alberto era tan guapo... Los rayos del Sol se reflejaban en su pelo, haciéndolo más rubio. Se parecía al dios griego ese... ¿Apolo? Sí, Apolo, el Dios del Sol. Y como Apolo, estaba para mojar pan y dejar el plato de la abuela bien *rebañado*... Las abdominales se le marcaban como una tableta de chocolate y los hombros anchos y los bíceps tan bien formados la hacían babear.

—¿En que piensas? —le preguntó, Alberto, mientras le apartaba un mechón de la cara.

¿En que iba a pensar? En empotrarle, por supuesto.

Ella alzó la vista hacia su cara, y le dio el tembleque. Sus ojos azules tenían el color del mar, y su sonrisa era la de un pirata. ¡Por dios, qué hambre le acababa de entrar de repente!

—¿Un *Sex On The Beach* para la señorita?

—On the Beach, on the yate, y *onde* tú digas *mi arma*...

Alberto soltó una carcajada y se le marcaron en las mejillas unos hoyuelos que a Rosalía le entraron ganas de... ¡Ay, virgencita! Que ganas de estrenar ese yate le acababan de entrar.

—Hay una cama redondita en el camarote que me gustaría estrenar —le

dijo ella.

Rosalía cogió el cóctel y le dio un sorbito.

—Me parece estupendo, pero yo me refería al cóctel —Le besó el hombro y fue deslizándolo sus labios hacia el pecho.

—¿Eso es lo que es? ¿Un *Sex On The Beach*? —preguntó ella, curiosa, mientras miraba el cóctel.

Alberto se encogió de hombros.

—Sí, pero ni de lejos está tan bueno como tú. —Besó su hombro apasionadamente, para después darle un mordisquito. Finalmente se apoderó de su boca.

Lo volvía loco, y lo que deseaba más que nada en ese momento era tumbarla sobre la cubierta y hacerle el amor con el sonido del mar de fondo. Pero detuvo el beso antes de que el asunto se le fuera de las manos. Podría haber *paparazzis* al acecho con sus teleobjetivos...

—Mmmm, está buenísimo este cóctel. Pero, ¿de qué es la pajita? No parece de plástico.

Alberto le dio un sorbo a su *Tequila Sunrise* y sonrió. De nuevo, esos hoyuelos que la volvían loca.

—Es de fibra de bambú, biodegradable.

—Joder el tipo, nos ha salido ecologista y todo.

—Creo que este tema debería ser importante en la campaña.

—Pues si vinieses a casa de mi prima Tere, que compra platos de usar y tirar cada día por no fregar la vajilla, te iba a dar un pasmo...

—Siempre he estado en contra de los materiales de un solo uso. El mar está lleno de plástico, es terrible el daño que le estamos haciendo al planeta. Hace unos días, mi familia inauguró una empresa muy innovadora sobre este tipo de artículos para la hostelería. Hacer dinero no debería de estar reñido con cuidar el medio ambiente.

Rosalía le devolvió la sonrisa. Su Alberto, a pesar de ser un político ricachón neoliberal, era muy legal.

—El mar es precioso —dijo—. Hacía mucho tiempo que no me sentía... tan... tan...

—¿Feliz?

Rosalía soltó una risa nerviosa. Ya empezaba a estar coladita por ese hombre y no era plan de que se diera cuenta.

—Ahora que lo pienso, este yate seguro que contamina un montón.

—¡Madre mía! —soltó Alberto—. Podría practicar contigo, hablas como el

líder de la oposición.

Rosalía rio y volvió a besar esa boca tan apetecible.

Pero suspiró, algo triste de repente. ¿Cómo acabaría todo este romance? Aunque intentase no pensar demasiado en ello y disfrutar al máximo, no dejaba de sentirse algo inquieta.

—En realidad es de mi madre—respondió Alberto, ajeno a las cavilaciones de Rosalía, como si quisiese excusarse—, ha hecho como una especie de voto de pobreza últimamente y apenas lo usa. Está en venta, así que, mientras no encuentre comprador, lo uso yo de vez en cuando. Prefiero salir en mi velero, pero hoy quería impresionarte.

—Pues no necesitas yates para impresionarme. Ni cosas caras, ni botellas de champán de trescientos euros ni nada de todo eso. Con este mar tan bonito, el cóctel y la pajita de bambú, me conformo.

Alberto se descubrió feliz ante la declaración de Rosalía. Todas las mujeres con las que había salido parecían más interesadas en las apariencias que en su propia persona. Ella no. Ella era espontánea y divertida, pero también sincera. Rosalía no lo juzgaba, y él sentía que podía ser él mismo cuando estaba a su lado. Sí, le gustaba cómo su Rosi lo hacía sentir y le encantaba la persona que él era cuando estaba con ella.

—No sabes lo nuevo que me resulta escuchar eso.

Y sí que lo sabía. Si a Rosalía le hubiera dado un plato de macarrones y un refresco de naranja estaría igual de feliz y contenta.

—¡Oh, mira! ¡Delfines!

Con su exclamación, Rosalía lo sacó de sus pensamientos. Pero Alberto no miró al grupo de delfines, que saltaban entre las olas y hacían payasadas no muy lejos de allí. La observó a ella, asomada a la barandilla del yate. La brisa hacía flotar su preciosa melena negra y su sonrisa era luminosa.

Dejó el cóctel sobre la mesa y se acercó. La abrazó por detrás, cerró los ojos y la besó en el cuello.

—Los antiguos griegos creían que los delfines eran los mensajeros de Poseidón, el dios de los mares. Los envió en busca de la ninfa que él amaba y con la que se casó más tarde.

Rosalía se tensó. ¿Había oído bien? ¿Estaría Alberto poniéndose romántico? No podía ser...

Se deshizo de su abrazo, como quien no quiere la cosa, se dio la vuelta y puso cara de circunstancias.

—Me estoy meando.

CAPÍTULO 17

Una noche inolvidable en Ibiza

Llegaron a Ibiza, pero no atracaron en el puerto. Alberto condujo el yate a una playa muy alejada de todo, haciendo especial cuidado de no fondear sobre posidonia, algo prohibido y que él sabía que dañaba irremediablemente el mar.

Cayó la noche y la embarcación encendió las luces del casco. Alberto puso música y se acercó a su diosa.

—Tengo hambre —ronroneó, mientras le mordisqueaba el cuello. Luego se alejó y la dejó con las ganas—, pero primero, vamos a la playa.

Alberto guio a Rosalía hasta las entrañas del yate. Avisaron al capitán que iban a dirigirse a la playa, pero Rosalía todavía no sabía de qué forma. Lo descubrió al poco tiempo, cuando se abrieron las compuertas y Alberto se subió a la pequeña lancha semi-rígida.

—Sube, preciosa.

—¡Cuando se lo cuente a la Juani, lo va a flipar! ¡Parece de la guerra de las galaxias!

Alberto rio, divertido y, una vez más, Rosalía pensó que moriría de amor.

Estaba especialmente guapo con el pelo sin engominar. El flequillo le caía sobre la frente y, de vez en cuando, soplabla hacia arriba para apartarse el pelo de la cara. Entre eso, y los hoyuelos...

Le ofreció la mano a Rosalía, como el caballero que era, al ver que ella vacilaba. Finalmente, Rosalía la aceptó mientras sus labios dibujaban una sonrisa de estúpida que si la Juani la viera estaría riéndose de ella un mes.

La pequeña embarcación se puso en marcha y un suave vaivén provocado por las olas, les acompañó hasta que se acercaron a la playa.

La arena era fina y suave y les acariciaba los pies. No había ni rastro de *chalets*, solo un espeso pinar y esa playa de arena virgen.

—¿Como conoces este lugar?

—Ibiza es mucho más que marcha loca y discotecas. Hace muchos años que vengo aquí y con el tiempo he descubierto rincones como estos que quiero compartir contigo.

Rosalía asintió, se quitó el pelo de la cara que la brisa se empezaba en azotar. Otra vez Alberto estaba diciendo aquellas cosas tan bonitas y ella no sabía muy bien como reaccionar.

—Hoy hay una macro fiesta en Café del Mar, y todos los barcos están fondeados allí, por eso no hay nadie aquí. Además, detrás de ese bosque hay una enorme finca privada, por lo que el acceso al mar está complicado para los turistas y a estas horas está prácticamente vacío, mucho menos entre semana.

Alberto señaló el espeso pinar se alzaba sobre las dunas, pero no le dijo que la finca era propiedad suya. Ni que su bisabuelo por parte de padre la había usado para entrar contrabando en la isla durante la guerra civil y los posteriores años.

La luna llena se alzaba en lo más alto y su reflejo distorsionado por el mar en calma daba al paisaje un aspecto de cuento de hadas. Rosalía no había visto nada igual en su vida, a parte de en las películas o en las postales. De hecho, no se lo había querido decir a Alberto, no le apetecía parecer ante él como una mujer sin cultura, pero jamás había viajado.

Desde que acabó el bachiller con sobresaliente (sí, era del arrabal y a mucha honra, pero de inculta nada), todo el dinero que había ganado limpiando casas lo había ahorrado para su propia empresa. Había hecho cursos de química, cursos empresariales, (estos últimos le habían costado un ojo de la cara) y para montar el local soñado necesitaba el tan ansiado préstamo, por eso los viajes habían quedado en un segundo plano.

—¿Qué piensas, gordita?

Rosalía parpadeó y vio como Alberto se tumbaba a su lado, sobre el amplio pareo con motivos hindús.

¿Que, en qué pensaba? Esa no era una pregunta que normalmente hiciesen los hombres. ¿Realmente quería saber en que pensaba?

—Nada, chorradas de las mías —se encogió de hombros y se tumbó junto a él. Se miraron el uno al otro por unos minutos de eterno silencio.

—Este sitio es precioso. —Cogió el mechero y empezó a encender las velitas que Alberto había colocado en círculo alrededor, sobre la arena—
¿Traes aquí a todos tus ligues?

—Sólo a las que tienen el culo y las tetas más grandes.

Rosalía se rio a carcajadas por la broma y le sacó la lengua.

—Te lo preguntaba en serio. Pero me esperaba una respuesta más romántica.

Él sonrió. Con cuidado, le apartó el pelo de la cara.

—Lo digo en serio, estas tetas... me ponen muy cachondo.

Descendió los dedos por el cuello de Rosalía, poco a poco, hasta ponérselo

en el canalillo. Se lo frotó entre ellas, como si fuese su miembro y luego viró a la derecha y le pellizcó el pezón erecto.

—¿Te parece romántico esto?

—Me da igual, solo quiero que sigas.

—Tus deseos son órdenes.

Se incorporó para volver a descender sobre el cuerpo de Rosalía, y la miró a los ojos con la misma pasión con que la miraba siempre. Acercó la boca a su pezón y sintió que ella contenía la respiración, acto seguido y sin previo aviso se metió el pezón en la boca y empezó a succionar.

Rosalía se arqueó pidiendo más. Sus ojos se cerraron y su vientre se puso en tensión como siempre pasaba cuando Alberto la tocaba. Maulló como una gata en celo, sin duda no tenía suficiente.

Le acarició ambos pechos con las manos, mientras no dejaba de atormentarla hasta que las deslizó más abajo en busca de las bragas del bikini, que le quitó sin dificultad.

Le acarició el sexo y los gemidos de Rosalía se volvieron más roncós e intensos. Al notarla húmeda, se le puso más dura que nunca.

—Mira como me pones —gruñó. Se colocó sobre ella, aun con el bañador puesto, y apretó su erección contra la zona sensible de Rosalía.

Para que ella pudiera notarlo mejor, agarró una de las manos de ella y se la llevó ahí. La introdujo dentro de su bañador y sintió que, sin pedírselo, le agarraba la polla con fuerza. Entonces fue él quien gimió de placer y cerró los ojos por unos instantes.

—Sólo tú consigues esto, nena... Solo tú...

Rosalía empezó a masajearle el miembro mientras él se apretaba contra ella y la besaba.

—Nena, necesito follarte ya... No aguanto más...

Rosalía le sacó la mano del bañador y se lo quitó, deslizándolo con rapidez hasta sus tobillos.

—Entonces no sé a que esperas.

Él no se hizo de rogar. Se acomodó entre sus piernas y guio la polla por entre sus muslos. La empaló con fuerza al punto que ella soltó un grito de placer.

Esta vez no hubo preliminares.

El ritmo de ambos fue vertiginoso. Hicieron el amor con pasión, bajo las estrellas y se corrieron entre gritos y jadeos ensordecedores.

Alberto necesitaba aire, se dio la vuelta y se quitó de encima de Rosalía, su

cuerpo quemaba. Pero qué delicia era arder en su fuego...

Se echó de espaldas sobre la arena y ella se quedó quieta a su lado. Cerró los ojos y suspiró, feliz mientras la suave brisa les refrescaba la piel desnuda.

Estuvieron en silencio un buen rato.

Alberto miró de reojo a Rosalía.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza. Le fascinaba esta chica. Era estupenda. Se estaba enamorando, era algo que podía negarse mil veces, pero no por eso sería cierto.

Mierda... ¡Se estaba enamorando de ella!

—Oye... quiero decirte algo... ¿Estás despierta? —le susurró.

—Como no...—respondió ella—. Estos putos mosquitos me están dejando el culo como un dalmata.

Alberto rio.

—Hay repelente en la lancha, me olvidé de traerlo. Con lo buena que estás se estarán dando un festín. Voy a buscarlo.

—Espera —ella le tomó de la mano—, ¿qué ibas a decir?

Alberto se incorporó y frunció el ceño.

—Pues... quería hablarte de Marlene.

Rosalía se mordió el labio muy sorprendida por el tema de conversación.

—Ya sé que es tu novia y yo no soy ninguna ilusa. Somos muy distintos Alberto —no sabía que más podía decirle. Estaba segura de que, al igual que él, no veía mucho futuro en aquella ¿aventura? ¿relación? Lo que fuera.

—Qué más da lo distintos que seamos, ¿a caso no estamos bien juntos?

Ella vaciló, antes de responder.

—Tú eres... en fin, tú eres mi jefe y yo la chacha. Lo que hay entre tú y yo no puede durar, eso lo sé.

—Entonces ya sabes más que yo —repuso Alberto, algo dolido.

—No me entiendas mal, pero es solo un lío pasajero y yo lo tengo asumido, puedes estar tranquilo.

Alberto se quedó helado, como si le acabasen de echar un cubo de agua fría encima.

—Eso no es lo que iba a decir.

Rosalía se encogió de hombros.

—Has sido tú quién ha sacado el tema de Marlene, no yo.

—Está bien, —dijo, algo más molesto—, déjame hablar. Lo que quería decirte es que...

—¿Qué vas a dejarla para salir conmigo? ¡Ja!

Por primera vez en años, Alberto lo empezaba a ver todo muy claro. Lo que quería era una mujer como Rosi. Porque se había enamorado de ella. Quería hacer las cosas bien. Necesitaba explicarle el motivo por el cual estaba a punto de casarse con Marlene. Quería ser sincero, porque ahora tenía claro que no estaba dispuesto a perder a Rosalía.

Sin embargo, no pudo decirle nada de todo eso, porque se escuchó el sonido de una lancha.

¡Malditos paparazzi!

CAPÍTULO 18

El ultimátum

Rosalía pensó que Alberto estaba algo paranoico con la prensa, pues ella solo había visto una lancha acercarse a la misma cala que ellos. Pero ¿qué sabría ella? desde luego, no tenía mucha experiencia en que la persiguiera la prensa rosa. No era famosa, todavía, porque pensaba serlo con sus cosméticos. No se lo había contado a Alberto, pero había una multinacional interesada en ellos, así que estaba feliz como una perdiz porque, aunque no le dieran el préstamo, tenía otras opciones.

Se miró en el espejo y vio su mini vestido azul de lentejuelas. Birlli-brilli a tope, como le gustaría eso a La Juani... Tenía que sacarse una foto para enviársela.

Alberto llamó a la puerta del camarote en ese preciso instante y solo tuvo tiempo de enviarle corazones y emoticonos sonrientes.

—¿Estás lista?

—Sí —dijo ella, mientras aplaudía y daba saltitos, muy emocionada.

Alberto rio encantado con su entusiasmo y no era para menos, pensó Rosalía. Estaban en Ibiza y la noche era joven. Habían atracado en el puerto de deportivo y ahora que salían por la pasarela del yate. Rosalía se tomó unos segundos para contemplar la Dalt Vila de noche.

—Esto es tan bonito...

—Sí que lo es —Pero Alberto la miraba a ella.

La cogió de la cintura y caminaron hacia el puerto donde les esperaba un coche negro. El chófer, que no era Mateo, les abrió la puerta y Rosalía se puso roja al pensar lo que había pasado la última vez que ellos dos habían estado en el asiento trasero de un coche negro.

Alberto también lo pensó pues le sonrió pícaro y le guiñó un ojo.

—¿Estás bien? —le preguntó, socarrón.

Ella asintió con una sonrisa y le cogió la mano por encima del asiento de piel.

—¿Dónde me llevas?

—A una de las mejores discotecas de Ibiza.

Evidentemente, Rosalía quedó impresionada al salir del coche y cuando Alberto tiró de ella y se coló delante de la kilométrica cola con pase VIP, Rosalía se dio cuenta que era formar parte de la *yet set*. Se sentía algo fuera

de lugar, pero... eso se le olvidó cuando vio el ambientazo que había dentro.

Gritó y saltó, abriéndose paso hasta el interior de la pista.

Alberto riendo la observó, era una diosa. Rosalía bailaba con los brazos en alto, su melena suelta se movía arriba y abajo, como si no hubiera gravedad. Y a él jamás le había parecido tan hermosa y radiante.

Bailaron horas y horas, bebieron y en un reservado se besaron a conciencia. Rosalía era consciente de que, aunque amaba a ese hombre, no podía hacerlo suyo en público. Y eso no quería decir hacerle el amor en medio de la pista, pero ni siquiera podía darle un simple beso. Alberto era un personaje público, alguien a quien todo el mundo conocía y si los veían juntos, si los gravaban en alguna escena comprometida, todo sería un verdadero desastre. Porque, aunque no la amara, Alberto tenía novia, salía con Marlene y dejarla acabaría con su popularidad, algo que necesitaba para las futuras elecciones.

Sentados en el reservado de espesas cortinas de terciopelo, Rosalía apuró su daiquiri y se volvió hacia Alberto, que permanecía sentado a su lado. Le besó apasionadamente, consciente de que nadie podía verlos.

Alberto noto el sabor de fresa en su boca y profundizó el beso. Todo su cuerpo reaccionó por ella.

Acarició la pierna de Rosalía, que prácticamente tenía encima de él y fue subiendo hasta colarla debajo del vestido de lentejuelas. Acarició su trasero y Rosalía se puso a horcajadas sobre él.

—Creo que nos estamos pasando —dijo ella, mordiéndose el labio.

Pero Alberto solo se rio y la beso con más ansias. Si no paraban iba a hacerle el amor allí mismo.

De pronto el teléfono sonó en su bolsillo y lo sacó a regañadientes.

“MARLENE”

Rosalía lo vio y se quitó de encima de él, algo incómoda.

—Puedes contestar... —dijo, casi sin que Alberto pudiera oírla por el ruido de la música. Luego se sintió tonta, pues él no necesitaba su permiso para contestar a su novia.

Alberto colgó.

—Será mejor que nos vayamos.

—Sí —dijo ella, algo incómoda. Y no añadió nada más.

Pero Alberto no estaba dispuesto a que Marlene les aguara la fiesta.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó, mientras la ayudaba a ponerse en pie.

—Sí, mucho —su sonrisa volvió de nuevo a su rostro y eso le hizo muy feliz.

—Me alegro.

Rosalía era preciosa, en todos los sentidos. Le cogió la mano y se la besó.

—¡Vámonos!

Tiró de ella y salieron del reservado, atravesaron la pista a toda prisa y salieron de allí. Afuera, un par de fotógrafos de la disco hacían fotos a los asistentes a la fiesta, pero Alberto negó con la cabeza al tiempo que rechazaba la fotografía.

En un minuto el coche estuvo en la puerta, no tardaron demasiado al volver al puerto deportivo y Rosalía se descalzó para caminar por la pasarela. Cuando Alberto saltó a la cubierta de barco, la cogió en brazos para entrar en el camarote.

—Ojalá esto no se terminara nunca.

—Ojalá —la dejó sobre la cama y la besó apasionadamente—. Pero ahora debo decirle al capitán que ponga los motores en marcha, debemos irnos.

Ella asintió.

Volvió a besarla fugazmente en los labios y salió de allí cerrando la puerta. No se cansaría nunca de estar a su lado, era como un sueño. Pero, por desgracia, los sueños, sueños son. La realidad era mucho más dura y cruel. La realidad era un chantaje de la Cotillard que no podía pasar por alto.

Apretó los dientes enfadado mientras sacaba el teléfono móvil de su bolsillo.

Tres llamadas perdidas y cuarenta y cinco *WhatsApp* que abrió sin leer.

Marcó su número, pues sabía que si no la atendía sería capaz de cualquier cosa y tomó aire.

—¿Se puede saber dónde estás? Tú y yo tenemos un trato —le había gritado al otro lado del teléfono.

—¿Qué trato Marlene? ¿Que tu me chantajeas y yo me caso contigo? —dijo Alberto furioso—. Sí, soy muy consciente de ello.

Marlene chilló como una loca y Alberto se apartó el teléfono de la oreja.

—Será mejor que vuelvas y pongas un anillo en mi dedo. Nos casaremos en un mes. Ya he reservado todo así que...

—Así que cómprate el anillo que quieras y déjame en paz —le dijo Alberto de malos modos—. Lo único que voy a hacer yo, será presentarme el día de la cita, para casarme con una víbora a la que no amo y a la que no pienso volver a tocar ni con un palo.

Otro grito.

—¡Te odio maldito idiota! Y te juro que te arruinaré la vida como no me hagas marquesa. Quedas advertido. Así que procura presentarte.

—Me presentaré a nuestra boda Marlene, ya que si no lo hago arruinarás mi vida y la de las personas que más quiero. Porque si solo fuera la mía, te puedo asegurar que, ni siquiera las elecciones, serían motivo suficiente como para casarme contigo. Eres despreciable. Y si eso es todo, voy a volver con la mujer que amo.

—¡Maldito cabrón! ¿estás con otra verdad?

—Con alguien que te da mil vueltas.

—Pues a ver como le sienta que te cases conmigo.

Alberto guardó silencio, eso si que había dolido. ¿Cómo le sentaría? Pues seguramente le rompería el corazón. Y Rosalía no se lo merecía, desde luego.

—Si no tienes nada más que decirme, Marlene...

Alberto no espero respuesta colgó y respiró hondo. Cuando hubo vuelto de avisar al capitán, los motores ya estaban en marcha y Rosalía se hacia la dormida en la cama.

Alberto iba a casarse con otra, con la Cotillard, y lo hacía porque la muy bruja lo estaba chantajeando. Había escuchado toda la conversación. Y eso no lo iba a consentir.

Sintió que él se metía en la cama y se colocaba a su lado después de desnudarse. Notó como se acercaba y, cariñosamente, le daba un beso en el pelo. Ka abrazó y, al cabo de unos minutos, Rosalía supo que se había quedado dormido.

No importaba lo que costase... ¡Tenía que salvar a Alberto!

CAPÍTULO 19

Doña Clara se une al complot

Cuando el yate llegó al puerto de Denia a primera hora de la mañana, Rosalía ya estaba en el baño retocándose el maquillaje. Su cara era un horror después de la mala noche que había pasado, y no quería que Alberto, que aún no se había despertado, la viese con unas ojeras que parecían las de un mapache.

Suspiró frente al espejo. Menos mal que era una experta maquilladora para arreglar semejante estropicio. Y es que no había dormido en toda la noche, y no porque Alberto quisiera una maratón de sexo. ¡Ojalá hubiese sido ese el motivo! Pero la verdad era muy distinta, había estado dándole vueltas a la cabeza.

Me presentaré a nuestra boda Marlene, si no lo hago sé que arruinarás mi vida y la de las personas que más quiero. Porque si solo fuera la mía, te puedo asegurar que ni siquiera las elecciones serían motivo suficiente como para casarme contigo. Eres despreciable. Y si eso es todo, voy a volver con la mujer que amo.

Rosalía acabó de ponerse la base de maquillaje y los polvos. Mientras, no dejaba de pensar en las palabras de Alberto la pasada noche.

Yo también te amo, quiso decirle Rosalía, pero se había quedado callada cuando él volvió a la habitación. Se quedó allí abrazando la almohada y llorando en silencio mientras Alberto la creía dormida. No podía creer que Alberto fuera víctima de un chantaje tan cruel. Y pensar lo bien que quedaban en las fotos de las revistas del corazón, y había resultado ser la peor lagarta de la historia.

Pobre Alberto, ¿con que lo estaría chantajeando?

Tenía que averiguarlo y hacer lo imposible para que Marlene lo dejara en paz. No iba a permitir que el hombre que amaba sufriera de esa forma. ¡Claro que no! Era hora de llamar al *clan gordi* para tramar un plan y llegar al fondo del asunto.

Voy a volver con la mujer que amo.

Rosalía miró su reflejo en el espejo y este estaba sonriendo. ¡Oh, Virgen Santa! Así era como él había dado por finalizada la discusión. ¿La lagarta sabría que se habría referido a ella?

Si fuese así, era más que probable que le hiciera la vida imposible. El truco

estaba en que ella se la hiciera antes. Y para ello tendría ayuda. La Juani y la Mary, estarían más que dispuestas a echarle un cable.

Rosalía cogió el móvil y llamo a *la Juani* para intentar ponerla en antecedentes.

—Hola gordi.

—Hola...

—Bueno... que voz de dormir poco. ¿Bailando mambo toda la noche?

—Que va tía, ¡ojalá!

Rosalía intento llevar la conversación en un tono más o menos normal para que Alberto no la escuchara desde la habitación. En un resumen le contó todo lo importante que había sucedido esos días y sobre todo, lo que había escuchado la noche anterior.

—Yo cero que eso de “voy a volver con la mujer que amo”, iba por mí.

—Pero a ver, alma de cántaro —dijo la Juani—, ¿a quién más se podría haber referido Alberto? A no ser que hubiese otra mujer escondida debajo de la cama del yate...

—Pues no miré, pero fijo que no había nadie más.

—Por otra parte, me dejás muerta con lo de la velocirrapora. ¡Chantajeando al futuro presi!

—No es para tomárselo a broma —dijo Rosalía.

—Por supuesto, cuenta con nosotras para lo que necesites.

Rosalía sonrió ampliamente.

—Sabía que no me fallaríais. No sé aún como lo haremos, pero de que haremos algo, estoy segura.

—Intenta averiguar con qué chantajea a tu jefe buenorro y ponemos en marcha el plan de gordis.

Rosalía asintió aunque su amiga no pudiera verla.

—Te quiero gitanilla.

—Yo también gordi. Mantenme informada.

Rosalía colgó y se miró en el espejo muy decidida. Iba a averiguar lo que estaba pasando, sí o sí iba a librar a Alberto de esa mujer que le estaba amargando la existencia.

Rosalía se quedó absorta pensando en como Marlene podría chantajear a Alberto. Esa lagarta seguro que lo estaba chantajeando con algo de peso, eso era obvio, pero ¿con qué o quién? Tendrían que ser algún tipo de fotografías o de información comprometida pero, ¿sobre qué? ¿Sexo, drogas, corrupción? Sexo, descartado. Drogas, a pesar de que la prensa lo ponía a

caldo con ese tema, ella, que era su asistente, jamás de los jamases había encontrado ni un solo rastro de perico, ni siquiera un simple porro en su casa. Y en el yate, tampoco. ¿Corrupción? Rosalía levantó una ceja... Esto era lo más probable, teniendo en cuenta la clase de calaña que albergaba el “congreso de los imputados” Pero Alberto era legal...

¡¡¡Ahhhgggg!!! ¡Piensa Rosi, piensa!

A ver, no es que dudase de Alberto, ni mucho menos podía estar celosa pues, desde el principio, siempre había pensado que no era para ella, que su relación tenía los días contados, aunque él hubiese empezado a dar ciertas muestras de cariño. ¿Muestras de cariño? ¡Por Dios! ¡Si le había dicho a Marlene que amaba a otra!

Se puso colorada al pensar en ello y sintió mariposas en el estómago.

Pero, de inmediato, se puso seria.

A ver, Rosi, céntrate... ¿quieres? Y déjate ya de sentimentalismos...

Si se trataba de fotografías comprometidas, no dejaba de preguntarse con quién se habría podido acostar Alberto a parte de ella y de Marlene, si su vida era un completo caos, a penas tenía tiempo para sí mismo, como para encima andar, no con una, ni con dos, sino ¡con tres mujeres!

No, ella era su asistente, no es que lo vigilase, pero conocía su rutina. Alberto era un pijo de cuidado, pero no era un cabrón.

De repente, a Rosalía se le encendió la bombilla y abrió la boca como un pez.

¿Acaso las fotografías comprometidas eran con ella?

¡Pues claro! ¡El día de la pelea con los gitanos del Cortés! ¡Y también los habían pillado en Ibiza!

Rosalía se mordió el labio inferior...

No, lo de Ibiza era demasiado reciente como para que Marlene se hubiese enterado, a menos que tuviera un topo en la prensa. Pero lo del chantaje tenía que venir de lejos...

Oh, virgencita santa... ¿Cuál era la solución?

Lo primero que tenía que hacer era averiguar lo que se traía Marlene entre manos, sí o sí. Y una idea empezó a rondarle en la cabeza.

Pero Alberto llamó a la puerta del baño, dónde Rosalía se retocaba los labios con Passion Fruit, y la sacó de sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó él, pues llevaba allí dentro más de media hora—. Ya hemos llegado a puerto. Tendríamos que irnos ya.

—¡Ahora mismo salgo! —respondió ella, metiéndose el pintalabios en el

bolso.

Cuando Rosalía salió del baño él la cogió por la cintura. Iba a besarla, sin embargo, ella le hizo la cobra.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, nervioso y sorprendido a partes iguales. Empezaba a sospechar si ella había escuchado o no los gritos que ayer le dedicó a la arpía de Marlene.

—¿A mi? *Ná de ná...* ¿y a ti? ¿Te pasa algo, churri?

Ella intentó deshacerse de Alberto disimuladamente, pero él se lo impidió.

—Está bien—cedió Alberto—, sabes que oculto algo y te lo voy a explicar ahora mismo.

—No tienes por qué explicarme nada, Alberto.

—¡Claro que sí! ¿Quieres escuchar mi versión antes de juzgarme?

—¿Juzgarte? Estás súper paranoico...

En realidad, la que empezaba a estar paranoica era ella... Y sí, esa era una oportunidad para averiguar algo, lo que fuese, pero sabía que Alberto no le contaría la verdad del todo, eso tendría que averiguarlo por sí misma.

En ese momento, sonó el móvil de Alberto y él puso los ojos en blanco. Lo sacó del bolsillo, pero cuando vio de quién se trataba, suspiró aliviado. Había creído que era Marlene.

—Es mi madre, dice que está aquí, en el muelle.

—¡Oh, estupendo! Deja que me ponga el traje de chacha y así podremos decirle que te estaba limpiando el barco.

—¡Ni hablar! —denegó él, muy serio —Eso de limpiar para mi, se acabó.

—¿Me estás despidiendo?

Él la cogió por la cintura, la apretó más contra sí y la besó con pasión. Ella gimió de deseo.

—Para nada... —volvió a besarla y ella lo recibió gustosa.

Pero el teléfono móvil sonó de nuevo. Alberto separó los labios de los de Rosalía y suspiró.

—Está bien, ya vamos, madre —dijo, y luego colgó.

Bajaron las escalinatas del yate y allí estaba Doña Clara, esperando a Alberto. Al ver a Rosalía, que bajaba tras su hijo, cambió su expresión. Se sintió muy avergonzada, pero enseguida su expresión pasó de sorprendida a tierna. Luego pareció volver a pensar en aquello que la acongojaba y miró a Alberto. En el rostro de su madre pudo ver los nervios que sentía.

—¡Hijo! Tenemos que hablar. Me he enterado de que Marlene tiene...

—Aquí no, madre. Y menos ahora.

—Pero es importante que hablemos.

—De veras que estoy bastante enfadado con todo este asunto.

¿A qué asunto se referirán?, pensó, Rosalía.

¿Se tratará de mí? ¿Se tratará del chantaje?

—Oh, hijo, Marlene es... ¡Un demonio! ¡Tienes que hacer algo!

Sí, ahora sí estaba claro que se trataba del chantaje.

—Sé muy bien qué clase de monstruo es, madre. Y también sé lo que he de hacer. Descuida.

Rosalía arrugó el entrecejo. Si bien era cierto, la Cotillard era un poco bruja, pero de ahí a monstruo... Si había descubierto que él estaba con otra, (o sea, con ella) era lógico su enfado... Pero de ahí a chantajearlo para que se casase con él... ¿Era tonta o qué? ¿Quién quiere a un hombre que la desprecia? Aunque quizás por su dinero o posición social... ¿en serio? ¡Pero si Marlene era rica y famosa! No necesitaba el dinero de Alberto. No, tenía que haber algo más.

¿Venganza, quizás? ¿Qué demonios estaba pasando?

—Oh, hijo, lo siento tanto.

¿Por qué lo sentía? ¿A caso el chantaje de Marlene tenía algo que ver con su madre? Sea como fuere Alberto parecía muy reacio a hablar del tema.

—Madre, solucionaré el problema.

A Doña Clara se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿A qué precio hijo?

—Al que sea.

Rosalía supo lo mucho que quería a Alberto a su madre, aunque a veces no demostrara sus emociones. Estaba claro que quería abrazarla y consolarla, pero no lo hizo.

—Mejor llevo a Rosalía a casa y hablamos más tarde, yo tengo una reunión en dos horas.

—Alberto —dijo Rosalía— ¿Qué tal si vas a esa reunión y yo me quedo tomando un café con tu madre? Hasta que se calme, está un poco alterada —añadió en un susurro.

Alberto se la quedó mirando y casi se muere de amor por ella. Como podía ser tan buena y preocuparse por una persona que no conocía.

—Rosalía, no hace falta.

—Insisto. Es mejor que vayas a tu apartamento, descansas un poco y te cambies para la entrevista. Luego te llamo.

Su madre los miraba a los dos, pero no intervino. Le encantaría tomar un

café con esa joven, al fin y al cabo, si Alberto parecía quererla tanto, es que debía ser muy distinta a Marlene, y quizás hasta podría ayudarla.

La buena mujer se colocó junto a Rosalía y la asió del brazo.

—Vete hijo, me dejas en buenas manos —le sonrió a Rosalía.

Alberto no supo muy bien que hacer.

—De... acuerdo. —claudicó finalmente—, enviaré a Mateo para que os recoja en el club y os lleve a casa dentro de una hora, ¿os parece?

Ambas asintieron. Vieron como Alberto se alejaba y ellas fueron al club de vela para tomar un café. Ambas estaban ansiosas por hablar la una con la otra.

Rosalía no sabía que pensaba la madre de Alberto de ella, pero parecía saber sumar dos más dos. Porque Doña Clara sería una mojigata, al menos a ojos de los demás, pero no era tonta.

—Necesito ayudar a Alberto —le dijo Rosalía. La madre de Alberto tenía toda su atención—. No sé que es lo que pasa exactamente, pero Marlene le está chantajeando y no pienso permitirselo. Y creo que usted también quiere tomar cartas en el asunto.

La madre de Alberto empezó a llorar.

—Esa mujer es el demonio.

Rosalía asintió.

—Pero aún no sé que tiene contra Alberto.

—Mejor será decir... ¿qué tiene contra mí?

Rosalía abrió mucho los ojos mientras Doña Clara le explicaba una historia disparatada que parecía no tener nada que ver con Alberto, hasta que llegó al final. Ahí estaban las dos, media hora después: Doña Clara llorando y Rosalía con la mano tapándose la boca y los ojos como platos.

—Por Dios, si esas fotos salen a la luz...

—Hay que encontrarlas y destruirlas.

Rosalía asintió.

—Las encontraré —dijo agarrando con fuerza la mano de la madre de Alberto—. Le prometo que, cueste lo que cueste, Marlene no tendrá nada con que chantajear a Alberto.

La mujer asintió sin demasiada confianza. Pero confianza era algo que le sobraba a Rosalía.

Empezaba la operación gordi.

CAPÍTULO 20

Misión G. I . (Gitana Imposible)

Después de hablar con la madre de Alberto, Rosalía había encontrado una aliada para toda la vida. Le había prometido que iba a encontrar esas fotos costara lo que costara y pensaba hacerlo.

Le faltó tiempo para llamar a su amiga Juani y preparar la operación que haría posible su objetivo.

Doña Clara le había dado la dirección de Marlene, y a Rosalía le había faltado tiempo para presentarse allí. La operación se montó en un santiamén, pero después de un par de horas escondidas detrás de un arbusto, Rosalía empezaba a dudar de su capacidad para liderar una operación de robo y destrucción de archivos.

—Joder, gitánica, ¿estás segura de esto? —Rosalía había ideado un plan maestro para recuperar las fotos del chantaje. Doña Clara había jugado un papel clave, pues conocía la mansión de la Cotillard, había ido a cenar allí en varias ocasiones y les había facilitado un plano exacto de toda la propiedad, amén de lo que tenían que buscar, aunque sin darle demasiados detalles sobre el contenido. Pero ahora, que ambas amigas estaban metidas en el meollo y ya no había vuelta atrás, a Rosi le preocupaba, no que la atraparan a ella, sino a la Juani.

Ella podía dar lo que fuera por Alberto, pero la gitánica era inocente en todo aquel asunto y no quería que saliera mal parada, ni ella, ni todo el equipo que había movido para asaltar la casa de la Cotillard.

—¿Qué si estoy segura? ¡Nunca lo he estado más en mi puta vida! Tengo unas ganas de entrar en la casa de la tiparraca esta, que me muero —tras los matorrales altos de la casa, Rosalía abrazó a su amiga con cariño—. Además, tengo que demostrarle a mi prima que sus bolsos son de auténtica piel de velociraptor a.

—¡Ay, si nos pillan! No quiero meterte en líos, guapi —volvió a preocuparse, Rosi—. Esa bruja tiene cámaras por todas partes. ¡Su chalet es inexpugnable!

—¿Inespuqué? —la Juani meneó la cabeza, eso no era importante—. A ver, gordi, ¿no tenemos al primo del Cortés a los mandos? ¡Palabra de gitana que se ha metido en la web del *pentáculo* y todo! —La Juani cruzó el dedo índice y el pulgar y se los besó para dar más énfasis al juramento, al punto

que Rosalía la miraba, incrédula.

—Se dice el pentágono —se tapó la boca para no reírse— ¡Y ahí no entra ni Dios!

La Juani se puso seria.

—Pues él entró —le guiñó un ojo a su amiga y le apretó la mano con fuerza para tranquilizarla—. Mira Rosi, que no me he puesto el traje de cuero *ajustao* en plan misión imposible y una media negra en la cabeza con este puto calor que hace *pa* que ahora te me eches *patrás*. Además, se la he liado parda al Cortés *pa* que nos deje al primo hacker esta noche. Así que a callar y recomponete la braga-faja, que en breves instantes la alarma quedará inutilizada.

Rosalía apretó el puño y lo levantó en señal de triunfo.

—¡A por las fotos!

—¡A por ellas!

Ambas estaban excitadísimas.

—Mira que pasada de auriculares, gordi. Si parezco una espía de verdad.

La Rosi dio un respingo cuando, de repente, se escuchó un pitido que dejó medio sorda a la Juani.

—Primo, aquí la *gitanisexy*, aquí la *gitanisexy*, ¿me recibes? ¡Cambio y corto! —Rosi le echó una mirada de espanto, pero la Juani no le hizo ni caso, estaba muy metida en el papel.

—No puedes decir corto, o se acabará la conversación —le advirtió—. Di solo cambio.

La Juani asintió.

—Aquí *gitanasexy*, cambio.

Ambas se miraron y Rosalía asintió.

—Muy bien.

Pero la Juani ya estaba perdiendo la paciencia y empezó a taconear, nerviosa.

—¿Pero es que no me recibes, primo? ¡Solicito clave de acceso al chalé de la lagarta, ¡YA!

—Aquí primo, te paso dígitos —se escuchó la voz en el walkie—. No te preocupes por la cámara, que luego borro las imágenes.

—Pero si es que vales un montón.

—Al lío, que tengo cosas que hacer más tarde —las apremió el primo del Cortés.

La Juani marcó el número en el aparato de la puerta, que le había dado el

primo hacker. Marcó: 1, 2, 3, 4.

—¿En serio? —soltó Rosi, a punto de mearse de la risa— ¿Será subnormal?

La Juani no le hizo caso a la Rosi, y entró en la mansión.

—¡Espera! —susurró, Rosalía, agarrándola de la mano enguantada, impidiéndole la entrada al chalet —¿No deberíamos echar polvos o harina o algo así para ver si hay rayos láser de color rojo y esquivarlos?

—¿Qué ladras, tía? ¿Rayos láser? Tú has visto muchas pelis de acción. ¿Te parece que una tía que su contraseña es 1,2,3,4... va a tener lasers antirrobo?

Pues también era verdad.

Se encogió de hombros y entraron al jardín a toda velocidad. Pero de repente supieron que no estaban solas. Un ladrido estridente llamó su atención.

—¿Dobermans? —preguntó Rosalía, espantada.

Pero de frente apareció una bola de pelo blanca. Parecía un algodón de azúcar blanco, con unos diabólicos ojos negros. Rosalía se echó para atrás.

La Rosi miró a la Juani, horrorizada.

—¡Mierda! ¡El chihuahua de la lagarta!

—Tranquila, que lo tengo *to controlao*.

La Juani se puso la mano en la oreja.

—Primo, cambio, ¿me recibes? Aquí la Juani. Houston, tenemos un problema. —Miró a la Rosi, que hacía malabarismos intentando deshacerse del chucho diabólico, que le mordía la bota— ¡Houston, Houston! ¡Envía refuerzos aéreos! ¡Nos atacan!

El perro no paraba de ladrar, y morder, pero de pronto apareció un dron con una salchicha.

—Estoy flipando —dijo Rosalía.

—¿Lo ves? —dijo la Juani, cuando el horrible chucho que llevaba un collar de color rosa y diamantes, empezaba a correr detrás del dron, que salió al jardín. —Repite conmigo: La Juani es la puta ama.

Seguía ladrando mientras perseguía ese trasto, pero ya no estaba mordiendo a Rosalía.

—Sigamos.

Abrieron el gran ventanal y avanzaron por el salón como si estuvieran pisando huevos.

Rosi estaba acojonada, pero la gitana estaba en su salsa. En un momento dado, la Juani se detuvo ante un cuadro absolutamente blanco. Bueno, tenía

matices grises, pero eso la gitana no lo vio.

—¿Qué puta mierda es esta?

—Un cuadro carísimo —empezó a explicar Rosalía—. Alberto me contó que le costó trescientos mil euros en una subasta. Es de... ay, no me acuerdo del nombre... Franco Cometa, o algo así...

La Juani se sacó el Passion Fruit del bolso y pintó una polla en el cuadro.

—Ala, así queda mejor. Un toque más elegante.

Rosi no tuvo tiempo para escandalizarse, y siguió a su amiga hasta la habitación. Una vez dentro, la Juani empezó a mirar por los cajones de la mesita de noche. Extrajo un consolador.

—Ala, mira la tiparraca esta, qué bien que se lo monta.

—Juani, céntrate, que la lagarta puede llegar de un momento a otro.

—¿Qué coño es esto? —la Juani le mostró un consolador anal, pero ante la mirada severa que le dedicó Rosalía, lo volvió a guardar en el cajón.

—¿Dónde guardarías tú lo más valioso que tienes?

—¿Dentro del coño?

—Juani, en serio.

—Lo decía en serio, pero... Déjame pensar. Si son unas fotos, estarán en el ordenador y en el móvil. Quizás hayan hecho copias en un pen drive.

—¡Oh! Un pen drive, mira que puesta estás.

La Juani sonrió con orgullo.

—Vamos a por el ordenador.

—Del teléfono me encargo yo más adelante —dijo Rosalía.

¿Dónde guardaría la lagarta el *pendrive* con las fotos? El ordenador fue fácil de localizar, estaba sobre el escritorio de cristal del despacho de al lado.

Hmm... tal vez la Juani no andaba muy desencaminada... Abrió el primer cajón de la cómoda, donde Marlene tenía las bragas, y con la mano empezó a palpar la parte de arriba. Lo encontró, pegado con celo.

—¡Lo encontré! Pegado con celo... al parecer aquí hay tomate.

—Pos ala, ¡vámonos!

Salieron de allí a toda leche. La verja principal controlada por el primo del Cortés se abrió sigilosamente y pudieron salir de allí. Por la calle pasó una furgoneta destartalada que abrió su puerta trasera sin detenerse.

—¡Saltad! —les dijo Cortés.

—Hola cariño —gritó la Juani, feliz.

—En serio —Rosalía no daba crédito. ¿No iban a parar la furgoneta?

—¡Saltad ya!

—Allá que voy —La Juani se tiró en plancha y se fisuró una costilla.

Rosalía corría con el portátil y se lo entregó a Cortés—. Ya no podía correr más.

—¡Para el puto trasto, joder! —gritó, a punto de echar el hígado por la boca.

Cortés puso los ojos en blanco y la furgoneta frenó. Rosalía subió con su ayuda y al cerrarse las puertas, la Juani protestó.

—¿En serio has frenado por ella y por mí no?

—Gitanita, estás tan guapa así a lo misión imposible...

Ambos sonrieron y se besaron, pero Rosalía no estaba para escenas de amor, necesitaba comprobar que todo lo que había robado era material del bueno. Abrió el portátil para ver que tenía dentro la Cotillard.

—Rosi, que te mueres por saber qué hay ahí dentro...

—¡Ya te digo!

Rosalía encendió el ordenador y apareció una ventana. Había que introducir una contraseña de cinco caracteres. Probó con 1, 2, 3, 4, 5. No resultó. Volvió a probar con cinco unos. Tampoco.

—Mierda... ¿qué contraseña tienes tú para entrar en el Facebook, Juani?

—Pos... El nombre de mi gato.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Rosalía escribió el nombre de la mascota de la Cotillard.

—¿Asnar? —soltó la Juani, antes de soltar una carcajada.

—No funciona.

—¡Con Z!

Rosalía le dio a la tecla *enter* y se encendió la pantalla. En el escritorio, una foto de ella y Alberto en la alfombra roja de los Goya.

—Mira qué vestido más hortera... ¡Y esa pulsera! ¿De donde la habrá sacao? Mi prima tiene más *glamour*. El culo prieto sí que va elegante, míralo...

Mientras la Juani criticaba, Rosalía metía el pen en la apertura del USB. Apareció una única carpeta que se titulaba: Fotos. Muy sutil, pensó. Pulsó en ella y los ojos de la Juani y de la Rosi se abrieron como sandías. ¿Eso era lo que Alberto quería evitar a toda costa?

—¡Una polla de negro! —soltaron al unísono.

La Juani y la Rosi no daban crédito a lo que estaban viendo...

Esas fotos... esas fotos... ¡No solo hundirían la carrera de Alberto! ¡El honor de toda su familia quedaría en entredicho! Virgencita Santa, los

paparazzis no tendrían piedad... En el Sálvame estarían meses dándole a la matraca (a la matraca del negro, nunca mejor dicho)... ¡Y Alberto perdería las elecciones!

CAPÍTULO 21

El último intento

Ya tenían las fotos, ahora lo único que faltaba era impedir esa boda.

Quería avisar Alberto, decirle que tenía las fotos, que no hacía falta que se casara con la bruja, pero no le cogía el teléfono. Ni parecía haber recibido los cientos de WhatsApps que le había enviado.

A la mañana siguiente se celebraría el evento del año, así que iba a presentarse allí e impediría esa farsa, costase lo que costase.

—¿Qué vas ha hacer? —preguntó la Juani, al llegar a su casa.

Ya casi amanecía, pero eso solo significaba que la boda estaba más cerca.

—Voy a ir a esa boda y la voy a impedir, no puedo hacer otra cosa.

—¡Esa es mi chica! Cuenta conmigo.

Rosalía asintió, aunque dedujo que colarse en la boda del político del año sería más difícil que colarse en la casa de la Cotillard. Entonces, se le iluminó la bombilla.

—¡Ya lo tengo! Se de alguien que nos colará en la fiesta.

—¿Quien? —preguntó la Juani, excitadísima.

—La madre de Alberto.

—¡Por supuesto!

Si alguien era capaz de ayudar a Rosalía a impedir esa boda, sin duda era Doña Clara. Estaría más que encantada que su hijo no se casase con la lagarta.

—Entonces...

—Vamos a ponernos guapas.

A las diez de la mañana Alberto estaba enfundado en el chaqué que Marlene le había hecho llegar. Esperaba en la sacristía, como quien espera a su verdugo. Ahí estaba y era imposible escaparse de ello. Marlene había ganado, se casaría por la iglesia y sería su esposa, pero jamás su mujer. No pensaba tocarla de nuevo, nunca más.

Agachó la cabeza mientras miraba por la ventana y dejaba que los rayos de sol le dieran en la cara. Pobre Rosalía, lo que debía estar sufriendo. Aunque ella le había dicho que lo comprendía, que no era culpa suya, sino de la lagarta, Alberto no podía evitar pensar que la estaba traicionando.

De repente, como si de una visión se tratara, la vio aparecer trotando por encima del césped con sus zapatos de tacón de aguja.

—¿Rosalía?

Detrás de ella corría la novia, aún con bata, pero ya con los zapatos de tacón.

Cuando Rosalía entró en la sacristía, donde Alberto esperaba, cerró la puerta tras ella y puso ambas manos sobre esta para no dejar entrar a la lagarta.

—¡Maldita zorra, déjame pasar! —Se escucharon los gritos amortiguados de la Cotillard tras la puerta.

—Rosalía ¿qué haces aquí?

—Alberto no te cases.

A Alberto se le derritió el corazón, fue hacia ella y la apartó de la puerta para abrazarla. En ese momento la puerta se abrió para después cerrarse con un fuerte estruendo.

Marlene estaba roja de ira. Algo había sucedido, sin duda.

—Deberías controlar a tu amante, se está metiendo donde no la llaman. La muy zorra entró en mi casa y me robó.

Alberto se apartó de Rosalía un paso para mirarla mejor.

—¿Es cierto eso, Rosi?

—Ya te digo que sí.

Él parpadeó, incrédulo.

—¿Qué robaste?

—¡Las fotos de tu madre! —Rosi se tapó la boca con la mano, pero después añadió—: Ya no tienes porque casarte con ella. Descubrí el pendrive oculto y me llevé su ordenador.

Marlene avanzó para golpearla, pero Alberto se puso en medio.

—¡Ladrona! ¡Maldita zorra!

—¡Basta! —gritó Alberto, separándolas— ¿Es cierto eso?

Rosalía asintió y Marlene empezó a gritar de nuevo.

—Sí, se coló en mi casa —pero la cara de triunfo de Marlene no gustó nada a Rosalía—. Pero créeme que todo lo que hizo con sus amigos delincuentes fue en vano. ¿Crees que no tengo copias?

—No las tienes —le dijo Rosalía, convencida.

Marlene se puso hecha una furia de nuevo.

—Tú, maldita zorra, ¡Las tengo! Están en el correo electrónico, y Alberto lo sabe porque se las envié yo misma.

A Rosalía se le cayó el alma a los pies.

—¿Es cierto eso?

—Así es —le dijo él, mirándola con lástima.

Pobre Rosalía, se había colado en la casa de Marlene, había cometido un delito y todo por él. Era de los más romántico, lástima que fuera de lo más inútil. Las mujeres como Marlene cuando se ponían a chantajear, lo tenían todo atado y bien atado.

—Si Alberto no se casa conmigo, con un solo botón se las mando a la prensa del corazón. Estás a un clic de que te destruya. Así que más te vale estar frente al altar en media hora. ¿Me has entendido bien? —graznó, fuera de sí.

Rosalía abrió la boca y frunció el ceño.

—Vaya, si hasta le ha desaparecido el acento francés.

—¡Soy de Albacete, subnormal!

Rosalía retrocedió un paso.

—De acuerdo Marlene, la boda sigue adelante. Ya hora márchate para que pueda hablar con Rosalía.

—Sí, habla con tu chacha, y procura que se quede calladita y lejos de mí.

Se quedaron solos cuando Marlene salió dando un nuevo portazo. Alberto cogió la cara de Rosalía entre las manos y se acercó para darle un dulce beso.

—¿Todo esto lo has hecho por mí?

—¿Qué no haría yo por ti? —le dijo ella, volviéndolo a besar.

—¿Por qué?

—Porque te amo. ¿Por qué sino?

Alberto la abrazó con más fuerza.

—Yo también te amo Rosi, eres la mujer que ha dado sal a mi vida.

—La verdad es que sin mi eres un tipo bastante soso, Alberto Ruiz Saavedra.

Él volvió a mirarla a los ojos y sonrió con tristeza.

—Voy a tener que casarme, Rosalía —Ella asintió, con lágrimas en los ojos—. Pero siempre voy a ser tuyo.

—Eres mío Alberto, siempre.

Rosalía se arrojó a su cuello y lo besó con una pasión desenfrenada.

CAPÍTULO 22

Esto es pecado

—¿En serio te vas a casar con ese espantapájaros? —preguntó Manuel Escobedo a Marlene, que estaba vestida de novia, frente al espejo de aquella pequeña sala decorada con flores blancas. Se ponía con parsimonia los pendientes de diamantes, mientras Manuel, cada vez más enfadado, le pedía explicaciones—. No lo entiendo.

—Deberías. Alberto tiene algo que quiero. Él me dará lo que siempre he soñado. Soy cantante, pero a veces eso es efímero. Quiero mi propia línea de ropa, quiero ser una mujer influyente y él me lo puede proporcionar.

—¿Es solo por eso? —preguntó Manuel, agarrándola de los brazos.

—Me haces daño, bestia.

La soltó de inmediato, pero no se apartó.

—No te cases con él. No lo hagas, o te arrepentirás —le dijo, mortalmente serio.

Pero Marlene no le hizo caso. Dijera lo que dijera, ella tenía un objetivo claro, no iba a dejar escapar su sueño cuando en media hora ese hombre sería suyo para siempre.

Tenía las fotos guardadas en su nube, era imposible, por mucho que la chacha lo hubiera intentado, que estas desaparecieran. Y sabía que Alberto jamás haría nada que pudiera hacer que saliesen a la luz.

—Lo siento Manuel —le acarició el rostro—. Pero eso no significa que lo nuestro acabe, ni mucho menos. ¿Como voy a alejarme de ti?

Y era cierto, no tenía la más mínima intención de dejar de disfrutar de todas las cosas que solo Manuel Escobedo era capaz de hacerle.

—Si Alberto no existiera ¿te casarías conmigo? —le preguntó él, desanimado.

—Tal vez. Pero existe, y su título también. Y eso es lo que quiero.

Lo besó apasionadamente. Nadie era como Manuel en la cama, pero con o sin Alberto, Marlene no podía permitir que la gente la relacionara sentimentalmente con alguien tan primario como él.

En la rectoría, a Alberto se le había ido todo completamente de las manos. Se la metió toda hasta el fondo.

Rosalía no paraba de gemir mientras él la empotraba, una y otra vez, entre la pared y el mueble dónde el cura, que estaba a punto de officiar su propia

boda, guardaba la túnica y los utensilios sacramentales.

Con cada embestida de Alberto, sus enormes tetas se balanceaban al mismo ritmo con el que el crucifijo dorado temblaba. Pero cuando Rosalía se agarró al mantel immaculado, mientras recibía gustosa las estocadas del enorme miembro de Alberto, poco a poco fue tirando de él. El crucifijo dorado con la reliquia de San Cristóbal cayó al suelo, junto con la figurita de la Virgen María, que aterrizó contra las lustrosas baldosas de esa iglesia modernista donde se encontraban y se hizo añicos.

—¡Joder! —gritó, horrorizada al ver a su queridísima virgen rota en mil pedazos.

Iría al infierno.

—Alberto... —quiso avisarle de lo que habían hecho, pero por muy hereje que pareciera, él estaba concentrado en otra cosa como para preocuparse de Dios y la Virgen, y mucho menos del pobre San Cristóbal.

—Sí, nena. Sí... —La agarró más fuerte por la cintura y Rosalía agradeció que fuera un hombre con tanta fuerza. La suficiente como para tenerla suspendida en el aire con las piernas bien abiertas mientras le daba lo suyo. Sentía la polla de Alberto entrar y salir de su interior y se olvidó por completo de todo. Echó la cabeza hacia atrás y gimoteó cuando sintió su coño contraerse contra ese miembro de carne hinchada y caliente.

De pronto, Alberto aumentó el rito, si es que eso era posible, y le hizo abrir la boca, metiéndole el pulgar entre los labios. Rosalía gritó más y más. Le era imposible guardar silencio mientras se corría. Cuando los espasmos de uno de los mejores orgasmos de su vida llegaron a su fin, sintió como él se vaciaba dentro de ella.

Exhausto y jadeante, Alberto apoyó la frente en el hombro de su Rosi. No era muy consciente de lo que acababa de suceder. Recordaba haberla visto, explosiva y despampanante, con esas curvas que le quitaban el aliento. Su intención era buena, contarle por qué estaba allí, lo que iba a hacer en contra de su voluntad. Pero cuando empezó a hablar, mientras ella le gritaba que era un soberano capullo, le fue imposible resistirse. Le había resultado complicado quitarle la braga-faja, pero una vez que esta cayó al suelo, no hubo impedimentos para que él accediera a lo que deseaba tener alrededor de su pene o contra su lengua. La había estampado contra la pared sin que ella opusiese resistencia, había notado sus uñas postizas arañarle el cuello cabelludo cuando acercó la cabeza, primero a su boca, y luego al pronunciado escote de su vestido. Le lamió los pechos y bajó hasta que encontró la tela del

vestido que, furioso, arremolinó en su cintura. Con unos movimientos precisos y rápidos, se abrió la bragueta para liberar el miembro. Su objetivo era guiarlo hacia la húmeda hendidura, pero Rosalía no se lo permitió. Al ver el miembro hinchado deseó ser ella quien llevase el control. Lo agarró y sacudió con fuerza. Le hacía daño, pero Alberto no protestó, echó la cabeza hacia atrás y sintió como ella se lo metía en la boca. Succionó, una y otra vez, con fuerza, logrando que se volviera loco. Cuando estuvo a punto de acabar, ella se retiró haciendo sentir a Alberto el roce de sus dientes en la parte sensible del miembro. La vio retroceder un paso. Cuando Rosalía apoyó la espalda contra la pared y abrió las piernas en señal de invitación, él no esperó más tiempo. La penetró con fuerza, y apenas habían pasado diez minutos de carrera salvaje, cuando explotó en su interior. Y allí estaba. Aún la tenía agarrada por las redondeadas caderas. Deslizó sus manos y sobó el redondo y apetecible trasero. Esas nalgas rellenas y turgentes... volvía a notar como se le hinchaba el miembro. Bramó como un toro salvaje, pero la cordura regresó a él. No podía seguir follándose a Rosalía en la sacristía, donde una puerta más allá los invitados de su boda lo estaban esperando.

—Me encanta este culo, pero no puedo atenderlo como se merece.

Ese fue el momento en que ambos se miraron a los ojos y Alberto la deslizo hasta que sus pies, enfundados en unos zapatos de tacón rojo, tocaron el suelo.

—Entonces, deberías apartar las manos de él.

Alberto no dijo nada, pero le dio un par de apretones más y Rosalía notó como su vulva volvía a encenderse y su clítoris a palpar.

—Por Dios ¡Cuánto me gusta este enorme y perfecto culazo!

Se acababa de correr y seguía teniendo la polla más dura que una piedra.

—Esto no debería haber pasado —la oyó decir Alberto, que guardó silencio cuando la miró a la cara.

Él estaba completamente vestido, con su traje de boda de diez mil euros que ahora guardaba su aroma. Se metió el miembro, aún erecto, en los pantalones y suspiró, frustrado. Se dio unos toquitos para colocarse el paquete y se meneó un poco para aliviar su incomodidad. Cuando terminaba de follársela, siempre le pasaba igual, no se saciaba nunca de ella. Normalmente repetían, pero esta vez no había tiempo. Lo que quería era largarse de allí y acabar con toda la farsa cuanto antes.

Tenía que casarse, no quería que Marlene apareciera de nuevo y le arrancara los ojos a Rosalía. No iba a permitir que le hiciera daño, ni tampoco

que Marlene se volviera lo suficientemente loca como para entregar las comprometidas fotos a la prensa y destrozarle la vida.

Rosalía no apartaba la vista de él, al punto que se mordía el labio inferior, con deseo. A pesar de saber que estar con Alberto ese día, era peor que un pecado, no pudo resistirse. Alberto trago saliva, supo que ella quería más, y estuvo tentado a darle otra buena dosis de sexo. Como le habría gustado montarla a cuatro patas como había hecho en múltiples ocasiones. Pero el tiempo corría en su contra.

Quiso decirle algo también, pero no fue capaz. Ella empezó a bajarse el apretado vestido rojo, que se le había arremolinado en las caderas. La braga-faja estaba en el suelo y Rosalía bufó con enfado, ahora se le notarían los michelines del abdomen y sería un adefesio y todo por la puta lujuria que invadía al *politicucho* del que se había enamorado. La chacha y el político conservador. Menudo topicazo.

—Se me notarán los michelines por tu culpa —lo regañó, arreglándose el vestido. Alberto sonrió sin hacerle mucho caso. Se acercó un poco más y le colocó un tirante que se le había caído sobre un hombro.

No pudo perder la oportunidad de agarrarle ambas tetas y apretárselas mientras fingía colocarle esa zona del vestido. Ella jadeó cuando hizo aquello que más le volvía loca: Alberto le pellizcó los pezones mientras la miraba a los ojos y sonreía. Volvió a humedecerse allí abajo. O él se largaba, o lo montaría como un semental mientras se retorció en el suelo.

—El cura debe estar esperando —dijo Rosalía para echarse un jarro de agua fría y dejar de pensar en la polla de Alberto.

Intentó localizar un espejo para ver el estropicio que le había provocado ese hombre.

Después de la mamada que había disfrutado hasta volverse loca, estaba más que convencida de que su lápiz de labios “Passion Fruit” se le había corrido en la cara. Intentó limpiarse las comisuras con el dedo índice y Alberto, sin poder resistirse se lo agarró.

—Estás perfecta. Tu pintalabios es un milagro, sigue brillando en el mismo sitio después de todo lo que me has hecho con esa boca.

Después de decirle eso, se introdujo el dedo que tenía atrapado en la boca y se lo succionó de forma muy obscena.

Ella jadeó mientras esos ojos verdes la perforaban.

—Estas perfecta —le dijo, después de volver a chupárselo entero, recordándole lo que ella le había hecho con la lengua, antes de penetrarla

como un animal.

El muy hijo de puta... él si que está perfecto, pensó Rosalía.

—Tenemos que hablar —dijo él—, pero ahora no podrá ser.

Claro que no podría ser, ya sabía que era hora de ir al matadero.

—Lo sé.

—Quiero hablar de nosotros, entendería que no quisieras volver a verme...

Rosalía le hizo callar con un beso.

—Todo saldrá bien —lo abrazó por un instante, hasta que Alberto se apartó y salió por la puerta de la sacristía rumbo a su boda.

CAPÍTULO 23

Fotos sucias

Cuando Alberto cerró la puerta, Rosalía se quedó en la sacristía, con la imagen de la virgen hecha añicos en el suelo. Se arrodilló, reverente, y recogió los pedazos.

—Pobrecita mía —gimió, mientras los metía en el bolso para pegarlos después—, lo que nos hacen sufrir los hombres.

Suspiró, dispuesta a marcharse de allí sin que nadie la viera, ya había tenido suficientes emociones por un día... no, mejor dicho, para toda la vida. Se había convertido en una delincuente y todo para ayudar al hombre que amaba... y es que quien le había mandado ser la amante de un político, ni más ni menos de uno que pensaba ser con los años presidente de Valencia y después del país entero.

Escuchó voces no muy lejanas y se apresuró a escabullirse. Abrió la puerta lateral, y se encontró en el lado derecho del altar. La boda se celebraba en el exterior de la pequeña capilla, así que allí dentro solo había una docena de curiosos. No había rastro de la víbora de la novia, pero sí de las trillizas que hacían de damas de honor. Sabía que Alberto había salido hacia menos de cinco minutos, y en los ojos azules de aquellas petardas podía verse que, a pesar de ser rubias, habían podido sumar dos más dos.

Sí zorras, me acabo de follar al novio, quiso gritarles, pero sería mejor morderse la lengua y salir como alma que se lleva al diablo. Y nunca mejor dicho, pues la Reina del Mal estaba a punto de hacer acto de presencia.

Al fin y al cabo, nadie la había invitado y nadie la quería allí. Alberto estaba a punto de casarse con una bruja de armas tomar y, a pesar del polvo que acababan de disfrutar, estaba segura de que, con el chantaje de la lagarta, él no iba a cambiar de idea. Toda la película de misión imposible que se habían montado la pasada noche, no había servido para nada. Bueno, para algo sí, al menos la Juani le había redecorado el salón a la lagarta.

Sacó su móvil del bolso, que más bien parecía un saco forrado de piel y lentejuelas rojas, y llamó a su mejor amiga.

—Joder Rosi, me tienes en un sin vivir *quilla*. ¿Dónde te has metido? Cuando la lagarta ha empezado a perseguirte he tenido que distraer al cara culo del asistente de Alberto. Al final ha conseguido que los guardias de seguridad me sacaran de la fiesta.

Rosalía suspiró. Podía imaginarse la escena, al fin y al cabo, su amiga era de armas tomar.

—La lagarta ha ganado la guerra.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Alberto se va a casar. La muy bruja tenía copias de las fotos en no se que nube.

La Juani se quedó con la boca abierta. Menudo fiasco.

—Lo siento mucho, gordi.

—No te preocupes —dijo, avanzando por el césped—. No es culpa tuya, son cosas que se nos escapan. Ojalá pudiéramos hacer algo, pero creo que ya hemos utilizado todos nuestros cartuchos.

—Eso creo —dijo la Juani, con mucho pesar—, pero por lo menos lo has visto.

—Visto, tocado y hundido.

Se hizo el silencio unos segundos más.

—Vamos, que te ha follado contra un árbol.

No se sorprendió de que la Juani, su mejor amiga y confidente, pensara que Alberto la había vuelto a poner a cuatro patas. A fin de cuentas, el apetito insaciable de ese hombre era legendario, no solo en las secretas esferas políticas, si no también en los bajos fondos, de eso ya se había encargado su amiga de contarle a los cuatro vientos.

—No me ha empotrado contra un árbol, sino contra la pared de la sacristía.

—¡Di que si *mi arma!* ¡Olé con el presi! Eso es un empotrador y los demás son sucedáneos. —Se hizo un minuto de silencio mientras Rosalía bordeaba los invitados y llegaba al gran patio empedrado e intentaba huir de allí—. Pero, ¿has podido hablar con él? ¿Le has contado nuestra aventura de anoche?

Rosalía negó con la cabeza, y al recordar que no podía verla dijo:

—No, se lo ha contado la Cotillard. Esa bruja de alguna manera nos cazó, pero no tiene videos, así que no puede denunciarnos.

—Algo es algo.

—Sí, ahora tengo que encontrar a Doña Clara y decirle que todos nuestros esfuerzos han sido en vano. Pobrecilla... Y pobre Alberto...

Las dos amigas estaban muy apenadas por no poder ayudar a esa pobre mujer.

—Joder, te llevas de puta madre con la suegra, si esa no es una señal de que ese hombre es *pa* ti, yo soy paya —La Juani se iba encendiendo a medida

que hablaba—. Si me busca me va a encontrar, palabra de gitana. Con las fotos que tenemos de la velociraptora, bien podríamos incendiar la tele. Hablarían de ella durante dos años en el “Sálvame”.

Rosalía se paró en seco.

—¿Qué quieres decir?

—Que... —la Juani bajó la voz, como si la estuviesen espiando—. En el ordenador, que finalmente pudimos abrir, no solo había las fotos de la madre de Alberto follándose al cura negro. También estaba la lagarta a cuatro patas con un arnés con pene, dándole duro a un pobre hombre.

—¿¿QUÉ??

Rosalía se quedó sin habla.

—¿No las vistes?

—¡No! ¡Claro que no! —Por un momento se le paró el corazón— ¿Se le ve la cara?

—¿Qué si se le ve la cara? Menuda cara de cerda que pone mientras lo ensarta desde atrás...

—¿Y son muy guarris?

—Por Dios, son tan guarras que hasta las censurarían en las páginas porno.

—¡Pásamelas!

Rosalía corrió hacia la zona de la boda, donde se iba a celebrar la ceremonia. Si conseguía llegar a la Cotillard, estaba segura de que podría chantajearla. La muy lagarta, seguro que no pensaba que serían capaces de abrir su ordenador personal, donde tenía el material de sus juegos eróticos con su amante.

Con suerte, dejaría en paz a Alberto, para conservar su reputación.

—¡Vamos Juani! Pongo a Dios por testigo que, si no consigo al novio, al menos le habré arruinado la vida a la gabacha albaceteña. Como que me llamo Rosalía Pérez López, todos los periodistas que hay dentro de esa catedral se van a enterar de lo que es amor verdadero.

Se puso en pie, tiró los tacones y empezó a correr descalza por el césped.

—¡Que sea lo que Dios quiera!

CAPÍTULO 24

Cupido siempre dispara al corazón

Alberto miró por encima de su hombro, esperando ver aparecer a Marlene de un momento a otro.

Los invitados estaban en su sitio, por lo menos se había conformado con una ceremonia sencilla y no tenía que aguantar más de cien invitados.

—Que acabe pronto, por favor —suplicó, nervioso.

Su madre, desde la primera fila, estaba llorando desconsoladamente. Pero sabía que, si no se casaba, aún lloraría mucho más.

Su madre siempre había sido una cabra loca, pero muy buena persona, católica y devota... quizás si no hubiera ido tanto a misa, ni se hubiera querido hacer misionera por un par de meses, no se habría montado tanto lío.

Ya no había remedio. Se casaría, firmaría los papeles y solo así Marlene le daría las fotos con las que lo chantajeaba. Aquellas malditas fotos que, de salir a la luz, arruinarían su carrera política y la vida de su madre. Sus amistades la convertirían en una paria, y eso no estaba dispuesto a consentirlo. Haría cualquier cosa para que eso no sucediese, incluso casarse con una mujer a la que detestaba, dejando al amor de su vida en un segundo plano.

—Me las pagarás —dijo, pensando en Marlene, con los dientes apretados.

Y a pesar de que su actitud era más la de un funeral que la de una boda, Alberto avanzó por el estrecho pasillo de la iglesia, dispuesto a esperar al engendro de satanás que lo había chantajeado.

Cien invitados, cámaras de televisión, radio y periodistas de todos los medios locales que ocupaban las partes estratégicas para sacar las mejores fotos y grabar las mejores imágenes del encuentro, lo vieron avanzar hacia el altar, como si estuvieran a punto de presenciar la ejecución de un reo en el patíbulo.

Entonces, la bruja apareció, pisando con sus manolos de diamantes la alfombra roja, a la vez que el Dj reproducía las primeras notas de la marcha nupcial que ella misma había escogido. Su vestido de novia de *Yves Saint Laurent*, resplandecía bajo la luz del sol. Avanzó, un paso tras otro, con sus labios perfectamente pintados de *Passion Fruit*, el pintalabios de Rosalía. Caminaba del brazo de su *manager*, que hacía de padrino, pues su padre hacía años había fallecido de un infarto.

Su futura suegra, emocionada, daba saltitos en el primer banco y murmuraba algo en francés que a Alberto le sonó a limpiarse la garganta para soltar un escupitajo. Cuando la arpía llegó a su altura, la insufrible mujer se echó a llorar dramáticamente y Alberto apartó la vista a la vez que daba la espalda a los invitados, mientras Marlene se colocaba a su lado.

—Llegó la hora —masculló Alberto, como si masticara piedras.

—No te vayas a echar atrás querido, o el primer periodista con el que me cruce es al que voy a enviar las fotos de tu madre.

Alberto apretó los labios, detestaba su ligero acento francés postizo, ya que se había criado en Albacete, pero no dijo nada más. No había nada más que decir.

Rosalía corría como una loca.

Empezó a subir la escalinata de dos en dos mientras las varillas de la faja que se había vuelto a poner, se le clavaban en las costillas. Pero eso no impediría que llegara a tiempo. Su cara se puso roja como un tomate y, aunque pensó que se desmayaría al subir los últimos tres peldaños que daban a la explanada donde se celebraba la boda, aún tuvo fuerzas para empujar a un par de invitados y llegar hasta el pasillo nupcial.

Cien cabezas se volvieron para mirar quién era la “choni” con sobrepeso enfundada en un vestido de los chinos de color rojo, que acababa de interrumpir la boda más elegante del siglo.

—¡Noooooo! —gritó, a pleno pulmón, en el momento en que los flashes de los fotógrafos la dejaban ciega.

Alberto se la quedó mirando con los ojos abiertos de par en par y la bruja pateó el suelo.

—¡Joder! —chilló, perdiendo todo el *glamour*— ¡Sacad a ese putón de mi boda!

Rosalía no podía ni respirar mientras arrastraba los pies por la alfombra. Subir tantas escaleras de golpe la había dejado sin aliento. De un momento a otro, el vestido de los chinos iba a reventar.

—No... Alberto... No te cases.

Casi se desmaya tras decir eso y tuvo que apoyarse en un banco, a medio camino, a un lado del pasillo, mientras la niña de la canasta de flores le daba patadas.

—¡Mala, mala! ¡Gorda mala!

—¡Oye, niña! —protestó, Rosalía, mientras los fotógrafos seguían

empeñados en dejarla ciega.

Algo andaba mal cuando una mocosa de cuatro años la emprendía a patadas con ella. Debía de ser familia de la bruja, lo más seguro.

En el otro lado del templo, Marlene le gritaba a Alberto para que reaccionase.

—¡Vas a casarte conmigo! ¿Me has oído? ¡Te casarás conmigo, quieras o no!

Él no decía nada mientras miraba a Rosalía.

Su madre se puso en pie de repente y Rosi se quedó mirando a Doña Clara con cara de pena, hasta que, de nuevo bien resuelta, avanzó hacia el altar.

Doña Clara se dio la vuelta para mirar a Alberto con ojos suplicantes.

—Hijo, deberías casarte por amor, no por los errores del pasado. No arruines tu vida por mí.

Alberto abrió los ojos como platos.

—Mamá... ¿lo sabes?

Ella asintió.

—¡Tengo la solución! —gritó Rosalía.

Marlene avanzó hacia ella con cara de pocos amigos, pero Rosi la cogió por los brazos.

—¿Qué solución es esa, pajarraco? No impedirás mi boda con Alberto, no hay nada que pueda impedirla.

—¿Estás segura? —Le susurró, a escasos centímetros de la cara— ¿Ni siquiera tus videos y fotos con máscaras y látigos?

Marlene palideció de inmediato.

—¿Qué?

—Tu ordenador es un mundo de sorpresas.

—¿Cómo? Con tu coeficiente intelectual es imposible que hayas encontrado la contraseña.

—¿Tú crees? ¡Pero si la de tu alarma es 1,2,3,4, subnormal!

Marlene enloqueció e intentó arañarle la cara. Entonces, Alberto intervino, separándolas.

—Alberto, no tienes que casarte.

—¡Claro que sí! —graznó la Cotillard—. Aunque tengas algo contra mí, usaré las fotos.

Pero Marlene sabía que eso no era cierto y se le notaba en la cara.

—Rosi... —La abrazó con ternura delante de todo el mundo— ¿Lo dices en serio?

Pero de súbito, la gente entró en pánico y sus gritos resonaron por toda la explanada. Algunos empezaron a correr de un lado a otro, pero la mayoría se quedó petrificada sin poder moverse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Doña Clara, pero se quedó muda por la impresión al ver al recién llegado.

Alberto, siguió la mirada de su madre, que iba hacia la dirección contraria a la que todos huían, y descubrió a un hombre, que avanzaba por el pasillo central, vestido con traje y corbata, pero con una pistola en la mano, apuntando hacia donde ellos estaban.

—¡No vas a casarte con ella! —gritó, desquiciado.

Marlene no daba crédito.

—¡Manuel! —chilló—. ¿Qué estás haciendo?

Cuando Alberto escuchó el nombre enseguida supo de quién se trataba. Era Manuel Escobedo, uno de los señores de la noche. Su fortuna se debía a la gran cantidad de discotecas y garitos que tenía a su nombre, pero sobre todo al tráfico de drogas.

Era un hombre peligroso y en ese momento lo estaba demostrando.

Alberto se puso delante de Rosalía y pidió a su madre que se marchara. Doña Clara hizo lo que le pedía mientras Marlene avanzaba a pasos lentos hacia él.

—Manuel ¿qué haces?

—¡No puedo creer que me cambies por él!

Rosalía no podía creer que ese hombre estuviera tan afectado porque Marlene se casara con otro. ¿En serio estaba enamorado de ella?

—Baja el arma y hablemos.

Pero cuando Alberto habló, la cara de Manuel se transformó en puro odio.

—Si tu no existes, ella se casará conmigo—. Cuando terminó de decir esas palabras se escuchó un disparo y los gritos de la gente que huyó desesperada del lugar.

Del pecho de Alberto brotó una flor roja. No tardó mucho en darse cuenta de que era su propia sangre que teñía la blanca camisa.

—¡Me cago en la puta! —gritó Marlene, perdiendo ante todos su estudiado acento francés— ¡Dejad de joderme la boda!

Pero ya era tarde para eso porque, si la Virgen hecha trizas que Rosalía llevaba en el bolso no lo impedía, esa arpía se quedaría sin el novio y ella sin su amado Alberto.

Rosalía se arrodilló junto a Alberto y lo abrazó mientras intentaba taponar

la hemorragia con ambas manos.

De repente, la madre de Alberto corrió desesperada desde la parte trasera del pasillo. Avanzó a toda prisa y se tiró sobre el hombre armado. Lo derribó y la pistola salió volando. Al instante, la menuda e intrépida mujer, se alzó y plegó una silla de madera, estampándosela en la cabeza al agresor, que perdió el conocimiento.

—¡Una ambulancia! ¡Llamad a una ambulancia! —gritó Rosalía, mientras Alberto perdía el conocimiento en sus brazos.

CAPÍTULO 25

The End

—Alberto, ¿puedes oírme? ¡Alberto!

Alberto movía los párpados, pero le costaba abrir los ojos. Sin embargo, una sonrisa empezó a dibujarse en sus labios. Reconocería la voz de su Rosi en cualquier parte y más si ésta se esforzaba en reventarle los tímpanos.

—¿Se ha despertado? —oyó la voz de su madre.

—Sí, sí... se está despertando, ha movido los ojos y ha sonreído —Rosalía volvió a gritar y Alberto apretó los párpados e hizo una mueca—. ¡Un médico! ¡Un médico!

No supo si el medico acabaría llegando a tiempo porque, de pronto, solo se escucharon pasos acelerados y, de nuevo, el silencio. Parpadeó varias veces y, efectivamente, un dolor agudo en el pecho le recodó que estaba vivo y también lo que había sucedido.

El amante de Marlene, Manuel Escobedo, le había disparado en el pecho. Maldito hijo de perra...

—¡Doctor, doctor! —oyó a Rosalía, eufórica.

La miró, y creyó que estaba muerto y acababa de llegar al cielo.

—¡Se ha despertado!

Rosalía se colocó junto al médico, que empezó a examinar a Alberto. Ella lo cogió de la mano y le dedicó una sonrisa nerviosa que a Alberto le resultó encantadora. Si ese tenía que ser el último día de su vida, no apartaría los ojos de ese ángel maravilloso.

—Estás vivo... —le dijo entre lágrimas, feliz y con esperanza.

Él no podía hablar, pero estaba tan contento como ella.

A Rosalía y a su madre le pareció un milagro. Alberto llevaba dos meses en coma, y por fin acababa de despertar. Ese maldito narcotraficante había ido a parar con sus huesos en la cárcel, pero la suerte de Alberto no había estado nada clara. Pero los milagros existían.

Rosalía miró a la Virgen María que ella misma había pegado con superglú y que ahora descansaba sobre la mesilla de noche de Alberto en el hospital.

—Gracias —le susurró.

Dos semanas después, Alberto continuaba en el hospital. Después de tres operaciones parecía que todo iba a salir bien y que pronto le darían el alta.

Se encontraba bastante mejor, seguía sintiéndose un poco mareado, pero

era feliz, pues Rosi y su madre no se habían separado de él en ningún momento. ¿Qué más podía pedir? Su familia, las personas a las que quería, estaban a su lado y todo lo demás carecía de importancia.

Sin embargo, Rosalía sí había pasado un infierno estas últimas semanas. La prensa se había cebado con ella y es que, como diría el idiota de Juan Carlos, el asistente de prensa de Alberto: *¡Todo es culpa tuya! ¡Maldita gorda!*

La situación de Alberto y esas palabras en concreto le habían sentado tan mal que había perdido por completo el apetito, pero... no había adelgazado ni un gramo.

No podía encender el televisor sin ver su cara y su pandero en todas partes, o a tertulianos gritando a diestro y siniestro que era una arpía, una destrozahogares y una trepa. Jamás había pasado tantísima vergüenza... ¡Estaba en boca de todo el barrio!

“La chacha le ventila el novio a la Cotillard”, *“Guerra de lagartas en la boda del político del año”* o *“Alberto prefiere al enorme brontosaurio antes que al elegante velociraptor”* habían sido los titulares más moderados.

Le había contado la Juani que, incluso Pili, la del quinto, había ido a Sálvame de Luxe a contar un montón de trolas. Menos mal que el Cortés le había hecho una visita que la había obligado a retractarse y había llamado al Sálvame de por la tarde para desmentirlo todo.

Pero lo que no habían podido desmentir eran otras fuentes, que quizás no dijeran cosas muy alejadas de la verdad.

Rosalía recordó cuando vio a Doña Encarnación por la tele y casi se le cae el mentón al suelo.

—Que eran amantes se sabía desde hacia mucho tiempo. No se escondían mucho —dijo la mujer con sus perlas al cuello—. Tuvimos que desinfectar el ascensor un par de veces. Era muy evidente que habían estado haciendo guarrearías ahí dentro.

Rosalía quiso morirse al escucharla por la tele, pero hubo cosas peores. Como la declaración del conserje de noche, explicando que el ascensor tenía una cámara de vídeo y que Doña Encarnación hizo bien de pedir una limpieza a fondo del mismo.

Los titulares se cebaron con Alberto.

Futuro posible presidente de la comunidad autónoma adicto al sexo. Futuro presidente acosando a su asistenta en el ascensor, o Alberto Ruiz Saavedra deja a la famosa cantante por su asistenta de hogar.

Gracias a Dios, Alberto se había pasado en coma todas aquellas semanas

en que la prensa los había destripado. Por fortuna, el escándalo solo les había salpicado a ellos dos.

Los videos de Ibiza, con Alberto muy cachondo encima de ella, algunas fotos robadas de ambos paseando juntos y lo que fue peor, unos vídeos en los que Alberto tenía una refriega con unos gitanos en una conocida discoteca, fue lo único que llegó a prensa.

Nada de la madre de Alberto fornicando con un cura negro mientras estaban de misiones en África.

Rosalía, junto a Doña Clara, esperaban el diagnóstico del médico, y ambas eran partidarias de cuidarlo en casa.

—Creo —dijo finalmente el doctor— que sí hace reposo, podemos darle el alta mañana mismo.

—Oh hijo mío.

A Rosalía se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias virgencita —lo abrazó con cuidado y Alberto le besó el pelo.

—Que asustada he estado, hijo...

Alberto alzó la ceja izquierda.

—No más que yo, mamá.

Y Alberto no mentía. Cuando había visto las pornográficas fotos de su santa madre liándose con Teodoro Nkogo, el cura de su iglesia y misionero en Guinea Ecuatorial de veinticinco años, por poco había sufrido un infarto.

—Que bueno eres con tu madre —dijo, Doña Clara—. Mira que querer casarte con esa bruja para salvar mi reputación.

Su madre le apretaba la mano, mientras Rosalía contenía las lágrimas como podía al ver la tierna escena. Alberto era un hijo ejemplar. Y Rosalía estaba muy orgullosa de él.

—Lo siento mucho, hijo —volvió a decir Doña Clara—. Y siento mucho que hayas perdido las elecciones.

—¡Estrepitosamente! Dijo Juan Carlos, Si lo hubieras visto —le explicó Rosalía— nos hubiera matado a todos. Se filtraron enseguida fotos en la prensa...

—¿Tuyas mamá? —Se sobresaltó Alberto.

—No hijo. Mías no...

Doña Clara miró a Rosalía, que se puso más roja que un tomate.

—No... —aclaró ella, en voz queda— Más bien nuestras. Lo siento cariño, pero Doña Encarnación, el conserje, los paparazi de Ibiza y la refriega con el novio de la Juani... entre otras cosas... te hicieron perder las elecciones.

—Al parecer, se filtraron unas imágenes que se interpretaron como acoso laboral.

—Claro está que enseguida lo desmentí, pero ya era tarde.

—Ya sabes, la prensa hace oídos sordos a lo que no les conviene —dijo su madre— Y al parecer convenía que creyeran que eras un acosador. Las fotos ayudaron a hacer ver a la gente que no era acoso, pero... por otra parte dejaron claro que ponías los cuernos a tu novia la cantante con tu asistenta.

—Marlene dejó muy claro lo destrozada que estaba por haber perdido el tiempo con un hombre infiel y mentiroso como tú —apuntó Rosalía esperando que Alberto no se tomara muy mal todo lo que le decían.

Pero con su salud delicada, habían decidido esperar a que el médico le diera el alta y así asegurarse de que no habría complicaciones.

—La gente —continuó diciendo Doña Clara— creía que te habías aprovechado de Rosalía... en diferentes lugares: en el yate, en la playa... En la sala V.I.P. de una discoteca, en Ibiza... Y una tal Doña Encarnación apareció ayer en Sálvame Deluxe, explicando con todo lujo de detalles que, al día siguiente tuvo que llamar para que desinfectasen el ascensor de tu edificio.

—Sí eso ya se lo he contado —dijo Rosalía avergonzada.

—Es que esa mujer es difícil de olvidar, hija.

—Lo siento... lo siento tanto, Alberto... —seguía murmurando Rosalía, al recordar las fotos eróticas que habían salido en la prensa y que todavía inundaban los programas del corazón, repitiéndolas una y otra vez, en modo bucle. La carrera de Alberto estaba hundida en el barro por su culpa.

Se tapó la cara con las manos, de tan avergonzada que estaba.

—¿Acoso laboral? —dijo, Alberto—. Joder.

Su madre continuó hablando.

—Te dispararon el día antes de las elecciones, así que no hubo tiempo de retirarte de la campaña. Tu carrera política ha quedado en la más absoluta miseria. Lo siento hijo mío.

Más lo sentía él, sin duda.

—Os voy a dejar solos. No todo es tan malo ¿no? —guiñó un ojo a Rosalía y salió de la habitación.

—¿Qué ha querido decir?

—Lo siento —Rosalía no dejaba de repetir que lo sentía... Sabía que las elecciones eran lo más importante para Alberto. Había trabajado muy duro, se había preparado toda la vida para ser presidente. Y en aquellos momentos ella

era la única responsable de su fracaso. Ella, y nadie más.

—¿Por qué lo sientes, gordita?

Rosalía moqueó, bueno es que tu has perdido las elecciones y yo... he ganado millones. Me siento un poco culpable por estar forrada y que todo me vaya tan bien.

—¿Cómo?

Alberto parpadeó.

—Passión Fruit se vende como churros.

—¿Passion Fruit?

—Hice una entrevista desmintiendo el acoso laboral y me pagaron una pasta. La invertí en mi marca y bueno... es el pintalabios más vendido del mundo. Tu gordi es rica. Y yo lo siento mucho Alberto, porque he conseguido mi sueño y he arruinado el tuyo.

Se le saltaron las lágrimas.

—Pero Rosi... —Él meneó la cabeza y le dedicó una de sus sonrisas de mitin, esas que hacían que en sus mejillas se dibujasen dos apetitosos hoyuelos que la ponían tan cachonda—. Creo que no me obligaste a hacerte el amor...

Ella sonrió, tímida, para después encogerse de hombros.

—Quizás sí algunas posturas.

El soltó una carcajada. Acto seguido, se llevó una mano a las costillas y su expresión se tornó dolorosa. Si seguía así, se le saltarían los puntos.

—Mira, gordita mía. Si de algo me he dado cuenta, ahora que he estado a punto de morir, es que hay cosas que crees que son importantes para uno, y al final resulta que no lo son en absoluto.

—No sé si te entiendo... —dijo, Rosi, secándose el rostro con el dorso de la mano.

—Mi carrera no era tan importante como yo creía, pero tú... —La expresión de Alberto se volvió muy, muy seria—. Tú si lo eres. Eres lo más importante y lo más bonito y auténtico que me ha pasado en la vida.

—Oh Alberto.

Rosalía se puso sobre él y lloró en su pecho.

—Te quiero mucho.

—Yo también te quiero —le dijo él, acariciándole el pelo—. Y quiero agradecerte que allanaras la casa de Marlene para robarle las fotos de mi madre, y así salvarme del chantaje.

—¿Te lo ha contado tu madre antes de que entrara? —Alberto asintió y

Rosalía se encogió de hombros—. No sirvió de nada —Rosalía sonrió, con maldad fingida—. Eso sí, le redecoramos el salón a esa bruja.

Alberto volvió a reír, al recordar el dibujo que pintaron con Passion Fruit, ese que arruinó aquel cuadro tan caro. Se lo había regalado él y ahora no podría venderlo. O tal vez sí...

—Me resulta divertido imaginarte en plan “misión imposible”.

Rosalía sonrió al recordar aquella noche. Se secó de nuevo las lágrimas y sorbió por la nariz de forma muy poco elegante pero que a Alberto le pareció entrañable, incluso sexy.

—La Juani bautizó la operación como “Gitana imposible” El primo hacker del Cortés trajo hasta un dron con una salchicha.

—¿Con una salchicha? —Vio como Alberto reía de nuevo y a Rosalía se le llenó el corazón de alegría. Y de amor. Estaba tan guapo cuando se reía así...

—Fue muy divertido, la verdad.

—Tú si que eres divertida. En parte, te quiero por eso... y por lo bien que bailas reguetón en ropa interior. Y... bueno, por todo lo demás.

Rosalía volvió a abalanzarse sobre él y entre lágrimas le besó la mejilla, la nariz, los labios...

—Te quiero, Alberto.

—Y yo a ti, gordita. No me importa haber perdido las elecciones. Lo más importante está aquí y ahora, conmigo y no necesito más. Absolutamente nada más.

EPÍLOGO

Seis meses después.

La Juani, con sus demás amigas aguardaban poder ver a Rosalía.

¡Que orgullosa estaba de ella! Con todos los millones que había ganado, Rosalía había abierto una cadena de centros de belleza y ya tenía toda una gama de cosméticos para usar de la cabeza a los pies. Como no, el pintalabios Passion Fruit seguía siendo el producto estrella, pero la marca se comercializaba por todo el planeta.

Esa mañana Rosalía había asistido al último salón que había inaugurado para arreglarse para la cita que tenía el mediodía.

El salón de belleza estaba lleno de estanterías a rebosar de productos de belleza que ella misma había diseñado. Había pintalabios de todos los tonos, sombras de ojos, todo tipo de maquillaje, pero también una línea de champús y demás productos de bienestar, todos en sus respectivos botecitos corporativos de color rosa, con un logotipo que rezaba “Passion Fruit” en letras doradas y mucho brilli-brilli. Eran productos tal y como los había pensado Rosi, de excelente calidad para venderse en los barrios ricos y a precios muy económicos para la gente del barrio.

Quién hubiese imaginado que gracias a la prensa rosa hubiera alcanzado semejante éxito.

Ahora la Juani, ya felizmente casada con el Cortés, se había convertido en la directora de relaciones públicas. Había tenido que estudiar algo de dicción para camelarse a las señoras de los barrios pijos, pero era excelente en su trabajo. Rosalía siempre le había dicho que sería capaz de vender cualquier cosa.

—¡Oh, mirad! —gritó la Juani, toda emocionada cuando por fin vio a Rosalía salir de la iglesia.

—¡Vivan los novios!

La Juani y la Mary lloraban a moco tendido mientras intentaban sacar el arroz de sus saquitos para tirarlos.

—Olé, mi Rosi, qué guapa y glamurosa...

Rosalía avanzaba por la alfombra roja del brazo de Alberto hacia la limusina.

—¿Dónde se va la gordi de luna de miel?

—A las islas griegas —le contestó la Juani.

Se le caían las lágrimas al ver la forma en que Alberto miraba a su mejor amiga, como si no hubiese nada más bonito en el mundo entero. Era evidente que estaba muy enamorado. Y tenía razón, su gordi era preciosa por dentro y por fuera, pero ese día lucía especialmente guapa enfundada en un vestido color hueso de corte sirena que acababa con una falda de volantes. Una pieza de alta costura, o eso decía la prensa intentando averiguar quien era el diseñador, pero lo cierto es que se lo había hecho la modista del barrio de toda la vida.

Lloraron cuando Rosalía las saludó con la mano en que lucía su anillo de casada. A partir de ese momento, Rosalía Pérez López, La Rosi del barrio del arrabal, era la nueva marquesa de Foint Reial. ¿Quién le iba a decir a la Juani que su mejor amiga llegaría tan alto?

¡La Rosi era ahora una marquesa! ¡Olé, olé y olé!

Seguramente, la víbora de Marlene estaría retorciéndose de rabia en la cárcel, pensó la Juani con una sonrisa en los labios, pues la habían condenado por fraude y asociación ilícita con Manuel Escobedo. Quien hubiese dicho que el dinerillo de cantante era calderilla en comparación con el que recibía de otras fuentes menos legales. Se alegraba de que Escobedo y la Cotillard estuvieran entre rejas, mandándose cartas sexuales, pensando en lo que harían cuando salieran de la cárcel muchos años después.

La habían metido en prisión sin fianza y la gitana esperaba que allí tuviese televisión para poder ver a su radiante mejor amiga del brazo de Alberto Ruiz Saavedra, el político más guapo del *congreso de los imputados*.

Pero eso no era lo más importante, ni mucho menos. La Rosi no solo había conquistado el corazón del hombre más famoso, guapo y rico de toda España, además de buena persona. Sino que había logrado su sueño: Crear la marca de pintalabios más sexy del mercado: Passion Fruit.

FIN

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPITULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPITULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[EPÍLOGO](#)